This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER
HN NH71 2

OC 8708.94

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

ANONYMOUS GIFT

SELECTED BY

MASAHARU ANESAKI
OF THE UNIVERSITY OF TOKYO

Co 5705.94

SILUETAS
Y MATICES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ellas y ellos.—Colección de *Bocetos y Semblanzas.* (En colaboración.)—Manila, 1884.—1.ª y 2.ª edición, agotadas.—Un tomo en 8.º

Ocios literarios.—(Artículos y poesías.)—Madrid, 1886.—(Agotada.)—Un tomo en 8.º

Pepín.—Novela de costumbres filipinas.—Madrid, 1893.—Un tomo en 8.º

EN PREPARACIÓN

Filipinas.—Miscelánea politico-administrativa.—Un tomo.

ANTONIO CHÁPULI NAVARRO

SILUETAS Y MATICES

(GALERÍA FILIPINA)

CON UN PRÓLOGO

DE

JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones de J. Riudavets.
Fotograbados de Laporta.

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.
1894

HARVARD COLLEGE
FEB 4 1918
LIBRARY
Anonymous gift

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE PREVIENE LA LEY

Al Ilmo. Señor

Don José Sánchez Guerra

Testimonio de simpatía, gratitud y respetuosa amistad.

A. Chápuli Navarro.

¿PRÓLOGO?

Dudo que pueda llamarse *prólogo* á lo que pienso escribir; porque los prólogos tienen sus patrones, y no sé sujetarme á ellos; aborrezco todo *patrón,* como buen hijo de este siglo anarquista. Ya el lector decidirá después si el título dubitativo que empleo debe ser modificado.

Entre tanto, hojeemos este libro, que se ocupa de Filipinas.

¡Filipinas!... Me hace el mismo efecto evocada desde Madrid, que el que haría á las pupilas entornadas, en habitación obscura, por el calor del ardiente Agosto, el espectáculo del sol bañando en luz el Retiro, que un balcón, bruscamente abierto, nos obligara á contemplar sin gradaciones.

No tuve por cuna aquella tierra luminosa, pero nací en el mar resplandeciente que besa sus orillas; mi sangre hispana se caldeó, cuando niño, junto á aquella víctima de un volcán invertido, que emplazado en el cielo, vomita desde allí sus rayos-lavas; ausente hace muchos años, aun me dura el deslumbramiento.

El libro de Chápuli ha sido el balcón bruscamente abierto... la mariposa que, tirando del hilo de mis recuerdos, ha formado caprichosos encajes de mil colores y dibujos, de mil siluetas y matices.

¿Quién es Chápuli? Físicamente, el varón de la *mens sana in corpore sano:* alto, robusto, con enérgica fisonomía mora, que recuerda la de su ilustre pariente D. Carlos Navarro y Rodrigo. Intelectualmente, un hombre que, á los treinta años, lleva escritos tres libros, dados á la imprenta en un período de seis años; ha colaborado en otro y en multitud de periódicos; compuesto armoniosos versos; prestado buenos servicios á la Administración y recorrido el mundo...

Prologó su primer libro, *Ocios litera-*

rios, el gran periodista Andrés Mellado; el último, yo... Esto quiere decir que los prologuistas y el autor han progresado en sentido inverso. Aquellos *ocios* en prosa y verso fueron como el *deletreo* artístico de Chápuli, el capullo arrancado prematuramente del tallo para arrojarlo á los pies de la Musa que pasaba...

Escribió después una novela, *Pepín:* allí reveló ya su gran cualidad literaria, la observación sagaz. También se notan en la obra sobriedad, limpieza y corrección, como dibujante que teme el abigarramiento empleando muchos colores.

Ahora publica este libro, *Siluetas y matices,* Ya hice la primera de las siluetas, la del autor...

Matizadla fielmente, los que me leéis; poned, lectoras, todo el negro que queráis en los ojos; y vosotros, lectores, todo el gris que os parezca en el cerebro.

Siluetas y matices, como ya el título indica, es una colección de cuadritos tomados del natural en Filipinas, é independientes unos de otros; sólo les da unidad su oriental escenario.

Y debo empezar con un aplauso sin re servas; estos cuadros, donde abunda e paisanaje grotesco, tienen un bellísimo paisaje; está en último término, donde encaja naturalmente el fondo. *Lo grande y lo pequeño,* postrer trabajo del libro, describe á grandes rasgos Filipinas, dejando gratísima impresión. Aquel jardín, en que si arrojáis una canastilla, podéis al otro día recogerla llena de flores, que brotaron ó cayeron espontáneamente; aquel cielo, donde las estrellas no sólo resplandecen, sino que alumbran; aquella luna, que es sol, y aquel sol, que hace estallar hasta el grano de arena, fecundando sus estériles entrañas, reciben en *Lo grande y lo pequeño* el beso ardiente del poeta.

Apuntada esta primera impresión, á la que mis aficiones dan la cabecera, recorramos ligeramente los restantes veintiún cuadros de la galería: *Provechosas enseñanzas,* bien escrito diálogo en que un peninsular de larga residencia, y *largo,* ilustra con consejos á otro recién llegado, dándole pésima idea de la sociedad europea de allí... *La gallera,* gallarda descripción, á ratos verdaderamente animada, de esta fiesta, suficiente aun para los que no la conocen: el autor ha sido *impresionado,* ha sabido *ver;* desgraciadamente, el vicio con

crueles accesorios, es mal de todos los países... *El bago y el filipón,* sencillo y fácil diálogo entre dos matrimonios: cuatro tipos arrancados del natural... *Los gobernadorcillos rumbosos,* reunión indígena con canto, música y baile, en que hay toques caricaturescos, pero siluetas y matices muy ajustados; trabajo interesante y originalísimo. Cuando Chápuli vuelva á Filipinas, este cuadro se ha de agrandar; porque penetrará aún más en esa X de hace trescientos años, que se llama *el indio,* y que, á mi juicio, guarda en el fondo bellezas no sorprendidas por nadie en medio de sus muchos defectos sociales; su timidez, casi invencible, le hace reservado; sus ideas, su idioma, su idiosincrasia, le hunden en un abismo, obscuro como su rostro, donde si se han asomado muchos, ha sido más para fantasear que para ver, más para describir exterioridades que para fotografiar almas; amores silenciosos ó que ponen intensidades eléctricas en frases casi indiferentes; ojos apagados, en los que es muy difícil sorprender llamaradas...; mundos misteriosos, en fin, que harán que los cuadros de costumbres, tan fieles como este de Chápuli, dejen mayor impresión, cuando á la realidad externa unan la interna, dando el poeta sus divinos toques á la obra del so-

ciólogo... *Del montón*, perfil excepcional... *Los musiqueros*, cuadro bien entendido: á mi juicio, no obstante, la plausible afición del indígena al Arte y su maravillosa constancia, se esterilizan por falta de buenos maestros... *Los hombres de corcho*, divertida relación... *El correo y las noticias:* ansiedad por el correo del que vive en provincias: graciosa crítica del *reporterismo* filipino... *Los martes de la gobernadora:* la sociedad peninsular *cursi* que gasta en vez de ahorrar los sueldos, y habla de sus fantásticas grandezas madrileñas... *Parnasillo filipino*, crítica de los malos poetas peninsulares: valdrále algún arañazo. Soy enemigo de este género, y más en Filipinas, donde asistimos, en todos los órdenes, á simples *ensayos:* noto y deploro alguna crudeza, y en este y el siguiente trabajo citas de nombres propios: deja Chápuli sus disciplinas con cascabeles, por otras menos suaves... *El teatro filipino del porvenir:* repito lo dicho: es duro con jóvenes, por lo menos estudiosos, como Isabelo de los Reyes, que, aunque equivocándose y exagerando, merecen estímulo. Hace muy bien, sin embargo, en pegar fuerte á los que se permiten censurar cosas de España con mal propósito: esto lo suscribo sin enmiendas... *Ahorros que cuestan*

caros, breve semblanza... *El mediquillo,* delicioso tipo, que tiene en su silueta mil matices de verdad... *Los chicos de la prensa:* males que oprimen á la prensa filipina: no ahondo por temor á que se me vayan los *matices... Los que vienen,* tipos copiados sobre cubierta: buenas manchas... *Los que se quedan,* un tío aprovechado... *La musa popular,* vapuleo á los indígenas que versifican en castellano: merecido pero impolítico, pues debemos tender á que hablen nuestro idioma, poco extendido aún, sin reirnos de sus disparates primeros: el trabajo tiene gracia. ¡Lástima grande que Chápuli, como yo, desconozca los secretos del idioma indígena, pues no puede extender sus juicios á la literatura del país, á la que guarda y conserva directamente el sentir y el pensar de un pueblo poco estudiado! Víctor Hugo disparataba rimando en castellano: figuraos al indio, sin los medios de aquel genio, consagrado á la misma empresa... *El fraile,* elogio merecidísimo de aquel elemento español, intermediario secular entre la raza nuestra y la indígena... La *hípico-taurina*, sátira justificadísima, allí donde sólo hay caballos liliputienses y toros.... como caballos... *El chino,* tipo bien entendido... Y *El indio,* trabajo de los mejores: afirma que los in-

dios «por desgracia han tenido más detractores que devotos», desentraña hábilmente el móvil pesimista de algunos escritores, y termina, después de rechazar las teorías que deprimen al indio, con estas levantadas palabras: «Opino, por el contrario, que son (los indios) una dócil masa de cera que, amalgamada con nuestros glóbulos rojos, acabará por convertirse en un organismo social fuerte, vigoroso y adecuado para la realización de los altos designios de la humanidad y de la historia.» Recomiendo esto á los que sólo se impresionen con la parte satírica; y la *nota*, que debe tener carácter general, de que el autor únicamente se ocupa de «viles falsificaciones».

Los renglones que anteceden, mera enumeración casi de los títulos, en que de paso emito algún juicio, prueban que hay verdadero derroche de siluetas y matices, y bastante imparcialidad al flagelar alternativamente á los españoles *blancos* y á los *españoles* negros. El libro es, además, precioso y elegantísimo, conteniendo *monos* muy notables de Riudavets, y un trabajo consagrado, al final, á explicar las voces del país, que se emplean como notas de color.

Habráse notado que Chápuli es uno de

esos espíritus pesimistas, que, contra su voluntad, sorprenden casi siempre el lado feo de las cosas: una enfermedad como otra cualquiera, que procuro no padecer recreándome en lo bueno y borrando mentalmente de los cuadros lo que considero defectuoso.

Chápuli, observador fino, flaquea algo, á mi juicio, en la crítica, como lo prueban *El correo y las noticias, Parnasillo filipino* y *Los chicos de la prensa.* En cambio son modelos en su género, y merecen mención de honor, *La gallera, Los gobernadorcillos rumbosos, El indio, Los musiqueros, Los martes de la gobernadora, El bago y el filipón* y *El mediquillo.*

Aunque he salvado, y salvo mis opiniones, en lo que no estoy conforme con Chápuli, declaro que hay mucho de común entre nosotros; Chápuli ama á Filipinas á su manera: le pasa lo que al enamorado que está siempre hablando mal de su novia... pero no sabe hablar de otra cosa. De sus tres libros, dos están consagrados exclusivamente al Archipiélago.

Y aquí termino, lector paciente. Ya he presentado á Chápuli.

—Y á ti, ¿quién te presenta?—preguntarás como en la anécdota, leyendo mi nombre de obscuro soldado raso. Responda

Chápuli por mí, ya que sus ruegos honrosísimos me pusieron en este aprieto. Si hay culpas, y las hay, sólo debo decir, como los niños obedientes:

—¡Yo no he sido!

Chápuli prefiere, sin duda, presentarse al público del brazo de un modesto camarada, á ir como un niño, de la mano de orgulloso maestro.

Aléjate ya, lector, de la ingrata orilla de este prólogo, para engolfarte en las aguas diáfanas de *Siluetas y matices*, donde encontrarás abundante cosecha de *peces* blancos y negros, y podrás enriquecerte con alguna perla.

JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA.

Abril de 1894.

PROVECHOSAS

ENSEÑANZAS

I

PROVECHOSAS ENSEÑANZAS

(Á mi buen amigo Eusebio García Gómez.)

A los pocos días de mi llegada al Archipiélago, un excelente amigo mío, que era un vividor ingenioso y de grandes recursos, no obstante sus apariencias de persona ilustrada y conspi-

cua, díjome la siguiente frase, que cayó como una gota de acíbar en mi alma:

—¡Viene usted á un mal país!...

Semejante afirmación, en boca de un europeo que había pasado gran parte de su vida al amor de aquella tierra del plátano, que yo tengo aún por hospitalaria y generosa, requería una justificación más amplia y una prueba más concluyente. Á este propósito, hé aquí el primer argumento que puse enfrente de los pesimismos del filipón:

—Si tan malo es este país, ¿cómo echó usted en él tan hondas raíces?...

—¡Ay, amigo mío!, por razones que serían muy largas de explicar: la primera, porque aquí tengo mis únicas afecciones; la segunda, porque antes de embarcarme había estudiado en el gran libro de la humanidad un curso completo de mundología; la tercera, porque no traje á las luchas de este país el pesado bagaje de eso que asoma con el color del carmín á las mejillas; la cuarta, porque aquí, dislocando un poquillo la conciencia, se hace cómoda la

vida y no llegará conocerse nunca la miseria, esa espantable señora que invade casi siempre en nuestra querida España el hogar de la virtud y de la honradez... ¿Quiere usted todavía más explicaciones?...

—Sí, porque hasta ahora no ha hecho usted otra cosa que la más perfecta apología de lo que antes llamaba usted «un mal país».

—Tiene usted razón: he querido decir «un mal paisanaje».

—Eso ya es otra cosa—le dije, sintiéndome algo repuesto de la mala impresión que me habían producido sus primeras afirmaciones.

Pero el filipón no se daba por vencido: habíase propuesto arrancar poco á poco de mi alma todas las ilusiones, y me interrogó de esta suerte:

—Y usted, ¿qué se propone al venir á Filipinas?

—Lo que se proponen todos: prosperar en mi carrera y hacer economías.

—¿Cómo?...

—Trabajando honradamente.

—Eso es lo que, por lo general, pensamos todos al llegar á este país. Pero ya verá usted cómo, por necesidades que le irán imponiendo las circunstancias, tiene que hacer muy pronto una rectificación total de procedimiento y de conducta. El zigzag es aquí, mejor que en parte alguna, la línea recta de los más prudentes. El que, como yo, no lo comprende á tiempo, ni adelanta un solo paso en su carrera, ni hace dinero, ni merece siquiera la consideración de las personas bien educadas...

—Pues yo reniego de las fortunas que no tienen por base el trabajo y la economía.

—¡Valientes teorías se trae usted por estas tierras! ¡Trabajo y economía!... ¡Ja, ja, ja!... Usted viene engañado, amigo mío.

Mi candorosa sinceridad provocó en aquel hombre una carcajada de burla. Al ver que con tan inaudito descaro se mofaba de mis buenas intenciones, díjele algo amostazado:

—Por lo visto, la honradez y los buenos propósitos sirven aquí de chacota aun á

las personas que pasan por sensatas. ¿Es, por ventura, la desvergüenza y el latrocinio lo único que aquí merece respeto?...

—Hombre, no tanto; pero algo de eso resulta cierto en la práctica: no podía suceder otra cosa en el que las gentes llaman «país de los viceversas». Por eso me río á mandíbula batiente cuando oigo las vulgaridades y los escrúpulos de los que no conocen, ni por asomo, la tierra que pisan: sólo á usted, que acaba de llegar, se le puede permitir que hable de trabajo y economía donde el noventa y cinco por ciento de los habitantes se pasan la vida en un desperezo y donde jamás se le ocurre á nadie pensar en el mañana. La experiencia, amigo mío, hame dado frecuentes y durísimas lecciones; por ellas sé que aquí el talento, la rectitud, la moralidad, sucumben siempre á manos de cualquier intrigantillo que maneje medianamente la hipocresía, resorte que es hoy el más esencial en la vida y en el trato de gentes.

—Ese es, por desgracia, un mal de todos los tiempos y de todos los países.

—Sí; pero aquí constituye una verdadera epidemia, de que es preciso dejarse invadir para que le consideren á uno *aclimatado* por completo. Ejerce este medio ambiente tan pernicioso influjo, aun entre los espíritus más bien templados, que son pocos, poquísimos los que no caen en el vicio que tanto censuran en los demás.

—Pues si usted es de los que cayeron, tiene usted que confesar que ha caído en blando: usted lo ha sido todo; cuenta usted con generales simpatías, es usted hombre de gran prestigio y dispone de una fortuna saneada... ¿Qué más quiere?...

—Es verdad, tengo todo eso que usted dice; pero... ¡á costa de cuántos sacrificios! Para salir á flote, hay que empezar por no tener convicciones, ni siquiera amor propio. Si usted aspira á ser algo en este mundo, abandone toda clase de impedimentas: así se amolda uno á las circunstancias más fácilmente.

—Necesitaría nacer de nuevo y tener otro carácter: yo me confieso incapaz de semejantes milagros. El que lucha necesi-

ta un ideal que le sirva de arma de combate.

—Pues con no luchar está usted al cabo de la calle: el esfuerzo aislado contra la tendencia de toda una colectividad, es impotente cuando no es ridículo. Á los hombres se les doma mejor con la caricia que con el látigo. ¿Qué trabajo cuesta ser agradable á todo el mundo cuando eso no lastima nuestros propios intereses?

—Tiene usted razón; pero con ese sistema, aun entre los menos perspicaces, se corre el riesgo de parecer anodino y algunas veces adulador.

—Pero no se hace uno antipático...

—Prefiero serlo antes que transigir con ciertas ridiculeces. Yo, sin prescindir de mis convicciones, pienso defenderme como bueno...

—Es inútil: para no sucumbir tendrá usted que apartarse del foco. Al principio nos cuesta algún trabajo vencer repugnancias morales; después, ya se transige con esas pequeñas perfidias que constituyen el hecho frecuente y victorioso entre las al-

mas que yo llamo piadosas y que ustedes, los Catones de la última hornada, tienen por corrompidas. Más tarde, ya casi inconscientemente, y por virtud del contacto diario, se familiariza uno con ciertas perversiones del espíritu, tan necesarias para no hacerse odioso á esa inmensa mayoría que, esclava eterna de las «conveniencias sociales», juzga con benevolencia compasiva las flaquezas del prójimo, para que éste juzgue con igual criterio las flaquezas de los demás. Así he ido yo resbalando poco á poco, hasta que, por último, sin ruidosa protesta, sin exhalar un quejido, me dejé arrastrar por la arrolladora corriente. Cuando á veces hago examen de conciencia, acabo por confesarme reo de la culpa general, pues he ejercido, unas veces por egoísmo, otras por cálculo, la pecaminosa y entretenida tarea de engañar y ser engañado; que todo eso hace falta, amigo mío, para vivir tranquilo y para merecer en estos tiempos el aprecio y la consideración de las gentes honradas...

—Hoy se ha obstinado usted en dejar

sobre mi alma una nube de melancolía.

—Una nube de tristes verdades que digo á usted en este que, seguramente, es mi cuarto de hora de sinceridad. No olvide usted que, como dijo quien á fondo conocía á sus semejantes, Dios ha concedido al hombre el don de la palabra para disfrazar sus pensamientos; que la verdad, en este mundo en que casi todo es una convencional mentira, resulta muchas veces sinónimo de imprudencia. Si no quiere usted ser un cuerpo extraño y molesto dentro de este organismo social, hágase usted un poquillo hipócrita. Con eso, en realidad, no hace usted daño á nadie, y tiene usted, en cambio, la ventaja de crearse un círculo de amigos que pueden servirle de mucho en las contingencias del porvenir. Así es como yo he realizado mis aspiraciones; así paso por hombre serio y prestigioso, y así vivo en paz entre los elementos más incompatibles. Un corazón generoso, ó una inteligencia bien organizada, cuando no tiene el concurso eficaz de esa ductilidad de carácter que tan bien se acomoda

á todas las situaciones, resulta aquí siempre, por designio fatal de los hechos, una espada rota con la que ya no se cuenta para nada en las luchas cruentas de la vida...

—Y ¿es ese, por supuesto, el atajo por donde llegaron á la cúspide los que ahora disfrutan de grandes riquezas y de pingües destinos?...

—En absoluto, sería peligrosa, tal vez injusta, semejante afirmación; pero en términos generales, puede decirse que sí... La raza de esos que, como decía el gran dramaturgo inglés, arrojan el pasado al abismo sin querer inclinarse para ver si está bien muerto, procrea aquí y se extiende de una manera extraordinaria. No personalizo, ni señalo á nadie, aunque bien podría hacerlo con pruebas irrefutables. Usted va á permanecer en este país el tiempo necesario para conocer á las gentes y para formar un juicio exacto y fortalecido con sus propias observaciones. No rompa usted lanzas por nada ni por nadie; sea usted reflexivo y prudente, y juzgue

con benevolencia sistemática los actos de los demás; pero, por si acaso, desconfíe usted siempre de esos falsarios de levita que, como los sepulcros blanqueados, sólo guardan despojos en las reconditeces impenetrables de su alma.

Á partir de aquella provechosa entrevista, dediquéme á hacer el proceso mental de cuantas personas conocí y traté, con mayor ó menor intimidad, durante mis siete mortales años de residencia en Filipinas. El amigo con quien sostuve el anterior diálogo puede tomarse como modelo típico de los que, sin grandes esfuerzos, hacen fortuna y posición en aquel país. El sistema es tan fácil como socorrido: consiste en encontrar el flanco vulnerable de los que mandan y seguirles la corriente, sin otro cuidado que el de conservar, en todas las situaciones, la posesión del papel que se representa. Las gentes empiezan por considerar hombres serios á esos hábiles histriones de la comedia humana,

y acaban por convencerse de que son los necesarios para resolver los grandes problemas de la vida social. Los esfuerzos de mi voluntad resultaron casi siempre ineficaces, cuando no estériles, para que ciertas gentecillas de por allá, que seguramente no tienen por norma de conducta la inflexibilidad de la línea recta, me considerasen *aclimatado* á aquel medio ambiente, que tiene algo de sugestivo y mucho de aniquilador. Por esa razón no me sorprende ni me espanta que de mis candorosos entusiasmos de adolescente, de todas las acometividades de mi inexperiencia, haya tenido que arrepentirme tantas veces, y, en cambio, de mis desconfianzas y retraimientos de hombre, siempre atenuados con el piadoso ejercicio de la común cortesanía, no haya tenido que arrepentirme jamás. Víctima alguna vez de grandes tribulaciones, he encontrado, con harta frecuencia, aun entre los que yo tuve por sinceros amigos, esa fingida conmiseración que es, en el fondo, la fórmula suprema de la indiferencia y del egoísmo. Di-

fícilmente hallé consecuencia, lealtad, sacrificio, en los que no tuvieron por móvil interno un mezquino y personal interés que les obligara á esconder cautelosamente las garras y á participar, en la apariencia al menos, de mis escasos triunfos y de mis frecuentes derrotas. Cuando ese interés desapareció, surgieron casi siempre de improviso, para mis grandes infortunios, los Vitelios que olfatean con delicia el cadáver del enemigo; para mis fugaces alegrías, los maldicientes que devoran en silencio las tristezas del ajeno bien.

Por eso, querido Eusebio, al recordar tu inquebrantable amistad, siempre sincera y generosa, como cumple á tu noble raza aragonesa, olvido por un momento las desventuras sufridas en días azarosos é inolvidables para los dos, y exclamo con hondo regocijo:

¡Aun hay patria, Veremundo!

Tú, que conservas todavía rico caudal de ilusiones y de esperanzas; tú, que aun no tienes el corazón convertido en un limón

pocho, como sucede á una gran parte de los que por ahí viven y medran, ya que no puedas hacerte hipócrita, lo cual es gravísima rémora para tu porvenir en el mundo, hazte al menos reservado y no confíes á nadie tus tristezas; ahógalas en secreto y con varonil resignación, que así evitas sarcásticos pésames de amigos dudosos y alegrías malévolas de enemigos declarados. Y cuando el azar ó tu heroísmo te deparen el premio gordo de la Lotería ó la Cruz laureada de San Fernando, apresúrate á publicar la noticia para general conocimiento. Así serás envidiado de los falsos amigos y quitarás unas cuantas horas de sueño á los verdaderos adversarios.

LA GALLERA

LA GALLERA

(Á Salvador Rueda.)

HÉ ahí la distracción favorita del indio filipino: ella tiene la virtud de despertar sus afanes de lucro; por ella se siente capaz del trabajo más penoso, del sacrificio más grande, de la privación del deseo más apetecido; por ella abandona sus deberes más sagrados y sus ocupaciones más apremiantes; por ella, en fin, se emancipa de ese perezoso y soñoliento estado de laxitud á que le condena la influencia enervante de una atmósfera abrasada y caliginosa.

No se concibe en Filipinas fiesta solemne

de patrono de pueblo, ni domingo, sin gallera: el Tesoro tiene en este tradicional esparcimiento del pueblo indígena uno de sus más importantes y saneados recursos; los asentistas y subarrendadores le convierten igualmente en fácil medio de explotación, y el indio, el chino y el *amateur* europeo van á buscar en los sangrientos azares de la lucha de esos vigilantes y altaneros polígamos de corral, que fueron símbolo de intrepidez y de valor entre los antiguos guerreadores de la culta Grecia, la ganancia problemática y la ruina segura de unas cuantas familias.

La gallera es el único espectáculo que tiene allí el privilegio de conmover á las muchedumbres indígenas: id á un circo de caballos, presenciad en aquel país la representación de un sainete de bien urdida trama y de situaciones grotescas, y veréis pasar en silencio, casi inadvertidas para la generalidad del público, las sonoras bofetadas y las chispeantes ocurrencias de los clowns, las frases más picarescas y las escenas más ingeniosas de la obra teatral.

Esos chisporroteos de gracia, que son el regocijo de este franco y noble pueblo español, dispuesto siempre á celebrar con ruidosas ovaciones y frecuentes carcajadas la copla picante y el chiste culto, se escuchan allí con la misma frialdad, con la misma indiferencia que escucharían un soporífero discurso de Jove y Hevia ó un drama original del seráfico Catalina. Si queréis ver la clásica indolencia del indio convertida en nerviosa movilidad, acudid á su gallera: antes de penetrar en el inmundo *bahay* de caña y nipa, con sus extensas graderías de madera sostenidas por columnas que aquella Naturaleza exuberante y grandiosa hace brotar por todas partes en forma de troncos de flexibles cocoteros y majestuosos *talisays,* os sorprenderá el vocerío de una muchedumbre bulliciosa, frenética, que discurre en todas direcciones, comentando los lances de la reciente pelea, en que un gallo casi moribundo, en el último esfuerzo de su lenta agonía, clavó la acerada lanceta en el corazón de su adversario, dejándole inmó-

vil á sus pies en medio de la estupefacción general.

Hállanse de ordinario las galleras filipinas circundadas por un seto de caña entretejida, en cuyo ancho recinto se instalan numerosos tenderetes que despiden un olor acre y nauseabundo; unos cuantos mercachifles chinos y algunas mujerzuelas industriosas expenden allí á los jugadores toda clase de comistrajos y golosinas, refrescos, vinos del país, tabacos, *buyo* y alcoholes.

La función da comienzo en las primeras horas de la mañana, y suele prolongarse el tiempo necesario para que entren en lid todos los gladiadores destinados al sacrificio. El palenque cerrado para la sangrienta lucha es un estrado rectangular circuido por balaustradas de madera, entre cuyos barrotes se extiende una espesa red de alambre para que no se escapen los contendientes. Antes de la *soltada*, los gallos son sometidos á escrupuloso examen y pesados en una balanza que tiene por objeto equilibrar las fuerzas y el empuje de los futuros luchadores. Cuando termina esta

delicada operación, á la que conceden gran importancia los *dilettanti,* se provee á los lidiadores de su terrible arma de combate, consistente en un afilado espolón de acero, incisivo como agudo bisturí y cortante como navaja de afeitar. Mientras los hábiles *soltadores* de oficio, en cuclillas, acarician á las víctimas, aproximándolas hasta que se pican y enfureciéndolas con el castigo para que, una vez sueltas, arremetan con bravura, los jugadores conciertan sus apuestas, el vocerío se generaliza, ocupan sus asientos en la grada los que poco antes habían visitado los tenduchos ambulantes para reponer fuerzas gástricas ó para apagar la sed en frecuentes libaciones alcohólicas; confúndese el timbre argentino de las monedas entregadas al azar con el canto sonoro y alegre de los gallos, y óyese entre el bullicioso y atronador gentío, presa de excitación indescriptible, un murmullo sordo y creciente en que vaga entre oleadas indecisas todo un mundo de emociones, dicterios, sonrisas, gritos, promesas y esperanzas.

El momento es solemne: las extensas graderías, atestadas de gente en abigarrado conjunto de todas las clases sociales, presentan un golpe de vista animado y pintoresco. Cien camisas de piña bordadas, con sus pintarrajeados matices y sus gruesos botones de brillantes, irisados y deslumbradores, que son el lujoso atavío de los mestizos adinerados, contrastan con los harapientos andrajos de vivos colores con que cubren sus achocolatadas desnudeces los indios de la sementera. En estos instantes, el cuadro es digno del pincel de Goya: mil brazos se agitan; mil miradas, en que se refleja la impaciencia, convergen en un punto; mil bocas, enrojecidas por el *buyo*, gritan á la par; mil corazones laten confundidos en una sola esperanza... ¡Cuánta vida entonces, cuánta luz, cuánta animación entre aquella muchedumbre poco antes sumida en esa mansa quietud, en esa enervadora pasividad, en esa eterna melancolía que parecen constituir el carácter propio, la fisonomía peculiar, el temperamento distintivo de aquellas razas que

viven bajo el influjo del ardiente y hermoso sol de los trópicos!...

La lucha va á empezar furiosa, implacable, sin un minuto de tregua entre dos enemigos que se odian con ferocidad, se persiguen con instintiva codicia, y que, ya impacientes, irritados, estiran el cuello adornado con vistoso y multicolor cerquillo de plumas largas y encrespadas por la cólera. Los *soltadores,* sujetando á sus valientes adalides por la cola abundante y lustrosa, que semeja vistoso penacho de metálicos visos, esperan la señal del *juez sentenciador,* que es, por lo general, un indio anciano, á quien su larga práctica, su reconocida imparcialidad y sus especiales conocimientos en tan difícil materia, dieron autoridad omnímoda, inapelable para decidir todo género de contiendas entre gallos y jugadores; las apuestas menudean, se acentúan los ademanes y el alboroto de la plebe, y se oyen á un tiempo cien voces que gritan desaforadamente:

—Por el *bulí* voy cinco pesos.

—Tres contra dos por el *talisay.*

—¡Van, van conmigo!...

Las monedas caen como incesante lluvia de plata sobre el estrado; se anotan las transacciones; hay un instante de profundo silencio, precursor de grave y transcendental acontecimiento, y, de repente, un grito general anuncia que los gladiadores se han lanzado á la palestra. Las apuestas siguen cruzándose de un lado á otro de la gradería; los contendientes, astutos, recelosos, van y vienen, se miran de través como acechando el momento de una arremetida por sorpresa; cantan, se sacuden con fiereza el erizado plumaje, yerguen la cabeza con varonil arrogancia, poco á poco se aproximan, abren de pronto las alas, saltan con ligereza, y al encontrarse en el aire, dejan caer una nube de flotantes plumas. Ya están frente á frente los luchado-

res, con los picos alargados, mirándose con unos ojos que relampaguean de coraje; los saltos son más frecuentes; se hieren con el punzante aguijón, se persiguen, se pican en el cráneo, en los ojos, en el cuello, arrancándose trozos de carne ensangrentada, hasta que, en uno de sus vertiginosos revuelos, clava uno de los contendientes el acerado espolón en el pecho de su adversario, que cae exánime, pataleando, sintiendo aún en los estertores de su terrible agonía los picotazos continuos, implacables, del verdugo que le martiriza sin descanso y sin piedad. Entonces el vencedor, ufano, arrogante, provocativo, harto de sangre y de venganza, entona en prolongado *¡quiquiriqui!*... el himno de la victoria, confundiendo sus ecos estridentes con el ensordecedor griterío de la frenética muchedumbre... Víctima y verdugo son recogidos inmediatamente por sus dueños: la alegría del uno contrasta con la terrible pesadumbre del otro: mientras el afortunado saborea en silencio su triunfo y cauteriza con alcohol los rasguños del valien-

te animal, el perdidoso, llevando consigo, como trofeo de su derrota, el ensangrentado cadáver del que fué su mejor amigo, su compañero inseparable, su ídolo, se retira tristemente á su maltrecho y destartalado *bahay:* allí le espera la mujer amante, esa simpática heroína del hogar indígena, resignada al sacrificio, dispuesta siempre á trabajar y á producir, mientras que el venturoso padre de sus hijos disipa en el ocio su miserable existencia, roba á los seres amados las caricias de que es tan pródigo con sus gallos de pelea, y aguarda impaciente el domingo para verlos morir tras de sangrienta y desapiadada lucha, acaso para dejar sin el honrado pan del trabajo á una familia desgraciada.

EL BAGO Y EL FILIPÓN

EL BAGO Y EL FILIPÓN

Son dos tipos diametralmente opuestos. Hay entre uno y otro la distancia que media entre la ilusión y el desengaño. Llega el «bago» creyendo encontrar la tierra de promisión, el vellocino de oro ó el rico país de Jauja, donde se atan los perros con longanizas y hasta los gatos llevan zapatos.

¡Valiente negocio harían allí los maestros de obra prima!

Porque los filipinos de buena cepa han declarado la guerra á la zapatería.

Y gracias que algunos transigen con los pantuflos.

No hay más que llegar al país, con predisposiciones más ó menos comerciales, para sufrir ese desencanto.

El filipón, hombre ya vapulado por las desdichas de la realidad, es generalmente el que se encarga de poner al bago en antecedentes de todo lo que en el país constituye la parte vulnerable.

Porque el «matandá», no sé si por egoísmo, por temperamento ó por sistema, es el que primero maldice del suelo que le da de comer.

Allí, según aquellos señores, no se puede vivir.

Es preciso emigrar.

Pero ellos hacen lo del capitán Araña.

Y se quedan viviendo.

Cosa que les convierte en el símbolo de la contradicción.

Hé aquí el resumen de las doctrinas del filipón: haced lo que yo os digo, y no hagáis lo que yo hago.

D. Facúndo, que es el bago de mi cuen-

to, acababa de llegar á su ínsula, con el bagaje de doña Jacinta, su cara mitad, que le había obsequiado con tres criaturas de buen carácter y mejor apetito. Traía el hombre su credencialita, que le había costado un triunfo, agotando, en una prolongada cesantía, los recursos que le dejaron sus quince años de servicios, los muebles y alhajas de posible empeño y la paciencia del Ministro, del que había sido D. Facundo un verdadero magiar y una constante pesadilla.

La familia del nuevo funcionario, siguiendo la buena práctica establecida, es visitada por la colonia peninsular.

Todos le ofrecen protección y todos se consideran autorizados para darle buenos consejos.

Del caudal de experiencias que D. Facundo recoge, sólo pueden deducirse contradicciones.

El camagón y su consorte hacen la visita de etiqueta á los recién llegados. Él se resigna al sacrificio de ponerse camisa, si la tiene, y ella, la consorte, encuentra una

bonita ocasión de lucir sus trapitos de cristianar.

Preséntanse en la mal equipada vivienda del bago, y, previos los saludos de rúbrica, se entabla el siguiente diálogo:

—¿Qué tal el viaje?

—¡Ah, malísimo! Jacinta, sobre todo, no ha tenido día bueno. La pobre tiembla al pensar que hemos de meternos otra vez en un barco.

—Es que han venido ustedes en mala época. Ahora es el cambio de monzón.

Entre las señoras:

—¿Qué le va pareciendo á usted el país?...

—¡Qué quiere que le diga! No le encuentro tan malo como lo pintan.

—Crea usted que todo lo que se diga es poco. Esto es infernal, sobre todo para las señoras.

—Pues yo me siento bien.

—¿Se acuesta usted con medias?

Doña Jacinta, para sí:

—(¡Jesús, qué porquería!) ¡Quiá, no, señora!

—Pues le aconsejo que lo haga. Es de

muy malas consecuencias aquí un enfriamiento de las extremidades...

Doña Jacinta, para su capote:

—(¿Se estará burlando de mí esta señora?) Conque hay que acostarse con medias, ¿eh? ¿Oyes, Facundo?...

La filipona:

—Sí, señora. Y mucho cuidado con el estómago. Hay que usar faja de franela, y, sobre todo, no dormir con las ventanas abiertas.

—¡Vaya, vaya! ¡Apenas se necesitan precauciones para vivir en este país!...

Y hablan los maridos:

—Crea usted que aquí no vivimos más que los desesperados.

—Vamos, eso es una exageración. A mi no me parece esto del todo despreciable.

—¡Calle usted, por Dios! ¿Quiere usted que sea bueno un país donde tenemos tres meses de baguios, tres de calores infernales, tres de lluvias y truenos, y otros tres de temblores?...

—¡Por algo cobramos el doble más la mitad! No se pescan truchas á bragas enjutas.

—Eso no compensa los sinsabores que aquí se pasan. La vida es carísima; los comestibles de Europa están por las nubes, y sólo hay carne dos veces por semana. Es preciso comer pollo á todo pasto. Y menos mal que eso es aquí género barato.

—¡Pues valiente castigo se nos viene encima! ¡Comer pollo á diario! ¡Cualquiera puede comerlo allá, como no sea por Pascuas!...

—Eso lo dice usted, porque aun es «bago».

—¿Cómo que soy bago?

—Nuevo en el país, quiero decir.

—¡Ah, vamos; creía!...

—Por si le parece poco lo que le llevo dicho, agárrese á esto: aquí el cólera es endémico. Lo tenemos siempre en China. Vamos, á las puertas de casa, como quien dice.

—Eso ya es más serio. Pero tampoco me asusta. Crea usted que no hay cosa peor que el hambre.

—¡Qué cosas tienes!—exclama llena de rubor la consorte de D. Facundo.

Y sigue el camagón echando pestes:

—En fin; ya verá usted cómo eso que le han dicho son tortas y pan pintado en comparación con la realidad.

Á lo que contesta el bago:

—Lo que yo creo es que algo bueno hay aquí, cuando los que conocen esto y se van, andan bebiendo los vientos por volver.

Queda terminada la visita. Hay ofrecimiento recíproco de casas y servicios, y en cuanto se pierden de vista, unos y otros se entregan á comentarios del siguiente jaez.

Los visitantes:

—¡Chico, qué par de estafermos! ¿Has visto qué cursi es ella y qué groserote es él?...

—No seas criticona, Emerenciana.

—Lo que te digo es que no quiero amistades. Que nos paguen la visita, y... si te he visto, no me acuerdo.

Los visitados:

—Mira, Facundo, no me gustan esas franquezas tuyas. ¡Dios mío, estoy avergonzada!... ¡Qué dirán esos señores!... Creerán que somos unos mendigos...

—Pero, mujer, ¿qué pueden decir? ¿Que

venimos por necesidad? Pues que lo digan. No es eso ninguna deshonra.

—Es que no quiero que nadie te critique, y menos esa desgarbada y ese tío groserote.

—¿Ya te las echas de persona importante?...

—¡Pues ya lo creo! ¡No faltaba más!...

El matrimonio acaba por tirarse los trastos á la cabeza, porque D. Facundo no transige con la hipocresía.

Doña Jacinta es tan señora como la primera.

Y gastará carruaje como todas.

Y no consentirá que ninguna lleve un «matinée» más encarnado que el suyo.

¡Cualquiera resiste á la «señá» Jacinta cuando tenga en el baúl tres ó cuatrocientos pesos economizados!...

¡Habrá que oirla!...

LOS GOBERNADORCILLOS

RUMBOSOS

LOS

GOBERNADORCILLOS RUMBOSOS

(UNA SOIRÉE)

La visita de Ricardito Chispón, aquel muchachuelo enamoradizo y vivaracho, más alegre que unas castañuelas, nuevo Pangloss que vivía en Filipinas como en el mejor de los mundos posibles, ponía algunas veces en mi ánimo

un agradable paréntesis á aquella sedentaria vida de provincia, donde el

Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual,

se deslizan con una monotonía capaz de consumir la paciencia de un benedictino.

Mi alegre compañero, cuyo apellido sonaba á taponazo, me dijo:

—¿Qué haces, pacato empedernido?

—¡Hola, perdis! Ya lo ves: leyendo.

—Como siempre, ¿eh?...

—Es mi gran antídoto contra el *spleen*.

—Traigo una buena noticia.

—Sepamos qué es ello. Siéntate.

—Pues verás. El capitán Quicoy, que es uno de nuestros primeros y más rumbosos gobernadorcillos, me ha invitado á un *fiestajan*, en celebración del aniversario de su nombramiento. Excuso decirte que vamos á pasar un rato excelente. Conque, no perdamos tiempo: arréglate...

—¡Este Chispón es el mismísimo demonio!—contesté dando de mano á mi lectura.

Y en un periquete vestíme casi de etiqueta.

Cuando paró nuestro vehículo junto á la casa de Quicoy, híceme cargo de lo que la *soirée* podía dar de sí, al ver la fachada llena de farolillos de papel.

Nuestra llegada tuvo todo el carácter de un acontecimiento.

—¡Castila!... ¡Castila!—decían los muchachuelos que atisbaron nuestra bajada del carruaje.

Suspendióse el baile, y el anfitrión, con mal disimulada complacencia, salió á recibirnos, dispensándonos una acogida cariñosa.

El salón, adornado con flores de trapo, de esas que son el atalaje de nuestras horchaterías, estaba de bote en bote. Las *babaes,* con sus crujientes sayas de raso, formaban una orgía de los más vivos colores; los del sexo feo, una rica combinación de blanco y negro, con sus pantalones de elasticotín, sus zapatos de charol y sus camisas de piña bordadas, en las que lucían gruesos botones de brillantes.

Quicoy, adelantándose hacia una jamona, que resultó ser su cónyuge, dijo:

—Caralampia, el señor...

—Á los pies de usted, señora—añadí por mi parte.

Y ella, con la timidez de una colegiala, exclamó:

—*¡Abá,* también el señor Chispón!... ¡Cuánto tiempo sin verle por aquí!...

Mi amigo, que lo era igualmente de aquella buena familia, preguntó:

—¿Y las *dalagas?*

—Aquí, señor—contestó doña Caralampia, señalando á uno de los rincones.

Y las niñas de Quicoy, no del todo mal parecidas, se destacaron del grupo de *babaes,* que habían sembrado el salón de colillas y manchas de buyo.

Hecha la presentación en toda regla, sentéme junto á la ventana, dispuesto á no tomar parte activa en el *fiestajan.* De antiguo sabía yo que la india filipina, en sociedad, es mujer de poca conversación. Para invitarlas á bailar, no hay más que acercarse á ellas con mucha ceremonia, no decir una palabra y ofrecer el brazo: el silencio es la más expresiva elocuencia entre aquellas gentes. Bailando hay que observar ciertas precauciones para no incurrir en el desagrado de las señoras: una sonrisa, una galantería ó una broma de buen género que se permita el *castila,* entre las filipinas que toman en serio tales mojigangas, les hace suponer que nos burlamos de la pareja por su nariz, por sus ojos ó porque esté picada de viruelas. Estas rarezas, tan propias de las condiciones especiales

del país, no quitan, sin embargo, atractivos á los aficionados á la *soirée* filipina que van dispuestos á dar volteretas, á atiborrarse de comistrajos y á oir sentimentales melodías de arpa. Hé ahí la explicación de mi retraimiento en el *bailujan* de aquel espléndido y simpático gobernadorcillo.

No así el amigo Chispón, que, indignado por la falta de animación de los circunstantes, gritaba:

—Pero ¿qué es esto? ¿Por qué no se baila? Quicoy, ¡á ver si nos tocan algo esos músicos!...

Y éstos, obedeciendo, preludiaron un vals.

Mi amigo, que era un excelente bailarín, comenzó á dar volteretas con una de las niñas de la casa. Dos ó tres jóvenes le imitaron, haciendo alarde de sus aficiones coreográficas.

En cuanto terminó el bailable, los chicos, sin soltar vocablo, fueron á incorporarse al grupo del sexo feo, que tenía su puesto de honor en la «caída», dejando á las «babaes»

sumidas en el más profundo silencio.

El amigo Chispón, que ya había empinado el codo de lo lindo, era el único que animaba el cuadro, diciendo tonterías á porrillo. De otra suerte, el baile se hubiera convertido en un velatorio de difunto, á juzgar por la seriedad estereotipada en aquellos rostros taciturnos.

La orquesta preludió los primeros compases de un rigodón. Mi amigo, asiéndome de un brazo, púsome frente á la señora de la casa; y yo, que nunca me las había visto tan gordas, me resigné á bailar.

Mi *vis-à-vis,* que era un «lalaque» picado de viruelas, se arrancó á paso lento, contoneándose y haciendo cortesías. Yo procuré imitarle con aire menos ceremonioso, y por aquella vez salí del apuro sin consecuencias que lamentar. Después, al tocar ligeramente la mano de la chica de mi *vis-à-vis,* sentí un calofrío. Aquella mano delgada, fría y sudorosa, parecióme la de un cadáver. Siguieron las figuras y los balances, y en uno de aquellos cuadros de estatuaria, hice una *plancha* fenomenal.

Por un exceso de finura quise volver de espalda hasta mi sitio, y una larga cola se enredó en mis pies. El tropiezo hubiera sido mortal, si, al desplomarse mi cuerpo, no arrastrara en mi caída á doña Caralampia, cuya obesidad extraordinaria hízome el efecto de un colchón de plumas.

Allí terminó el rigodón. La dueña de la casa no sufrió, por fortuna, el menor daño en la caída. Una de sus chinelas bordadas había desaparecido entre las faldas de una espectadora, y la mujer de Quicoy, con un «queso» al natural, anduvo á saltitos, hasta que, sentándose sobre una de sus niñas, le llevaron el trasconejado pantuflo.

Este accidente no alteró la pasividad de los convidados, que seguían gozando, por dentro, de tan espléndido *fiestajan*.

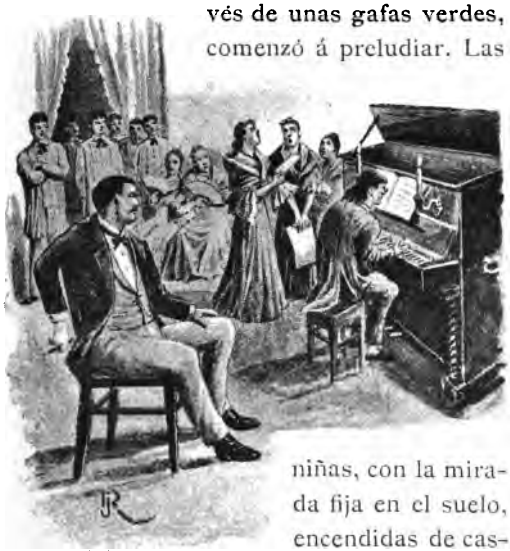
Aun faltaba lo mejor: el canto y la cena.

Una de las hijas del anfitrión y tres mozuelas pálidas, ojerosas y embadurnadas de yeso, se agruparon en torno de un piano.

Quicoy, con una sonrisa de satisfacción, me miraba como queriendo decir:

—«¡Ahora verá usted qué bien cantan estas angelicales criaturas!»

El pianista, que miraba las notas á través de unas gafas verdes, comenzó á preludiar. Las



niñas, con la mirada fija en el suelo, encendidas de casto rubor, entonaron á coro una romancita, que resultó ser la *Stella confidente.*

Prolongados aplausos siguieron á los alaridos de las pobres muchachas; y yo, dispuesto á no seguir gozando las delicias de aquella velada, dije al amigo Chispón:

—¡Vámonos, ó me duermo!...

—Espera un poco: antes hay que cenar.

Esto me convenció.

Y esperé.

Á los cinco minutos ocupábamos un puesto de preferencia en la bien provista mesa del capitán Quicoy.

El *menu* que nos sirvieron, con prolongadas intermitencias, aquellos camareros descalzos, á quienes sorprendimos más de una vez limpiando cubiertos con el faldón de la camisa, es el que copio á continuación, sin alterar el original.

Decía así una tarjeta que cayó en mis manos:

LISTA DE LAS COMIDAS

1.° Sopa de Pedeus.
2.° Cholitas empapeladas de vaca.
3.° Guisantes de follo.
4.° Relleno de pabo.
5.° Carne mechado.
6.° Follo en sebollas.
7.° Rosbig de carne.
8.° Esparago.
9.° Jamon en dorsi.
10.° Asado de capun.

Al terminar el banquete sentí los preludios de una indigestión.

Tomé el sombrero, y agradeciendo la amabilidad del simpático Quicoy, le dije:

—¡Excelente noche, amigo mío!... Á ver si estas cosas se repiten. Pero diga usted: ¿quién ha redactado la «lista de las comidas»?

—El maestrillo, señor. Sabe ése muy bien el *castila*.

—Ya se conoce.

Y salí diciendo al amigo Chispón:

—¡Aun hay quien por ahí asegura que las autoridades locales y los maestros de escuela de Filipinas no están civilizados!... ¡Qué calumnia!...

—Ya lo ves: hablan el castellano como yo... el chino.

Y aun se quedaba corto el amigo Chispón.

DEL MONTÓN

(UN CASO DE CHIFLADURA)

(UN CASO DE CHIFLADURA)

Fué, sin disputa, D. Liborio Rabadilla el tipo más original de la colonia. No habrá ninguno de los que formaban entonces el elemento oficial de la provincia de Tira-tira, que no conserve en un rinconcito de su memoria las famosas hazañas de aquel pobre diablejo.

Era á la sazón el bueno de D. Liborio nada menos que juez de primera instancia. La seriedad de la justicia histórica tuvo por esta vez, como legítimo representante, un jurisconsulto grotesco. Error muy grande fué del Júpiter de su Olimpo eso de elevar al sitial de la judicatura, tan dignifi-

cado siempre, á un polichinela que, lo mismo en el trato social que en el ejercicio de sus funciones, hacía estallar la risa hasta en los labios más contraídos por el dolor.

Entre los que tuvimos la dicha de conocerle, bastaba pronunciar su nombre para celebrarlo con ruidosas carcajadas.

Porque D. Liborio, aquella personificación de la extravagancia, será en todo tiempo un hombre excepcional. Nació para regocijo de la humanidad, y no pudo sustraerse nunca á la misión que le había confiado la Providencia.

Sería estudio curiosísimo eso de averiguar la influencia de los climas intertropicales sobre las naturalezas inferiores.

Yo creo—y valga la paradoja—que á medida que la fuerza solar absorbe la substancia gris de la masa encefálica, se apropia el cerebro los aires de la tontería ó el vacío de la imbecilidad.

Porque el estado mental de D. Liborio no podía ser innato. ¿Cómo ofender el decoro del profesorado que le había investido con la toga de jurisconsulto?...

Lo que sí puedo afirmar, sin ofensa de nadie, es que D. Liborio era el más perfecto caso de raquitis.

Apenas tenía su cuerpo la semejanza de la figura humana. Era tan chico de estatura como de inteligencia. Lo físico y lo moral en síntesis armónica. De un orangután á D. Liborio no había más que un peldaño de la escala antropológica. Tenía, en suma, Rabadilla, la menor cantidad de juez, la menor cantidad de abogado y la menor cantidad de hombre.

Todo en él corría parejas. En su carita microscópica, sombreada por el vello blanquizco de la barba, veíanse los rasgos fisonómicos del liliputiense. Su tez apergaminada, sus angulosas facciones, aquellas cuencas óseas en que saltaban unos ojillos negros, festoneados por la casi imperceptible veta sanguinolenta de sus párpados, le daban el aspecto de uno de esos fenómenos en que la Naturaleza pone surcos de longevidad en el rostro de un chicuelo.

Era una delicia verle en el ejercicio de sus funciones. Sentado en patriarcal sillón, bajo dosel adamascado, me parecía un perrillo de lanas vestido de persona decente.

¡Cuántas veces fuí testigo, en su despacho, de escenas acentuadamente cómicas!...

Entraba un escribiente y le decía:

—Señor, aquí piden el procesamiento de tal ó cual funcionario por una prisión arbitraria.

Y el juez, sin enterarse, pero con tono solemne y grave, respondía:

—¡Hágase!

—Vea V. S. que se trata de...

—¡Hágase he dicho!

Y entraba otro curial influyente por razones de orden conocido, y le informaba de este modo:

—Habrá que numerar como causa estas diligencias instruídas por lesiones. Ha transcurrido con exceso el plazo legal y no importa la falta del dictamen facultativo. Procede elevar *esto* á proceso.

—¡Elévese y numérese!

Y al momento entraba otro picapleitos y le decía:

—Señor juez, trátase aquí de tal ó cual cosa. El fiscal pide el sobreseimiento; pero entiendo que sería mejor dictar auto de prisión contra Fulano y proceder al embargo preventivo...

—¡Dictese!... ¡Cúmplase!...

Todo esto con la energía de expresión á que se prestaba la atiplada vocecilla de D. Liborio.

Pero al otro día, cuando el auto comenzaba á producir sus efectos, se presentaba un amigo de la víctima, un pariente, un extraño, cualquiera que fuese, y le decía:

—Señor juez, en este asunto se ha cometido un error, un acto de vandalismo, una verdadera tropelía, una transgresión de ley, y aquí traigo un escrito de protesta...

Y D. Liborio, levantándose y con la mayor frescura, contestaba:

—¡Tate!... ¡Pues tiene razón! ¿Sabe usted que hemos hecho una barbaridad?...

Y acto continuo, descargaba una lluvia de increpaciones contra los conseje-

ros áulicos que habían dado cumplimiento á los mandatos inconscientes de su señoría.

Pero como alguno de ellos se permitiese hacer observaciones sobre el particular, cambiaba el juez la casaca, y revolviéndose contra el querellante, le decía:

—¡Tate! ¿Pues sabe usted que no hemos hecho ninguna barbaridad?...

Y así capeaba D. Liborio sus asuntos, siendo de la opinión del último que le hablase, pero sin que alguna vez se tomara la molestia de consultar un texto, ni de revisar unas diligencias procesales.

Había que aplicarle aquella redondilla:

«Dijo uno:—Pese á quien pese,
yo soy de ese parecer.
Dijo otro:—No puede ser.
Y él dijo:—También soy de ese.»

En sus relaciones con las demás oficinas del Estado, tenía D. Liborio detalles de primer orden.

Gobernaba la provincia un brigadier de

mucho carácter y de grandes condiciones de mando. Vaya, un buen gobernador en toda la extensión de la palabra.

Yo no sé con qué motivo, pidieron al brigadier informe reservado acerca de la conducta de D. Liborio.

Bastaba que la noticia fuese reservada, para que al momento cundiera por la localidad. Rabadilla hubo de enterarse de que el gobernador había dicho en el informe cosas estupendas.

Don Liborio tuvo en aquella ocasión un rasgo de energía. Una tarde, á la hora de la siesta, porque este hombre era inoportuno hasta para eso, presentóse en el gobierno á enterarse de lo ocurrido.

Entre las autoridades gubernativa y judicial, medió el diálogo siguiente:

—Hombre, he sabido que usted ha informado mal acerca de mí.

—Con efecto, aquí tengo el borrador.

—¿Podría conocerlo?...

—No hay inconveniente. Dice así: «No puedo asegurar á V. E. que D. Liborio Rabadilla sea un hombre capaz de grandes

inmoralidades; pero comete bajezas impropias de su investidura, como la de no pagar á la lavandera, ni al sastre, ni al zapatero; amén de que pretende que se le suministre de zacate y de hortalizas bajo iguales condiciones, etc., etc.»

¿Ustedes se hubieran escandalizado ante semejantes crudezas?

Es indudable.

Pues bien, D. Liborio, satisfecho de las complacencias del brigadier, levantóse sonriente, y alargando la mano á su interlocutor, le dijo:

—¡Vaya, pues tantas gracias! Me retiro.

Y salió hacia su casa, zarandeando tan tranquilo su amojamada personita.

Pero el asunto no terminó así. Al día siguiente, cuando el brigadier salió á dar su acostumbrado paseo, observó que alguien hacía seña á su cochero para que parase el carruaje. Al ver á D. Liborio, que, con tan vivo interés, demandaba la atención del gobernador en aquellos instantes, detúvose éste un poquillo receloso.

Acercóse precipitadamente el cuitado

y dijo al brigadier con muchísimo sigilo:

—¡Puede usted decir á su excelencia que ya está arreglado todo aquello!...

Y siguió imperturbable su camino.

Averiguado qué era *aquello,* resultó que el bueno de D. Liborio había entrado franca y resueltamente en el camino de la rectitud.

Desde aquel día habíase propuesto pagar religiosamente á todos sus servidores.

La primera vez que se veía á D. Liborio bastaba para quedar convencido de que el pobre señor había llegado al último grado de la chifladura.

Tenía la costumbre de acicalarse mucho, y usaba con frecuencia el traje de rigorosa etiqueta,

Para visitar á un bago, ya se sabía: frac, medalla, bastón y demás zarandajas anejas al cargo.

Y con todos los recién llegados al país, sostenía estos ó parecidos diálogos:

—¿Conque usted se llama López y Rodríguez?...

—Sí—contestaba el interpelado.

—¡Hombre, hombre, hombre! Pues usted debe de ser pariente de un tal López que yo conocí en Vitigudino.

—No, señor. Jamás he tenido parientes en ese pueblo.

—¿No es usted, por ventura, de la provincia de Salamanca?...

—Sí; pero esos López de Vitigudino, que usted conoce, no pertenecen á mi familia. Deben de ser otros López...

—¡Pues mire usted lo que son las cosas! Cuando me dijeron que era usted de *por allí,* francamente, me alegré, pensando que usted sería pariente de ese caballero. ¡Ah! ¡Ese López es un gran amigo mío! *Por cierto* que yo le defendí en un pleito que sostuvo con su cuñado, hermano de un farmacéutico que se casó con la hija del escribano, que era pariente de un concejal que también pertenecía á la familia de López por parte de una tía suya que era prima de un oficial de Secretaría del Ministe-

rio de la Gobernación; y *por cierto* que hice un escrito de alzada ante el Supremo, y después pronuncié un discurso que empezaba así:—¡Poderoso señor!...

Y D. Liborio desataba su elocuencia forense, haciendo alarde de una memoria prodigiosa, hasta que la víctima de sus arrebatos exclamaba, llena de asombro:

—¡Qué memo... rión!...

Con esto quedaba convencido el nuevo funcionario de que la justicia de aquellos felices pueblos andaba en manos inexpertas.

La chifladura de este pobre hombre no tenía remedio.

Vean ustedes, si no, una nueva hazaña de D. Liborio.

Con motivo de fausto acontecimiento, hubo una recepción en la casa-gobierno. Con este objeto el gobernador invitó á todos los funcionarios para las ocho de la mañana.

Llegó el día señalado, y D. Liborio, lleno de cruces y veneras, presentóse á las

siete en la residencia oficial del brigadier, acompañado de dos escribientes con sus trajes de etiqueta: chaquetilla corta y camisa por fuera del pantalón.

Hízose anunciar el juez al gobernador; y éste, creyendo que algo grave ocurría cuando á hora tan intempestiva se presentaba D. Liborio, mandóle pasar á su cuarto.

Y entró don Liborio acompañado de sus testigos.

Al ver *aquello*, el brigadier, que se hallaba á medio vestir, exclamó lleno de indignación:

—¿Qué le ocurre al Juzgado?

—Nada, que venimos á la recepción. Como al poder judicial se le recibe media hora antes, he creído conveniente tomar la delantera.

—No, hombre, no. Es sólo la Audiencia la que tiene esa prerrogativa.

Y luego, encarándose con los de la camisa por fuera, añadió:

—Y estos individuos, ¿qué hacen aquí?

—Vienen conmigo á esta solemnidad.

—Bueno, bueno; pues que se vayan á la cocina con los *batas*.

Y D. Liborio, con paternal afecto, dijo á sus acompañantes:

—Id á la cocina, hijos míos, que lo manda el señor gobernador.

En fin, sería interminable tarea eso de relatar genialidades de aquel juez.

¡Era mucho hombre D. Liborio!

En otra ocasión fué invitado Rabadilla para asistir á un *Tedéum*.

Pero D. Liborio, molestado por una pertinaz dolencia, se excusó en carta dirigida al gobernador; carta que, en su parte más substanciosa, decía así:

«Siento de todo corazón no poder asistir al acto solemne á que usted tiene la bon-

dad de invitarme. Un reuma que padezco en los remos inferiores, me priva del gusto que tendría de dar nueva muestra de mi amor á la dinastía borbónica y de mis sentimientos Católico-Apostólico-Romanos...»

El gobernador envió la epístola al médico titular para que informase acerca de la enfermedad del juez.

Pero el médico, siempre escrupuloso en las cuestiones de competencia, devolvió inmediatamente el documento, manifestando que, tratándose de *remos*, sería conveniente pasar el asunto á informe del señor Capitán del puerto.

No se supo lo que, en su alta sabiduría, aconsejó la autoridad marítima del distrito.

La última chifladura que le conocí quedó estampada con caracteres inmortales.

Quiso, sin duda, dejarnos memoria eterna de su paso el que, durante un par de años, había sido el regocijo de la colonia peninsular, la cabeza de turco de los aficio-

nados á bromas de todo género, y al marcharse de la provincia envió á sus numerosos amigos la siguiente tarjeta:

Liborio Rabadilla,

Promotor fiscal que fué de Basa-basa, ex juez de Uli-uli y Poto-poto, actual de Tira-tira y electo de Ganga-ganga,

Se despide.

¡Pobre señor de Rabadilla!...

¿Qué habrá sido de aquel desdichado?

Yo ya me figuro dónde será probable que esté.

¡En algún manicomio!...

LOS MUSIQUEROS

LOS MUSIQUEROS

—

(PERFILES EN SÍ BEMOL)

EN ningún país como en aquel bienaventurado Archipiélago magallánico, adquieren tanto desarrollo los plátanos y los violinistas.

La generación actual despunta por sus aficiones musicales.

En Filipinas hay muchos brazos dedicados al honesto manejo del arco del violín, y muy pocos á las faenas del campo.

Así anda el país; tan perdido como aquellos músicos callejeros.

Ello es que cada dia se dan á luz muchos jóvenes apreciables, con tanta vocación y tan decididas inclinaciones por la música, que se pasan las doce horas laborables del día y parte de la noche, molestando al vecindario pacífico con las notas alegres y las melancolías sublimes del instrumento de Paganini.

Pero hay que confesar una gran verdad: los músicos de allá no han conseguido todavía sacar al divino arte del período de la infancia.

Si como tienen persistencia y tenacidad aquellos chicos, tuvieran un poco de estética y sentimiento, entre tantos concertistas domésticos que no nos dejaban dormir la siesta, saldría alguno que eclipsara la gloria de los grandes maestros.

Conozco musiquillos de tan distintas clases y aptitudes, aun dentro de una misma raleca, que no me sorprende que sirvan á un tiempo como escribientes, cocineros, cocheros y especialistas en el cultivo del violín, sin perjuicio de tocar también la guitarra y el órgano de la iglesia.

Esto constituye una verdadera anarquía en la repartición del trabajo.

Verdad que el arte es tan hospitalario, que acoge á todo el mundo sin exigir patente alguna á esos perturbadores de la armonía popular.

Gracias que, si bien son muchos los que entran de momio en el sagrado templo, son muy pocos los que llegan á oficiar de pontifical.

Hé aquí los distintos ejemplares de musiqueros filipinos á quienes he observado en sus característicos detalles.

Los hay que tocan de oído y por afición, llevando el compás con el dedo gordo del pie izquierdo.

Otros que dan expresión á la melodía estirando el pabellón de una oreja ó poniendo los ojos en blanco.

Algunos que rascan con el arco las delicadas cuerdas, produciendo estridentes sonidos, sin hacer caso de las advertencias del pentagrama.

Y los hay tan incansables, que repiten cien veces las partes de que consta la pie-

za, hasta que se les mete una mosca en el oído ó se les ocurre echar mano y darse un repaso de uñas por las nalgas.

En los intermedios suelen emplear su ocio en deshollinarse las narices á dedo.

Entre los musiqueros hay alguno que descuella por sus acometividades organizadoras. Reune unos cuantos jóvenes del oficio y, como es natural, organiza una orquesta, que se compone, generalmente, de cuatro violines, una guitarra de sonoras cuerdas metálicas, un bombardino, un fagot, un cornetín de cinco llaves, unos platillos y un bombo.

Y con estos elementos se lanzan por aquellas calles á dar serenatas al pacífico vecindario, que los escucha con cierto regocijo, al ver cómo adelantan los muchachos en tan poco tiempo.

Por lo general, el que lleva el bombo es quien hace las veces de director.

Ó le cede el puesto, como más inteligente, al primer violín concertino. El director avisa, hace la señal levantando la cabeza, y da la entrada, haciendo una cortesía y

moviendo una de las extremidades al natural.

Y entonan el paso doble *Miss Leona* que no lo conocería, de seguro, ni el ingenio que lo parió.

Y sin tomar alientos, arremeten con la jota de los *Ratas* ó la melodía titulada *El piritiplín,* original de algún *lalaque* enamorado.

También hay otras colectividades artís-

ticas que se dedican á dar serenatas á las jóvenes indígenas.

Pero ¡ah! entonces nos librábamos de los instrumentos de viento, que eran ventajosamente sustituídos por un coro de pisaverdes, que cantaban ternísimas endechas en el dialecto local.

En casi todas las viviendas filipinas encontraréis guitarra, violín y arpa antes que la mesa del comedor.

Este es un síntoma del aprecio en que se tiene la música, y la indiferencia con que se miran allí las prosaicas necesidades de la materia.

Dedicarse en aquellos pueblos infantiles á hacer visitas por espíritu de observación, es el medio más seguro de encontrar elementos bastantes para maldecir las melodías y odiar la música con los cinco sentidos.

Es una verdadera calamidad.

Dicen los *dilettanti* que el arte, en sus inimitables armonías, es el vehículo que nos transporta á las regiones de lo infinito.

Vayan ustedes á Filipinas, y se convencerán de que ese vehículo les transportaría derechitos al infierno y á la desesperación.

Tenía yo una vecindad tan entusiasta por los sonidos, que no cesaba de darme murga, causando el martirio de mi mujer, que tuvo la desgracia de sufrir horribles jaquecas desde que llegamos á aquel dichoso pueblecillo.

Con frecuencia mi cara mitad solía decirme:

—Pero, hombre, ¿cuándo acabará ese guitarrista con tan invariable y monótono sonsonete?

—Calla, mujer, eso es que hace los primeros ejercicios.

—¡Lástima de sarna que le arrancara las uñas!...

—No seas maldiciente, Perpetua mía.

—Tienes razón. No sé lo que digo; dispensa.

Y la pobre transigía con el guitarrista.

—¡Calla, pues ahora empieza el del piporro!... ¡Esto no lo aguanto! ¡Vámonos!...

—Pero, ¿adónde, hija mía?...

—Á casa de las de Tabardillo. Al menos pasaremos un par de horas libres de esa sinfonía del infierno.

Y con efecto, íbamos á casa de esta buena familia y la encontrábamos dada á los diablos con otro vecinito que había despuntado recientemente por la afición al piano, y les martirizaba durante las siestas con escalas, arpegios y vocalizaciones.

Pero había que resignarse.

Y transigí con la música como pudiera transigir con la viruela cualquier ciudadano injerto en vacuno mayor.

Y para que vean ustedes si estaba resignado, allá va la prueba.

Una de aquellas bochornosas tardes invitóme un amigo de la localidad á oir á tres jóvenes, hijos del «interfecto», que le habían resultado músicos.

Lleno de resignación, acepté tan cariñosa deferencia. Pero el enemigo salióme al encuentro antes de que me llegara la hora del dolor. Una comparsa de seis ú ocho

fariseos había improvisado una orquesta sin instrumentos.

—¿Cómo sin instrumentos?—me dirán ustedes.

Pues sí, señor, sin instrumentos. Tocaban, y tocaban bastante bien, con hojas de un árbol con que se imitan perfectamente todos los sonidos musicales.

Al ver «aquello» no pude menos de conmoverme, pensando en el porvenir de los fabricantes de instrumentos musicales.

Las hojas al natural están destinadas á producir una verdadera revolución en el arte.

Por fortuna nuestra, aun no hay motivo serio de grandes alarmas: no tienen los filipinos hojas que disputen con ventaja á los actuales medios el imperio de lo futuro.

Y para muestra basta un botón.

Y conste que es un botón histórico.

En cierta ocasión hubo de celebrarse en un pueblo de mi ínsula una subasta de los bienes embargados á unos infelices que debían no sé qué cosa á la Hacienda pública. Entre esos bienes había efectos úti-

les y de inmediatas aplicaciones; pero había también ¡cuatro instrumentos de música!

Llegó el momento de la subasta, y no hubo más que un postor... ¡El de los instrumentos! Ofrece el tipo de tasación, pero hay otro que puja; el primero aprieta, un tercero sobrepuja, y, por fin, se adjudican los codiciados instrumentos á un precio tres veces mayor que el fijado por los tasadores, quedando sementeras, carabaos y todo lo demás, sin alma bendita que ofreciera por ello un maravedí.

Si esto no es un síntoma elocuente de mi tesis, venga Camps y dígalo.

Pero no quiero detenerme en tales consideraciones, y prosigo mi cuento.

Subí resignado al *bahay* del amigo Ciriaco, sin poderme deshacer de mi natural temor.

—¿«Cosa»? — interrogué al bondadoso amigo que salió á recibirme.

—Nada, señor. Pase, venga el sombrero, y tome una copita.

—Gracias: no me permito esos lujos.

Y no hice más que revolverme, y me encontré de manos á boca con un arpa de colosales dimensiones.

—Conque vamos á tener música, ¿eh?

—Habrá música, señor—contestóme sonriente el padre de aquellas artísticas criaturas.

—¿Y estos simpáticos jóvenes son los que cantan y tocan?...

—Sí, señor.

—¿Y llevan el compás, por supuesto?...

—¡También, señor!

—¡Ay, qué primor! Pues venga de ahí.

Y me senté.

Á poco desfilaron ante mí, una joven macilenta, con la mirada fija en el suelo, como tímida colegiala, y luego tres zánganos de colmena, que, por lo visto, no habían aprendido más que á mal tañer la vihuela, en previsión de las contingencias del porvenir.

Y empezó el improvisado concierto vocal é instrumental.

La niña tomó asiento, colocóse el arpa convenientemente, y comenzó á templar las estiradas cuerdas del monumental instrumento. Cuando todo quedó á satisfacción de la arpista, dejó caer ésta perezosamente la cabeza sobre el desnudo hombro derecho y... tocó una pieza con aire de mazurka. Volvió á templar, y me obsequió con una melodía sentimental, amenizada con frecuentes tropezones; melodía de la que quedé muy malparado.

Pero debí aplaudir. Es un acto de cortesía que se debe siempre á la dignidad del sexo. Ciriaco agradecióme el aplau-

so, y me dijo con aire de vanidosa alegría:

—Este canta, y este toca y canta también — dirigiéndose á los niños más talludos.

—Pues vamos á ver. Les escucho con religioso silencio.

Y, con efecto; agrupáronse la niña y sus dos hermanitos, uno de éstos provisto de guitarra; volvieron á afinar los instrumentos, y entonaron, *sotto voce,* casi encendidos de rubor, el dúo de *Monomanía musical,* representando el chico mayor á Fernández y Colmenar, y el otro, de voz más atiplada, á Candidito Flor de Lis,

el muchacho más bonito
que nació en Valladolid.

Ya no quise oir más. Ciriaco se empeñaba en que conociera las habilidades de su hijo menor, que imitaba á maravilla la voz de algunos animales; pero yo renuncié movido de fuerza mayor.

El concierto habíame desconcertado de tal manera, que me sentí muy malo, y salí de la artística morada firmemente decidi-

do á no aceptar nuevas invitaciones de aquella agradable y bondadosa familia.

Yo no sé á punto fijo el origen de mi repentina indisposición.

Ignoro si la causa estaba en las melodías de los hijos del buen Ciriaco, ó en el espectáculo que presentó á mis ojos un chicuelo que, recostado sobre las faldas maternas, me enseñaba, *par derrière,* su camisita adornada con pajizas constelaciones.

Yo creo que fué lo uno y lo otro.

LOS HOMBRES DE CORCHO

LOS HOMBRES DE CORCHO

(PERFILES DE UN TEMPERAMENTO)

HACÍAN Gertrudis y D. Fermín un matrimonio digno de figurar entre las miserias conyugales de Balzac.

Era ella una jamona que frisaba en los cuarenta y cinco años. Nació bajo la sombra de las palmeras, los bambúes y los co-

coteros cubanos, y había pasado la dulce primavera de la vida columpiándose en la hamaca, al suave arrullo del abanico de plumas silvestres, perezosamente agitado por una «neguita» del Camagüey.

Tenía Tulita—que así continuaba haciéndose llamar por sus amigos—el tipo de las mujeres del Norte y la indolencia peculiar de las razas tropicales.

Bien es verdad que su rostro no conservaba sino ligeros vestigios de la juvenil hermosura sonriente, pues no pasan en balde los años, y mucho menos cuando en el lapso de la vida se atropellan las sensaciones voluptuosas en abigarrado amontonamiento.

El cutis de Tulita había perdido su frescura y su color, más bien por el amasijo

de líquidos y pomadas, que por las sales corrosivas de las lágrimas. En cada arruga de la cara veíase una amarga decepción de la vanidad femenil. La pobre Tulita no había podido rechazar victoriosamente las injurias del tiempo.

En sus enrojecidos párpados apenas quedaba una reminiscencia de sus pestañas rubias. Sus ojos azules, recargados de vetillas sanguinolentas, habían perdido el brillo, que constituía su principal encanto; y en su blonda cabellera asomaban á lo mejor las indiscretas canas que habían podido eludir los tijeretazos de la doncella ó los ficticios amaños de la tintura.

Pero no era todo eso, con ser lo bastante para mortificar la presunción de una mujer coqueta, lo que mayor indignación ocasionaba á la pobre señora: su exagerada obesidad ponía en tensión constante sus agitados nervios, porque la exuberancia de miembros y el abultamiento de la región abdominal, hicieron imposible la flexibilidad y esbeltez de la cintura; y su cuerpo, desprovisto de la línea curva, que

es la línea de la belleza, parecía una masa informe de carnes palpitantes.

Era, en suma, Tulita, con diminutivo y todo, una de esas mujeres que alimentan sus pretensiones ridículas del presente con los recuerdos felices del pasado.

En cuanto á D. Fermín, su marido, hé aquí lo que puede decirse como resumen de su historia: fué un galanteador de lo más fino, brillante oficial de nuestro Ejército, y una especie de caballero andante que había regocijado su juventud con mil aventuras amorosas. Apremiado por una legión de acreedores, fué á buscar en las Antillas un paréntesis de aquella vida cortesana, en que había disipado la mayor parte de su fortuna.

Allí conoció á Tulita y allí la hizo su mujer.

Cuando regresaron de Cuba, él se entregó á los inextinguibles ocios de la corte; ella, al galanteo de los salones aristocráticos.

Vivían Tula y D. Fermín sin amarse ni odiarse; *en bon camarade,* que dirían los franceses. Él aburrido de ella y ella aburrida de él.

Y como en aquel hogar no había hecho su risueño nido el amor, pasadas que fueron las primeras alegrías del matrimonio, vino el hastío de la vida conyugal, para que, como dijo Campoamor, fuera

... más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

Conocí la historia de este original matrimonio por boca de Tulita, cuando las mudanzas de la fortuna les empujaron á aquel bienaventurado país: á él, para mandar un regimiento; á ella, para regocijo de los que admiramos á las mujeres ingeniosas.

Hé aquí un rasgo de Tulita:

En cierta ocasión hubo de visitarla un hermano con quien no sostenía muy cordiales relaciones; y como Tula no se encontrase en casa, dijo el visitante con algún desabrimiento á los criados:

—Cuando venga la señora, anúncienla ustedes que ha estado á visitarla su hermano el barón...

Cumplido el encargo con fidelidad, fuése Tula algo amostazada á casa del barón. Al saber que no estaba allí, dejó para él este recado:

—Cuando llegue el señor, díganle que ha estado aquí su hermana la «hembra».

Este detalle constituye la norma de la existencia de Tulita.

Al decir de las señoras que componían la colonia europea de la provincia, Tulita había ido á perturbar la buena armonía que reinaba entre todas las familias.

Porque esta mujer, aunque vieja y gordinflona, merecía las preferencias de los muchachos. Ninguno dejaba de asistir los

miércoles y sábados á las reuniones de confianza y á los tresillos de la coronela.

Y, es claro; Tulita era una perturbación.

Sobre todo, para las familias con niñas cursis en estado de merecer.

Tulita había hecho conquistas de primer orden.

Y aun las continuaba haciendo entre los jóvenes de buenas tragaderas.

Sólo había encontrado una resistencia invencible en sus postrimeras aventuras.

Y á este héroe le llamaba ella «el hombre de corcho».

¡Qué otro calificativo podía merecer el insensato que respondió con la indiferencia á las insinuantes excitaciones de Tulita!...

Y se comprende.

Una mujer galante y vanidosa, como ella, muere sin confesarse vencida. Cuando se miraba al espejo, aun se encontraba hermosa; aun creía tener atractivos suficientes para rendir corazones á porfía.

Pero «el hombre de corcho» le hizo sufrir la primera decepción; la había inferido

el único ultraje que una mujer no perdona nunca: la había creído un vejestorio.

¡Qué horror!...

¿Cuándo tendrán las mujeres conciencia exacta de su valer?...

Nunca.

¿Cuándo creerán impotente el reinado de su hermosura?

Jamás.

¡Bien claro lo había demostrado Tulita, que era mujer de muchísimo talento!

No hay espejos confidentes que borren las ilusiones del corazón femenino.

Es necesario que haya un «hombre de corcho» que lo diga.

Y, sobre todo, que lo demuestre.

Ahí está Tulita que no me dejará mentir.

Como visita de confianza que era yo de tan original matrimonio, ocasiones tuve de sobra para comprender las exageraciones á que se presta el hastío conyugal.

En una de las confidencias que tuve con la coronela, entretúvome con un álbum de

fotografías en que había reunido una colección escogida de muchachos elegantes, todos amigos de Tulita.

Era su álbum íntimo: la personificación de los venturosos recuerdos del pasado; una sucesión interminable de galanteadores impenitentes.

Cada uno tenía su historia especial en el corazón de Tulita.

Había, sin embargo, allí otro «hombre de corcho» que acaso Tulita no llegó á comprender.

En presencia de aquel retrato, fijó una mirada sonriente la coronela, y me dijo:

—Este es Roberto Wahisk, un distinguido joven agregado á la Embajada británica en Madrid.

—Es un tipo elegante—contesté.

—¡Oh! ¡ideal!... Es lo que se llama un hombre guapo. Pero era un temperamento glacial, marmóreo, inalterable. ¿Sabe usted por qué no le he uncido al carro de mis victorias?...

—¿Por qué?

—Porque no me dió la gana.

Pero al decir esto se adivinaba en el semblante de la coronela una mezcla de altivez y despecho.

El amor propio en lucha con los instintos de la bestia humana, que diría Zola.

¿Habría comprendido Tulita que Roberto Wahisk era también para ella un «hombre de corcho»?

¡Quién sabe!

Hay ocasiones en que el corazón de la mujer es un abismo impenetrable.

En las intimidades de aquel hogar tranquilo es donde podían comprenderse las grandes aberraciones del sentimiento.

Jamás sintió D. Fermín el aguijón de los celos, á pesar de los extravíos de su mujer. Digo más; no se revolvía contra lo que llegaba á la superficie.

¡Pobre Lázaro, que ni siquiera oía la voz amiga que le invitaba á levantarse de la miseria!

Arrellanado en su mecedora de bejuco, leyendo ó contemplando las caprichosas espirales del humo de su cigarro, se abstraía por entero en su senil imbecilidad, mirando con filosófico desprecio todo cuanto ocurría á su alrededor.

Dijérase que aquel hombre, hastiado de los placeres del mundo, había llegado al último grado del embrutecimiento. Apagadas las postreras energías de la voluntad, envejecido y enervado, vivía como un cuerpo sin alma, sin esos dinamismos psíquicos que hacen de la dignidad humana un aparato eléctrico que nos agita, á veces, en convulsiones nerviosas.

Aquel hombre era una momia viviente.

Por eso aseguraba Tulita que había encontrado su media naranja.

Eran el uno digno del otro.

Dios ha hecho la despreocupación de los hombres para los pecados de las mujeres.

Tulita y D. Fermín apenas hablaban.

El *spleen* era la nota característica del hogar.

Hé ahí por qué Tulita buscaba sus expansiones con los amigos.

Pero, á veces, cuando el aburrimiento llegaba á entristecerla, solía romper el silencio con estas ó parecidas preguntas:

—Dime, Fermín, ¿cómo acabaron tus amoríos con la francesa?

—¿Qué francesa, mujer?...

—La bailarina. ¿No te acuerdas?...

—¡Psch! Como acabaron todos: por cansancio y porque resultaba carísima.

—¿Y los de la marquesa?

—¡Vaya, vàya!... No me hables de espantajos. Déjame leer...

Todo con la mayor naturalidad.

Eran éstas sus únicas expansiones matrimoniales.

Vivían de los recuerdos.

Y lo peor era que D. Fermín pensaba de su mujer lo mismo que de la marquesa.

Pero Tulita no se enteraba.

¡Pobre Tulita!...

Ni siquiera había comprendido que don Fermín era también para ella un «hombre de corcho».

EL CORREO

Y LAS NOTICIAS

EL CORREO Y LAS NOTICIAS

Era un encanto en Filipinas la vida de provincia!...

Con aquel infernal servicio de Correos, estábamos como en las Batuecas.

Aislado de la culta capital, donde, á bien poca costa, podía cualquier vecino modesto vestir con elegancia, pasear en vehículo propio y leer en la prensa noticias interesantes de las cinco partes del globo, aseguro á ustedes que, á no ser yo un gran

aficionado á la lectura de periódicos y al trato de la buena sociedad, hubiera vivido en mi insula como en el mejor de los mundos imaginables.

Después de quince mortales días, en que me veía privado de saborear las primicias del reporterismo manilense, llegaba la noticia de que había fondeado en el vecino puerto de Matabuyo un vapor que traía correspondencia de Manila.

¡Gracias sean dadas al tráfico del arroz, que motivaba aquellos viajecitos extraordinarios!...

Excuso decir á ustedes que, al saber tal novedad, me temblaban las carnes de emoción.

Al instante ponía en movimiento á toda mi servidumbre.

—A ver, tú, Simplicio; vé á Correos y pregunta si llegó ya el *Camiguín* á Matabuyo.

Y el muchacho salía corriendo para que yo viera desde mi ventana la presteza con que cumplía mis encargos.

Cuando Simplicio comprendía que ya le

había perdido de vista, cesaba en su trote cochinero, caminaba á su paso normal, que era de suyo bastante corto, y, si venía á mano, hacía una paradita en un tenducho de «sari-sari», ó se quedaba en cuclillas mirando á los chicuelos que jugaban á la «tanga».

Pero al fin, llegaba á Correos; preguntaba en su jerga especial si había fondeado el deseado vapor, y, con la respuesta afirmativa, emprendía su regreso al hogar, previas las detenciones y descansos de costumbre.

La impaciencia me asaltaba de nuevo. Miraba la esfera de mi reloj, que marcaba, por ejemplo, las tres de la tarde; echaba mis cuentas, y decía:

—¡Las tres!... Hay dos leguas de distancia entre Matabuyo y la Cabecera. Nada; á las seis, bien pueden estar aquí mis cartas y periódicos.

Intentaba descansar una siesta de media hora para entretener mi tiempo; pero... ¡era imposible!... La emoción no me dejaba conciliar el sueño.

Entonces iba á casa de mi vecino el famoso y alegre Ciriaco, para que su hija me obsequiase con unos cuantos solos de arpa y alguna cancioncilla picaresca. Así llegaba la hora señalada. Mandaba enganchar el carruaje—porque allí seremos pobres, eso sí, pero no nos privamos de ese lujo,—me vestía, y gritaba á mi cochero:

—¡A Correos volando!

Al preguntar con interés por la suspirada correspondencia,

—¡Aun no ha llegado!—me contestaba en seco el oficial de servicio.

Ante esta horrible decepción, sufría un desvanecimiento y me dejaba caer desplomado en los brazos de mi interlocutor.

Volvía en mí, después de beber un sorbo de agua ó una copa de *coñac,* si me la ofrecían, y salía de la oficina como un desesperado, diciendo:

—¡Esto es horrible!... ¡Quedarme yo sin cartas y periódicos esta noche!... ¡Qué país, Dios santo, qué país!...

Al verme entrar en casa, triste y cabizbajo, mi pobre mujer, asustada con las noti-

cias telegráficas del cólera, me preguntaba:

—¿Qué ocurre? ¡Vamos, habla pronto! ¿Se ha muerto algún individuo de la familia?...

—No, hija mía, tranquilízate. ¡Aun no ha llegado el carro de la correspondencia!...

—Pero ¿es posible?...

—Y tan posible. Ya lo ves.

Pasaban dos horas, mandaba otro recado á Correos, y... nada. La correspondencia no parecía.

Al día siguiente, cuando todos creíamos que las cartas habían desaparecido entre el fango de la calzada, llegaba el carretón á paso de tortuga.

La noticia corría por todo el pueblo con la velocidad del rayo.

—¡Albricias!—exclamaba yo con entusiasmo!—Ya tenemos «eso» ahí.

Y sin perder minuto, añadía:

—Voy á ver. ¡Eustaquio!...

—¡Señor!

—¡Engancha á escape!

Y me dirigía á la Administración, seguro de encontrar lo apetecido.

Con efecto, ya había comenzado la distribución. Metía la mano en mi apartado, y recogía una carta y tres paquetes de periódicos.

—¡Cochero, á casa!...

En el trayecto rompía el sobre con marcada impaciencia. La carta era de un «inglés» que me venía recordando cierto piquillo pendiente.

Y yo, con la natural pesadumbre, exclamaba:

—Pero ¿es posible que para recibir tan desagradables noticias me impaciente de este modo?

Y lleno de indignación hacía añicos la epístola del «inglés» para que mi Perpetua no se enterase de ciertas debilidades.

Al llegar á mi domicilio, me arrellanaba cómodamente en una perezosa de bejuco, y la emprendía con los periódicos.

Leía con ansiedad los epígrafes de la sección local: «En el Filipino... Imagen... Aprehensiones... Fiesta... Radicación... Ratas... Menudencias... ¡Esos carretones!... Música...» Vaya; lo de siempre...

Así pasaba por alto algunas columnas del género soso.

Continuaba leyendo con verdadera fruición.—«Pésame». ¿Quién se habrá muerto?... Veamos:

«La señorita doña Caralampia Espiritutuo ha tenido la desgracia de recibir la triste nueva del fallecimiento de su tío D. Pantaleón Repollo, juez de sementeras del pueblo de Guagua, (Pampanga).

Nos asociamos á su natural dolor.»

Y seguía leyendo:

«Con verdadera satisfacción anunciamos que nuestro distinguido amigo el Sr. González se ha inscrito en la lista de abonados al teléfono.

Bien dijimos que la Empresa prosperaría. Ya son veintisiete los abonados, y se confía en un aumento considerable.

¡No podía esperarse otra cosa de este culto vecindario, tan amante de los progresos de la ciencia!»

Á continuación me tragaba este manojito de interesantes noticias:

«Según nos escriben de Pandacan, el jo-

ven médico D. Cirilo Tampipi, que tan brillantes ejercicios ha hecho en esta Universidad, acaba de extirpar un ojo de gallo al rico hacendado de aquel pueblo D. Policarpo Cagampang, habiendo mostrado gran pericia en esta difícil operación, así como también en la que practicó días pasados en la persona de un *zacatero* que tenía sobrehuesos en ambas corvas.

Felicitamos al joven Tampipi por sus prematuros éxitos en la Cirugía, para la que tan felices disposiciones viene demostrando.»

«Por causa del mal estado en que se encuentran las aceras, ayer sufrió una luxación en el pie izquierdo el conocido escribiente de la Contaduría Central D. Cipriano García. Este accidente le privará de asistir á la oficina en algún tiempo.

Tendremos á nuestros lectores al corriente del curso de la luxación, que, por fortuna, no reviste caracteres alarmantes.»

«En secreto nos dice una persona que nos merece entero crédito, que los distinguidos señores de Taleguilla piensan obsequiar á sus íntimos con una *soirée* de

confianza, en celebración de los brillantes exámenes que acaba de hacer uno de sus hijos.

También en secreto nos dicen que se bailará.

Conque... á divertirse.»

«Por la mala intermedia llegará un individuo del coro para reforzar la compañía Balzofiore.

Así se decía anoche en los altos círculos.

Buena falta hace.»

«Mañana habrá tiro de pichón extraordinario en el pintoresco sitio de Nactajan, al que asistirán los Excmos. Sres. Dorbete y Fola (1).

Se soltarán y matarán ochenta palomas.

¡Ah!... y habrá *gaudeamus*.»

«En la parroquia de Binondo se efectuaron ayer cuatro matrimonios de naturales.

Parece que la afición á Himeneo cunde entre los jóvenes indígenas.

(1) Estos señores, que están siempre en escena, suelen ser personajes importantes de la burocracia en ejercicio. Después, nadie los nombra ni se acuerda de ellos para nada.

Así, así, hijos míos: *crescite et multiplicamini,* dice un libro santo.»

«Promete estar animadísima la fiesta de Antipolo. Este año habrá música, fuegos artificiales y luz eléctrica.»

«Como verán nuestros lectores por el cablegrama que en otro lugar insertamos, pronto se embarcará para estas islas el conocido empleado D. Cucufate Rinconete, que tantas simpatías tiene entre esta sociedad por sus relevantes prendas de carácter.

También nos dice nuestro activo corresponsal, que ha sido nombrado oficial quinto de la Dirección Civil el conocido joven taurófilo D. Ricardo Pérez.

Con tal motivo, la Sociedad Hípico-Taurina le prepara un cariñoso recibimiento.»

«Por causa del mal tiempo no ha podido llevarse á cabo la proyectada expedición de los Excmos. Sres. Fola y Dorbete al vecino pueblo de Parañaque.

Lo sentimos.»

«Según nuestras noticias, muy pronto se inaugurará un nuevo Círculo recreativo,

del que serán presidentes honorarios los distinguidos *gentlemen* Excmos. Sres. Dorbete y Fola.

La Junta directiva provisional ha acordado celebrar un baile en honor de sus presidentes honorarios.

Ya se ha encargado del *buffet* el conocido repostero señor Merenguete.

Conque, jóvenes, animarse.»

Después de tan interesantes noticias, no me negarán ustedes que debía quedar satisfecha mi curiosidad hasta la próxima quincena.

Pero yo, ni por esas; no escarmentaba. Sabía de antemano lo que me iba á suceder, y, sin embargo, me impacientaba por recibir nuevos ejemplares.

Era preciso enterarse de lo que resultaba en aquellas expediciones.

Me interesaba mucho saber si, al fin, habían ido á Parañaque los excelentísimos señores Dorbete y Fola; si el galeno de

Pandacan había extirpado más ojos de gallo; si resultaron lucidos los fuegos artificiales en Antipolo, y, sobre todo, si los señores de Taleguilla daban ó no daban aquella *soirée* tan cacareada por los periódicos.

Desgraciadamente, todo se convertía en cháchara de comadres.

Sólo podía darse crédito al tiro de pichón y á sus entusiastas.

En cuanto á la *soirée* de los señores de Taleguilla, más vale callar.

Porque siempre resultaba una *cachupinada*.

Á la que los periódicos consagraban varias columnas, ensalzando la distinción con que hacían los honores de la casa aquellos desdichados, á quienes una vanidad mal entendida había metido en semejantes honduras.

¡Lástima que la familia de Taleguilla tenga en aquel país infinitos imitadores!...

LOS MARTES

DE LA GOBERNADORA

LOS MARTES DE LA GOBERNADORA

MUJER más animada que doña Saturnina, ó doña Saturna, como la llamábamos los íntimos de la casa, no la he conocido en los días de mi vida.

Ella sola traía revuelta á toda la colonia. Aquella buena señora siempre encontraba ocasión oportuna para echar una canita al aire.

La época á que me refiero será de grata

memoria en los fastos del «mundo elegante» filipino.

Doña Saturna se había propuesto sacar todo el partido posible de su situación desahogada. Era á la sazón nada menos que gobernadora de provincia.

Había sido la dulce compañera de todos los malos ratos de López, á quien unió su suerte cuando el pobre hombre no era más que un triste sargento, y parecía muy justo que la buena señora acompañase al simpático López en los alegres días de la abundancia.

Como algunas familias cursis habían dado en la manía de «reunir á sus amigos» un día determinado de la quincena, claro está que, tratándose de la esposa del primer personaje de la colonia oficial, hubiera quedado en ridículo al no entrar dignamente en las costumbres de la buena sociedad.

Él era un bonachón de cuerpo entero; ella, un carácter impetuoso y dominante. Así se explica que López se resignase á todas las extravagancias de su mujer.

El día señalado para la fiesta, solían mediar entre los felices cónyuges intimidades como estas:

—¡Vaya, Saturna, hoy nos toca echárnoslas de «cabayeros»!

—¿Ya empiezas con tus bromas?...

—No, tontina; te lo advierto para que hagas los «honores» con arreglo á ordenanza...

—Pero ¿qué terminachos son esos?... ¿Crees tú que tratas con algún soldadote?...

—Chica, perdona. Esta educación de cuartel es origen de muchas groserías.

—Y lo que es tú, no te enmiendas.

—¡Quién sabe! Á tu lado, cualquiera se echa á perder.

—¡Animal!...

—¿Lo estás viendo, prenda?

—¡Jesús, qué tiote eres!...

—¡Ja, ja, ja! Pero ¡qué cosas tienes!...

—Quien tiene «cosas» eres tú, so... ¡militarote!

—No; la verdad es que cualquiera que te vea con tantos moños, y con esos cintajos,

y con ese empaque de «principesa» destronada, te creerá una persona de clase... y de buenos principios...

—¿Qué tienes tú que decir de mis principios?...

—Nada, mujer; pero no me arañes.

—La culpa me la tengo yo por haberme casado con un patatero.

—Pero, oye, ven acá, título de Castilla: ¿ya no te acuerdas de que eres hija de aquel maragato que tuvo pescadería en la plazuela de Matute?...

—¡No tengo ganas de conversación!

Y salía echando pestes como estas:

—«¡Tío camándulas!... ¡Mal marido!... ¡Sinvergonzón!... ¡Ridículo!... ¡Grosero-te!... ¡Calzonazos!... ¡Patatero!...», y otros cariñitos por el estilo, que el pobre López sufría con santa resignación.

Le había tocado en suerte una mujer de caballería.

—¡Cómo ha de ser!—se decía.—Nadie está libre de una desgracia.

López tenía con su mujer franquezas verdaderamente brutales.

Pero era hombre de buen sentido y tomaba á risa las tonterías de doña Saturna.

Pensaba él muy cuerdamente que aquellas disipaciones le llevaban derechito á la ruina. Gastar el sueldo, las obvenciones legítimas y los «gajes» del oficio en semejantes bagatelas, le parecía un «desarreglo». Era su frase habitual.

—Pero, hija mía—solía decir López á su esposa,—¿no comprendes que, por este camino, el día que venga la *remuda* tendremos que volver á la tierra con una mano atrás y otra delante?...

Y doña Saturna, invariablemente, como quien se apodera de un estribillo, le replicaba:

—¡Para eso eres *governaor!*

Él seguía haciendo reflexiones para sacarla de su error. Todo inútil. La vanidad en la mujer es indestructible.

Al cabo doña Saturna no transigía.

Y, si era menester, se pegaba con su marido. La prudencia que á éste le exigía

el cargo, su natural temor á un espectáculo ruidoso, daban por resultado en aquel hombre una completa abdicación de su autoridad marital.

Allí no había más pantalones que los de doña Saturna.

Aun me parece estar viendo á la *governaora* la noche que fuí presentado en sus salones.

¡Ah! Doña Saturna no cabía en el pellejo de pura satisfacción.

Allí estaba ella que parecía un «brazo de mar». Muy empolvada, y con unos canalones de sudor, que le ponían la cara hecha una desdicha.

¡Pobre señora!

Había entrado demasiado tarde en el laberinto de la vida social. Una vieja ridícula, sin talento, sin ninguno de esos recursos que hacen de la mujer un objeto de eterna admiración, sólo podía arrancar al mundo una carcajada de burla.

Hé ahí lo que ella no sospechaba.

Porque la vanidad senil, como el amor de la inocencia, tiene los ojos vendados.

La casa del gobernador parecía aquella noche un jardín espléndidamente iluminado.

Doña Saturna, eso sí, había reunido una bonita colección de macetas para adornar la escalera, el salón y otras dependencias de su espaciosa morada.

La *soirée* estaba animadísima. Dos orquestas, una á la entrada de la casa y otra en una de las habitaciones contiguas al salón, amenizaban el espectáculo.

Cuando entraba algún convidado, se le anunciaba con un golpe de campana, como en la mansión oficial del jefe superior de la Colonia. Si el invitado «traía la señora», el campanero duplicaba los golpes.

Doña Saturna no paraba un instante. La dichosa campanita la ponía nerviosa, sin poderlo remediar. En cuanto sonaban golpecitos, saltaba de la silla la buena señora,

como impulsada por un resorte, y corría en busca de sus invitados para colmarles de atenciones y amabilidades.

Aquella noche ocurrióseles á los músicos, para desdicha de doña Saturna, tocar una pieza con campana: el *Miserere* del *Trovador*. Cuando sonó el primer golpe de badajo, doña Saturna, levantándose presurosa, dijo:

—¡Ay!... Voy á ver quién llega, con el permiso de ustedes.

Y salió al encuentro de sus convidados.

Pero los convidados no parecían.

Cuando sonaron los golpes sucesivos, doña Saturna se diría: —¡Ahora sí que va de veras!

Y, con efecto; la buena mujer se encontró nuevamente chasqueada.

Como aquel carácter, poco bonancible de suyo, no era para sufrir burlas de este calibre, doña Saturna, llena de natural indignación, gritó al músico de la campana:

—¡Ven aquí, pedazo de bruto!...

Y el infeliz campanero, que sabía de so-

bra cómo las gastaba «la señora», acercóse con cierta timidez.

—¿Quién te ha mandado tocar?... ¡Habla!...

Y le trincó de una oreja para levantarle en vilo.

—«Siguro», aquel músicos, avisa conmigo, señora...—masculló el muchacho en su jerga endemoniada.

—¡López!—gritaba frenética doña Saturna.

Y el *comendante* se acercó temiendo los furores de su mujer.

—¿Qué ocurrirá ahí fuera?—pensábamos todos.

—Pero ¿qué pasa, mujer?—preguntaba el marido.

—Que estos cafres se han propuesto burlarse de mí. Á ese de la campana es preciso que le arrimes una buena paliza. ¡Habráse visto hombre más desvergonzado!... ¡Hacerme salir dos veces en balde!...

—¡Calla, tonta, y que no se enteren esos señores! ¿No sabías que en el *Miserere* del *Trovador* se toca la campana?...

—¡Ah!... ¡Sí, ya caigo! Por fuerza estoy loca esta noche. ¡Dios mío, qué vergüenza!...

—Te está muy bien empleado, por meterte en semejantes trapisondas.

Y entraba de nuevo doña Saturna en el salón, más colorada que un pimiento de la Rioja.

Y al incorporarse al grupo, decía, agitando nerviosamente el abanico:

—¡Ahora me explico la vida aperreada de los monarcas!...

En aquel grupo estaba lo más selecto de la reunión.

La que más y la que menos tenía peores orígenes que la hija del maragato.

Pero todas sabían cubrir las apariencias, rivalizando en lujo, en elegancia y en alhajas de gran valor. Señora había allí que se hacía confeccionar los trajes en el taller de Mme. de Virot, ó en el de un modisto acreditado de París.

¡Ah! En eso de la vanidad, no hay quien nos eche la zancadilla.

Oigamos ahora la interesante conversación de aquellas aristócratas.

Decía un marimacho, señora de un empleadillo subalterno:

—¡Ay, do-

ña Saturna!... Eso de venir tan *encorsetá* con estos calores, no se puede resistir.

—Pues yo llevo corsé todo el día, y, sin embargo, no me molesta—replicaba una niña pálida recién puesta de largo.

—En este país hay que acostumbrarse á

todo, hija. A mí me es indiferente llevarle ó no llevarle. Como yo nunca me aprieto...

—¡Ah! Pues yo tampoco.

—Ni yo.

—¡Uf, qué horror! ¿Apretarse á estas alturas? ¡Quite usted!...

—Pues es claro.

—Sí, señora. Yo le llevo flojísimo...

—Y yo también.

—Y yo.

Y así seguían todas de acuerdo con la iniciadora de aquella idea transcendental.

Doña Saturna eludía siempre las discusiones de este género. Hablar de edades y de cinturas entre mujeres de más de cuarenta años, es una verdadera impertinencia.

Después se hablaba de otros asuntos importantísimos.

Una de las convidadas, recordando su vida de la corte, decía con tristeza:

—¡Ay, hija! ¡En este país se echan de menos tantas cosas!... La Castellana, el Prado, el Retiro, el Real...

Y yo añadía entre dientes:

—Sí, y la pradera de San Isidro, y el *Tío vivo* de la Fuente de la Teja, y las Ventas del Espíritu Santo... ¡Ya lo creo!...

¡Pero, quiá! Ninguna de aquellas aristócratas incipientes tenía por qué hablar de esos sitios, donde sólo va el grosero populacho.

La dueña de la casa, conmovida al oir hablar de sus inolvidables Madriles, exclamaba:

—¡Oh!... ¡Aquel Madrid es una delicia! Verán ustedes la vida que nosotros hacíamos. Por la mañana, muy temprano, íbamos al Retiro para que mi niña, que estaba casi anémica, tomase leche de vacas y entrara en ganas de comer. López iba á sus quehaceres, y por la tarde, á las cinco, salíamos á dar nuestro paseito en coche por la Castellana. Allí se daba cita toda la sociedad elegante. ¡Ah!... No quiero acordarme... Luego, ¡tenía unas amigas! Ya usted ve; la de Mingaceli, la de Retortillo, la de Cinco Torres, la de Altamira, las de...

—¡Ya lo creo!—afirmaban todas, agitando coquetonamente el abanico.

Y seguía doña Saturna:

—Después de comer, íbamos á Lara ó á la Comedia los días de moda. ¡Qué bien trabajaba la Mendoza Tenorio!... Alguna vez que otra íbamos al Circo de Price. ¡Allí sí que nos reíamos con Tony Grice!...

—Pues yo—interrumpía otra aristócrata de pan y queso,—estaba abonada con las de Romero á un turno del Real. Las noches libres íbamos al Español; pero, hija, estaba aquello tan desanimado, que daba no sé qué. Además, como Juan escribía en un periódico, solía traernos butacas para los teatritos por horas. ¡Oh! En *Eslava,* en *Felipe* y en *Maravillas* se pasaba el rato admirablemente...

—¡Jesús, Emilia! Pero ¿tenía usted valor para oir aquellas indecentadas?...

—¡Qué quiere usted! Á Juan le divertían tanto... Y yo, francamente, no me hacía cargo de lo que decían. Lo único que me disgustaba eran los trajes de las actrices...

—¡Digo!... ¡Como que salían con la hoja de parra! Aquello es indecoroso, hija mía.

Luego sólo va gentecilla de poco más o menos. Hay por allí á última hora cada *pájara* de cuenta, que ya, ya...

—Pues Rigoberto y yo hacíamos una vida ejemplar—adicionaba otra señora del montón.—Por la mañanita salía yo sola á oir misa en las Calatravas; después, un ratito de compras. Por la tarde, nuestro paseo por la calle de Alcalá y por Recoletos. Mis teatros predilectos eran el Real, la Comedia, Lara y la Princesa...

—¡Ah!... ¡Ya lo creo!—murmuraban todas.

Y seguía la de la vida ejemplar:

—Pues á última hora, ya se sabía; Rigoberto me llevaba á tomar chocolate á Viena ó al Suizo.

—¡Y que está poco animado «aquello» de una á dos de la madrugada!—añadía uno de los pisaverdes de *smoking* que brujuleaba en torno de las señoras.

—Pues, hija—decía la oficiala-quinta-almacenera,—yo no tenía necesidad de salir por la tarde para distraerme. Como papá vivía en la calle de Alcalá, frente al palacio

de la *Equitativa*, nuestra casa ¡era un coche parado á todas horas!...

Otra convidada, que hasta entonces había guardado el más profundo silencio, sin duda, combinando una mentira muy gorda, soltó á la distinguida concurrencia esta bomba final:

—Pues cuando yo iba á los bailes de Palacio con mi primo el barón de Pisacallos, que es jefe de las Caballerizas... Aquello era una delicia. ¡Qué *confort*, qué trajes, qué alhajas y qué distinción en todo!...

Y todas, llenas de asombro, moviendo mucho el abanico y dando cabezadas afirmativas, murmuraban á coro:

—¡Ah!... ¡Ya lo creo!...

Como queriendo decir:

«¡No cabe más! ¡Esto ya es el colmo de la elegancia!...»

Así pasaban aquellas buenas mujeres las primeras horas de la velada.

Procurándose engañar unas á otras.

Después había rigodones, lanceros y las correspondientes tandas de valses, donde la gente joven lucía primores coreográficos.

Los caballeros formales se entretenían á su manera. Unos hablaban de las proyectadas reformas del ministro; otros, de los estragos del último pliego oficial; los más, de frivolidades mundanas. Asuntos de oficina, proyectos de viajes, carreras de caballos, intrigas amorosas, convenios de chanchullos..., todo se revolvía en abigarrado conjunto, ya en las claridades del salón, ya en las lobregueces de los pasillos.

Al fin, llegaba la hora del regodeo. Una bien provista mesa aguardaba á los convidados, que, á una voz de doña Saturna, se precipitaban como nube de langostas hacia el comedor, mientras el pobre López pensaría, de seguro:

—«¡Estas gentecillas feroces vienen aquí a saciar el hambre, devorando lo que acaso he de necesitar en los tristes días de mi vejez!... ¡Ah! ¡Esa mujer es una insensata! Y yo... ¡un solemnísimo majadero!...»

Y en aquel momento adoptaba una resolución enérgica.

La de no hacer el *primo*...

Hasta el martes de la próxima semana.

PARNASILLO FILIPINO

PARNASILLO FILIPINO

(Diabluras poéticas.)

TAMBIÉN allá, como en toda tierra de garbanzos (1), tenemos una barajita de versificadores que entretie-

(1) Allí no se crían, pero se comen.

nen sus ocios en derramar perlas falsas por el Parnaso castellano.

Alguien ha dicho que vivimos en un periodo de vergonzosa decadencia. Esto me parece un tanto discutible. Lo que sí tengo en autoridad de cosa juzgada, es que afirmación tan poco lisonjera no reza, por ahora, con el clásico país de la *bibinca*. Ya nos daríamos con un canto en los pechos, como vulgarmente se dice, si pudiéramos hablar de semejantes primores con referencia al Archipiélago magallánico; eso significaría, por lo menos, que se ha conocido en aquel país alguna época de florecimiento literario (1).

(1) Al hablar de literatura, claro es que me refiero á la que producen los españoles allí residentes, y no á la peculiar de los indios, por la sencilla razón de que, entre éstos, apenas ha descollado quien cultive, con mediana fortuna, la *loa* encomiástica en prosa ó verso para gobernadores ó jueces peninsulares. Conocí yo en cierta provincia á un indio con título académico, que comenzaba una de esas ditirámbicas lucubraciones «deseando tener la voz de los ángeles, arcángeles y querubines» para cantar las alabanzas de uno de aquellos gobernadores de monterilla, á quien se comparaba, nada menos, que con el gran Napoleón, aplicando á la *brillante* campaña del aludido jefe de provincia, la célebre cuanto manoseada frase: «Desde lo alto de las Pirámides, cuarenta siglos

Desde Lacandola hasta nuestros días, no sé que haya pasado por Filipinas algún vate capaz de echarle la zançadilla á Carulla, como no sea el autor de los célebres bandos y de las *selecciones* poéticas, ese buen señor que se pasa alegremente la vida haciendo creer á los infelices que aun soportan los egotismos de sus tertulias caseras, que son él y Campillo, las verdaderas eminencias indiscutibles de España y de sus colonias.

No niego que haya en Manila quien cultive la poesía y merezca ser leído: Manolo Romero, autor del *Romancero filipino*, es un poeta lírico inspirado y de bastantes alientos; Tomás Cáraves versifica con gran facilidad y es un literato de porvenir. ¡Lástima que, dejándose llevar de irreflexivos deseos de frecuente exhibición en la pren-

---

nos contemplan». Lo más gracioso del caso fué que al *émulo* del héroe en cien combates, se le formó un expediente de lo más escandaloso que registran los anales de la Administración filipina, y hubo que quitarle el gobierno por sus hazañas nunca vistas y por lo bien que habla *aprovechado el tiempo*... en mejoras que hicieron la *felicidad* del país...

¡Esto, para que hagamos caso de las *loas* de los indios!...

sa, prostituya sus versos, poniendo su inspiración y su ingenio al servicio de la vil gacetilla!...

No hay para qué advertir que uno y otro merecen mi simpatía y mi sincero aplauso, ni tampoco que les declaro fuera del alcance de las cuatro bromitas de salón que me propongo dedicar á algunos escritorzuelos intonsos y malaconsejados, de esos que no pasan de ser unos excelentes hijos de familia, pero que tienen la osadía de exhibirse con frecuencia en los periódicos, palenque casi exclusivo de la vida intelectual de aquel país.

Para que el lector juzgue del ensañamiento con que es tratada allí la poesía por los gacetilleros de nuevo cuño, véanse las delicadezas y exquisiteces con que entretiene y deleita á sus lectores el *Diablo Rojo*, redactor-poeta de LA OCEANÍA ESPAÑOLA:

«El jardín está sin plantas
porque, es claro, el jardinero,
como no le daban cuartos,
se marchó un día y no ha vuelto.»

Usted es quien debe *irse*
á otra parte con sus versos.

Eso es escribir en... tonto,
¡grandísimo... jardinero!...
Sigue hablando el *Diablo Rojo*
de su *ilustre* compañero,
y sin pararse en escrúpulos,
exclama con triste acento:

«De modo que estoy sin sombra
en verano y en invierno.»

¡Ah picarillo! Conque está usted sin *sombra* desde que se le fugó el jardinero, ¿eh?...

¡Vaya, hombre, todo sea por Dios! Yo le juzgaba á usted un malísimo poeta; pero, francamente, *lo otro,* ¡ni siquiera lo sospechaba!...

Pues ahora áteme usted esta mosca por el rabo.

Escribe el *Rojo* en otra *descomposición:*

«Hasta teatros *caseros*
se han *formado* en varias *casas.*»

Pero, ¿adónde iba usted á *formar* los teatros caseros, sino en las casas, alma de Dios, digo, engendro del diablo?...

¡Vaya, vaya! Decididamente este *Diablo* no se ha escapado del Infierno.

Se ha caído de un nido.

Como el *Pájaro verde* y otros avechuchos periodísticos de mal agüero.

Sigo copiando:

«Se atreve este pobre diablo,

(Tu dixisti.)

no por él, sino por *esos*.»

(Con franqueza, ¿por quién es?)

«Recoged á todos *esos*
que piden por *esas* calles
y son hijos de *este* pueblo.»

Esos, esas, este... ¡lila!...
¡Cursilón de cuerpo entero!
Deje de escribir romances
y cuénteselo á su abuelo,
que usted, en literatura,
siempre será... jardinero.

Lo que me sorprende es que mi buen amigo el director de La Oceanía, que es hombre de fino paladar literario, se haga cómplice de semejantes ñoñerías.

Esas puerilidades, señor *Diablillo*, no merecen el honor de la imprenta, y menos aún el de la rima, siquiera sea ésta tan ramplona como la muestra que ofrezco á la voracidad del público burlón.

Si usted y otros jóvenes simpáticos no infiriesen tan groseros ultrajes al buen gusto, no habría quien osara decir que la forma poética está llamada á desaparecer.

Tome usted mi consejo de leal amigo: déjese de versos... y de prosa. Y si, como supongo, le tira á usted mucho la afición á las letras, desahogue sus inspiraciones en las cartas de la familia. Verá usted cómo ésta le aplaude sin reservas los adelantos y le ríe sinceramente las gracias, porque el cariño de familia ciega mucho. Más adelante, es decir, cuando usted purgue sus ligerezas y sus crímenes literarios, y tenga del arte un concepto más aproximado á la verdad..., entonces hablaremos.

Este *Diablo Rojo* nos pone verdes con sus travesuras.

Trátase de un asunto patriótico: la victoria de nuestros soldados en su expedición á Carolinas. El poeta se entusiasma con la idea de unos festejos en celebración de la paliza dada á los kanakas rebeldes; y

encarándose con el autor de tan feliz ocurrencia, exclama en uno de sus épicos arranques de gallarda inspiración:

«Todos aplauden tu plan,

(¡Rataplán!)

altos, bajos, chicos, viejos,
negros, blancos, flacos, gordos,
lo mismo el guapo que el feo.»

Creo que pedir más conformidad de pareceres es pura gollería.

Lo que no puede pedirse es mayor número de simplezas en cuatro versos octosílabos.

Pero acabemos:

«Mas dejemos estas cosas,
que no son mas que floreos.»

¿Floreos?... ¡Me gusta el desahogo! Usted, por lo visto, tiene un concepto bastante erróneo de la modestia. ¿Le parece á usted que es ése el calificativo apropiado á un montón de palabras sin sentido?

Para otra vez, querido *Diablejo*, no olvide que entre el *mas* del primer verso y el *más* del segundo, hay alguna diferencia.

Lo digo, porque usted es de los que con

funden siempre las *especias,* ó, lo que es lo mismo, los adverbios de cantidad con las conjunciones adversativas.

Nada, *Diablejo:* usted debe concretarse á matar moscas con el rabo y á escribir á la familia.

Lo demás, créame usted; es tirar coces contra el aguijón.

Y perder un tiempo precioso.

Ahora veamos las agallas poéticas de otro chico que se exhibe en el periódico de más circulación de Filipinas: EL COMERCIO.

El apreciable joven D. Eugenio Rocha es, como verán ustedes, un poetastro del género inocente.

Se explica que cualquier hijo de familia se sienta poeta en el crítico instante de recibir las calabazas que le endilgue la joven de sus pensamientos.

Y como sé hasta dónde llega el despecho en ciertas naturalezas impresionables, me explicaría también que el interesado vomi-

tase pestes y maldiciones rimadas contra la pérfida beldad.

Lo que no acabo de explicarme es que el chico de las de Rocha se atreva con los muertos. ¡Y de qué manera!...

Hé aquí el atrevimiento poético de Rocha, dedicado á su difunta amiga D.ª Tomasa R. de Gallegos:

«*Recuerda* la campana en este día
con fúnebre clamor á los que han sido;»

Vaya, ahí tienen ustedes una campana con facultades retentivas: una campana que *recuerda* á la pobre amiga del poeta fúnebre.

Y sigue Rocha:

«sus ecos de agonía
me hacen pensar en cariñosa amiga
muerta un día *al dolor y á la fatiga*.»

¡Pobre señora!... ¡Morir *á la fatiga!* Eso es horrible.

Continúan los fúnebres disparos:

«Pobre infeliz»...

¡Dios santo! ¿Conque D.ª Tomasa no sólo era *pobre,* sino *infeliz,* á mayor abundamiento?

«Pobre infeliz; mas no que ella es dichosa;
el cielo es su morada,
.....
donde reposa el alma
recostada en los brazos de la calma.»

¡Ajajá! Después del *alma*, era de necesidad que viniera la *calma*. Adelante:

«Descansa en paz, amiga no olvidada;
á esa mansión que encierra
los restos de una vida *ya pasada*...»

Comprendido. *Ya pasada*, como las hortalizas en estado de putrefacción, ó como las *capitanas* que han sido.

«... ya pasada,
transformados en tierra,
dirigiré mis pasos este día»

(Y van tres.)

«y buscará una tumba el alma mía.»

Sí, hombre, sí; busque usted pronto esa tumba, y *túmbese* á la bartola ó como mejor le parezca.

Así Rocha, *en los brazos de la calma*,
nos dejará, siquiera *en ese día*,
libres de su ramplona poesía.

¿Lo ve usted? También yo versifico sin

darme cuenta. Estas pícaras Musas son el mismísimo demonio. ¡Á lo mejor!...

Por fin, llegamos á la última estrofa; pero créame usted, joven incauto, me siento

Como aquella señora, tan su amiga,
«muerta un día *al dolor* y *á la fatiga*».

Cosa que le hará comprender el daño que causan los versitos huérfanos de poesía, de sintaxis y aun de sentido común.

Así termina Rocha su corona poética:

«Y al encontrarla postraré mi frente,
murmurarán mis *labios*
una plegaria ardiente,
y *entre* mis ruegos *vanos*,
además de pedir por su alma pura,
pediré por tus hijos sin ventura.»

(Tableau.)

Pero, diga usted, cándido Rocha, ¿en qué tratado de Retórica y Poética ha aprendido usted que *labios* y *vanos* son consonantes?

Además, si sabía usted que sus ruegos eran *vanos*, ¿á qué molestar á Dios con esas murmuraciones?...

¡Vaya, vaya! Comprendo que D.ª Toma-

sa sucumbiera *al dolor y á la fatiga*, teniendo amigos que disparen tales morteretes á boca de jarro.

Deje usted en paz á los muertos, y, sobre todo, á los vivos.

Porque nos va usted á matar como á D.ª Tomasa: ¡á ripiazo limpio!

Y dígale á papá que le busque una placita de tenedor de libros, de consejero del Banco, de concejal, de cualquiera cosa.

Pero, ¡por la Virgen Santísima!, no se nos eche usted á poeta.

Todo menos eso.

Porque, francamente, amigo,
usté es malo de verdad,
¡y conste que se lo digo
con toda sinceridad!

EL TEATRO FILIPINO...

DEL PORVENIR

EL TEATRO FILIPINO...

DEL PORVENIR

(SINFONÍA PROGRESISTA)

HACE quince ó veinte años, aun vivíamos una gran parte de los españoles en la más completa ignorancia de lo que valían y de lo que, en reali-

dad, eran nuestras posesiones del extremo Oriente.

Es verdad que hoy pasa tres cuartos de lo mismo, á juzgar por las apariencias.

Ello es que las islas Filipinas han sido, por espacio de tres centurias, patrimonio casi exclusivo de los deportados y de los frailes.

Así se explica que, antes de que Fernando de Lesseps facilitara las comunicaciones entre Europa y sus dominios oceánicos, se tuviera por loco, por aventurero ó por desesperado al infeliz que, huyendo de la miseria ó de la justicia, se arriesgaba á pasar el charco, metido en aquellos fragatones de vela que tardaban en llegar á la capital del Archipiélago la friolera de seis ú ocho meses.

De entonces acá, por fortuna nuestra, han variado muchísimo las cosas. El canal de Suez ha reducido á tres mil las cinco mil leguas que separaban á este vetusto continente europeo de aquel nuevo *mundu,* que diría cualquier paisanuco de don Manuel. En estos felices tiempos que al-

canzamos, la ida á Filipinas puede y debe considerarse como un viajecito de recreo, sobre todo, para esos *touristes* de la burocracia que toman el billete por cuenta del Estado. El constante ir y venir de los vapores de la Trasatlántica ha establecido entre metrópoli y colonia una corriente continua de progreso, y un cambio de ideas, de productos, de costumbres y de picardías, que permiten á nuestros incipientes compatriotas de la raza malaya todos los atrevimientos imaginables. El teléfono, la luz eléctrica, el ferrocarril; en suma, todas las conquistas de nuestros tiempos, incluso el Código liberal de Tejada, Becerra y otros ilustres personajes políticos malaconsejados, van tomando allí carta de naturaleza. ¡Oh! ¡Aquella hermosa ciudad que baña el Pásig es hoy un verdadero centro de cultura!...

Por si todo eso no fuera bastante para demostrarlo, ya ustedes ven: ¡hasta han proyectado algunos entusiastas del tagalo fundar un teatro genuinamente filipino!...

Son pinitos regionalistas que hay que

perdonar en gracia de sus buenas intenciones.

Nuestro Calderón, y no el picador, sino el de la Barca; nuestro gran Tirso, y no el de Rodrigáñez, sino el de Molina, quedarán tamañitos ante las soberbias creaciones artísticas que nos preparan los ilustres jóvenes, y ya progresistas, Isabelo de los Reyes, López Jaena, Rizal, Pláridel, Tagailog y otros genios anónimos de nuestro siglo de oro filipino.

Lo que pasará con el oro, no hay que dudarlo: se lo llevarán los chinos.

En cuanto á la literatura dramática de los Pobletes más ó menos embolados, ya es otra cosa.

Verán ustedes cómo acaba, si Dios no lo remedia, lo mismo que el famoso cuento del borracho.

En que subirá el precio del vino.

O como el rosario de la aurora.

¡A farolazos!

Había de ser cosa divertida una comedia de costumbres del país, *perpetrada* por el joven de los Reyes.

Como ustedes no tendrán el gusto de conocer á este chico progresista de la última hornada, ahí van sus señas personales.

Y conste que hablo en serio.

D. Isabelo de los Reyes, á quien tengo el honor de presentar, es un aprovechado indio, natural de Ilocos, que presume de folk-lorista y de historiógrafo, y que se pasa alegremente los días y las noches en cuclillas, mascando buyo y contándonos lindezas sobre la civilización de los igorrotes, tinguianes, aetas, kanakas y demás salvajes de la familia, antes de la Conquista.

Por eso, y porque me consta, además, que el tal D. Isabelo es vanidosillo como nadie, dudo de que nos obsequie con una comedia de costumbres. Él pica mucho más alto. Suponiendo que al de los Reyes le tire la afición al teatro, es indudable que sus chifladuras históricas le llevarán derechito al drama heroico ó á la tragedia espeluz

nante. Verán ustedes cómo D. Isabelo pone á Lacandola en el establo, digo, en las tablas, y nos resulta un héroe con taparrabo, digno émulo de nuestro Cid y del Napoleón el Grande de los franceses.

Porque han de saber ustedes que el joven de que hago mérito, es una hormiguita para su casa. Hasta hace muy poco tiempo no nos habíamos enterado de que nuestros compatriotas de allende los mares tenían también generales célebres del propio cosechero, quiero decir, de la raza morena primitiva, sin aleación y sin bautizo. El joven historiógrafo ilocano acaba de hacer un famoso descubrimiento, dándonos, así como de paso, una leccioncita á los ignorantuelos de por acá.

¡Vaya, no tenemos perdón de Dios!...

¿Es posible que ninguno de ustedes haya oído contar las proezas de los ilustres caudillos indígenas López y Peding?...

Yo debo, ante todo, ser franco y confesar mi ignorancia: jamás había tenido por héroes á semejantes individuos.

Pero ya lo saben ustedes: un tal López

y otro tal Peding son, ainda mais del reyezuelo de Tondo, las figuras legendarias de la *poto-historia* filipina.

D. Isabelo, que es el padre de la criatura, quiere decirse, el inventor de la celebridad de esos apreciables indios ó mestizos, dará, á quien lo solicite, mayores detalles acerca de los caudillos ilocanos.

Por si algún lector amante de la patria desea contribuir á que la memoria de tan ilustres varones se perpetúe, bueno es que sepa lo que hay: D. Isabelo, que debe de ser persona influyente entre sus compatriotas, ha iniciado una suscripción, cuyos productos se destinan á la erección de un monumento á López y Peding en la muy noble y culta ciudad de Vigan, cabecera de la provincia donde, según me parece haber leído, se salieron de madre y dieron el primer vagido belicoso los señores López y Peding.

D. Isabelo merece, por este solo hecho, nuestra gratitud eterna.

¡Ah! ¡Y nuestra admiración!...

Porque sólo á los hombres superiores,

como indudablemente lo es este ilocano del folk-lore, les está reservado el privilegio de desfacer las grandes injusticias de la historia.

Yo soy así: me gusta siempre dar á cada cual lo suyo.

Ya ve el joven D. Isabelo que, á pesar de nuestros diferentes puntos de vista, hay bastante *equidaz* en mis juicios.

Hablemos con formalidad.

Hecha la debida mención de los elementos de que D. Isabelo y sus amigos disponen para el drama histórico genuinamente filipino, veamos qué base tiene la futura comedia de costumbres.

¡Ah! Las sencillas, las patriarcales costumbres del indio filipino, tan preconizadas por Taga-ilog y otros ilusos por el estilo, ofrecen muy pocos elementos aprovechables para el teatro. Un cuerpo social desnudo y sin zapatos no es, ni ha sido nunca, materia adecuada para producir algo

que responda á la finalidad del arte. Luego, aquellas gentecillas despreocupadas, son, por lo general, tan insustanciales, que vayan ustedes á poner en sus labios un chiste culto ó una ocurrencia graciosa. Fuera de su originalidad en el modo de comer y de vestir, que, ¡eso sí!, llamaría la atención en todas partes, crean el joven de los Reyes y sus amigos, que sus compatriotas no darán cosa de provecho, ni aun para hacer un mal sainete del género bufo.

Y no hablemos de las intimidades del hogar indígena. Figúrense ustedes el cuadro que ofrece el interior de un *bahay* filipino: un indio alegremente entretenido en acariciar su gallo de pelea, mascando *buyo* y dando fuertes chupadas á un tabaco de colosales dimensiones. En un rincón de la estancia vese á la compañera del *tao*, dejándose acariciar la cabeza por una *dalaga* que se pasa las horas muertas haciéndole el *mata-mata* á la señora. El *bahay* no tiene más que una habitación, á veces cortada por un tabique de caña entretejida que cubre el sitio donde se cuece la morisqueta y

el *gulay* para toda la familia. El *bahay* es patrimonio de toda clase de bichos: allí pululan á su arbitrio perros sarnosos, gatos, cerdos, aves de corral y chiquillos me-

dio desnudos, generalmente atacados de enfermedades asquerosas. Todo cuanto es origen de la falta de aseo y de limpieza, pasa como cosa corriente en aquel país. El menaje suele ser muy económico y redu-

cido. Como el indio come en el suelo, duerme en el suelo y lo hace todo en cuclillas, son escasas sus necesidades en punto á mobiliario, que, por lo general, se reduce á un *lancape* de caña con armazón de palma brava, un *tinjoy*, un arpa, una vihuela y una imagen de la Virgen del Rosario. En todas las viviendas filipinas, por humildes que sean, hay siempre numerosa servidumbre que se ocupa en toda clase de trabajos á cambio de la morisqueta, y sin perjuicio de recoger todos los bejucazos que se pierdan. Raro es el día en que los *maridables* no tienen huéspedes. La hospitalidad es virtud tan ingénita entre aquellas gentes, que no exige al que la necesita ni aun el trabajo de solicitarla. Cualquier transeunte hace alto en el *bahay* consabido; allí entabla su dialoguillo y le ayuda al amo á consumir el buyo y el tabaco. Cuando llega la hora de comer, forma en el corro y mete los dedos en la fuente del arroz como cada hijo de vecino... Y cuando es hora de recogerse, no hay que preguntar: maridables, dalagas, criados, huéspedes de última hora,

perros, gatos, todo bicho viviente se tumba á la bartola en el sitio que mejor le parece, convirtiendo el pequeño *bahay* en verdadera cama redonda. El aceite de coco que alimenta el tinjoy da las últimas boqueadas, quedando el dormitorio envuelto en la más densa penumbra... La gente ronca y se despereza á su sabor, hasta que la Naturaleza despierta los sentidos, y el bahay cruje y se agita entre oleadas de fuego y entre espasmos de lujuria (1).

¡Oh!... ¡Si es admirable la sencillez, el candor, la moralidad... y el «tupé» de aquellas gentes!...

¿No le parece á usted, simpático Taga-ilog?... (2).

---

(1) A esta *patriarcal* costumbre llaman los indios hacer el *gapang*. El que haya permanecido algún tiempo en Filipinas y no conozca este detalle de la vida íntima de los naturales, bien puede asegurar que, ó no ha querido conocerlo, ó no sabe de la misa la media en punto á costumbres del país.

(2) Este Taga-ilog es un indio, educado en París, que ha dado en la flor de ponernos cual no digan dueñas siempre que trata de las costumbres españolas. Ha tenido el atrevimiento de decir que España es un pueblo depravado. Y todo, ¡porque ha visto cómo bailan las chulas en las ventas del Espíritu Santo!...

Pues si le parece, venga de ahí. El cuadro es casi un idilio bucólico... ¡Ah! ¡Sobre todo, la *mise en scène* resultaría de un efecto sorprendente!...

Como se ve por las líneas anteriores, el nuevo teatro no tiene condiciones de vida propia. Los entusiastas de la idea se han anticipado á las necesidades de los tiempos. De todos modos, y por si hubiere parcialidad en mis juicios, sea bien venido el proyectado teatrillo. Trabajo les mando á los que acometan la valerosa hazaña de desterrar para siempre el tradicional *moro-moro,* tan arraigado en las costumbres y en las inclinaciones de aquellos indios. Digan lo que quieran los optimistas malintencionados, una gran parte de los habitantes de aquel país vive aún en la más

---

¡Ah! Estos morenos, en cuanto vienen y se civilizan un poco, ya se sabe.

Nos sueltan una coz.

Y enseñan unas orejas de á palmo.

espantosa barbarie, á despecho de nuestras Órdenes religiosas, que han luchado, por espacio de tres siglos y medio, contra la propensión instintiva, casi irresistible, de aquellos indígenas hacia el «salto atrás» y hacia el estado primitivo...

El *moro-moro,* no lo duden Taga-ilog y sus afines, es aún el único teatro posible en aquel país, sencillamente porque el *moro-moro* traduce con mayor fidelidad el instinto, la inclinación, el gusto, las costumbres y, en cierto modo, el fanatismo del indígena.

¡Poco que gozan aquellos infelices cuando les obsequian las principalías con una función de *moro-moro* al aire libre!... Allí faltarán siempre, ¡eso sí!, brazos para el mejoramiento de la agricultura; pero gente que, por su gusto, se pase una buena temporada ensayando su mímica de comparsa en el *moro-moro,* ésa no falta nunca. El indio necesita, como los niños, unas cuantas horas de juego todos los días. Él es así: ha entendido la vida acaso mejor que nosotros, inocentes, después de todo, que

luchamos sin tregua por un ideal casi siempre irrealizable. El indio filipino es, sin género alguno de duda, el ser más dichoso de la Creación. Á muy poca costa satisface sus necesidades: por eso no trabaja ni se preocupa del porvenir. La Naturaleza pródiga le da un suelo que produce casi espontáneamente; la previsión divina coloca al lado del indio holgazán una mujer hacendosa. Aquí el sexo femenino representa la parte nerviosa de la humanidad y el hombre la parte muscular: allí es todo lo contrario. Mientras que el hombre duerme, ó juega, ó acaricia su gallo, la mujer trabaja y produce. Esta holganza perpetua á que vive entregado el indio, le hace vicioso por necesidad, aunque no lo fuera—que sí lo es—por temperamento. Su inteligencia dormida le hace incapaz de nada grande. El indio es feliz porque aún no ha salido de la infancia, y la infancia, ya se sabe, necesita, más que ocupaciones serias, mucha alegría, mucho esparcimiento...

¿Que hay excepciones? No lo niego; pero eso mismo confirma la regla. Ahí están

Isabelo, Taga-ilog y demás indios excepcionales, que, si en la apariencia resultan civilizados, en el fondo, esto es, en la vida íntima, son tan indios como sus paisanos de la selva. Aquí, claro está, visten con cierta elegancia y no comen la morisqueta con la mano, porque eso llamaría la atención (1); pero en su país, ¡vaya si la comerían!...

Y resultaría más sabrosa.

¿No es verdad, señor D. Isabelo?

Hé ahí los elementos de que disponen los futuros costumbristas y dramaturgos filipinos para dar forma á sus creaciones artístico-teatrales.

Añádase á lo apuntado respecto del indio una carencia casi absoluta de concepto del

(1) Sé yo de algunos filipinos, residentes en Madrid, que echan de vez en cuando su canita al aire saboreando en familia los manjares propios de la tierra clásica del plátano y de la bibinca. Creo que estas comilonas las hacen los jóvenes discípulos del alemán Blumentritt en un Círculo, más ó menos vicioso. ¡Habrá que oir á esos chicos progresistas cuando llegue la hora de los brindis!...

honor y de la honestidad, y sólo queda á la disposición del artista la tragedia del salvaje que mata por matar, y, á lo sumo, el sainete anodino é insoportable, ó la comedia romántica, insustancial y, por consiguiente, *adaptable* al medio social filipino.

Si en algo estiman D. Isabelo y sus *à láteres* el decoro de sus paisanos, déjense de fundar teatros y aboguen por el aumento de escuelas de primera enseñanza. El teatro, en último término, sólo serviría para poner en ridículo las sencillas costumbres del pueblo filipino: las escuelas servirán para algo más beneficioso... Y cuando los indios aprendan el castellano, y sepan discurrir, y tengan noción ligerísima del bien y del mal, entonces pensaremos en lo otro. El día que no se encuentre por Filipinas un taparrabos, ni un faldón de camisa por fuera de los pantalones, ni una *babaé* que enseñe las nalgas y otras menudencias á los transeuntes, ni un indio que coma la morisqueta con la mano, me convenceré de que en aquel hermoso país son posibles

todos los atrevimientos políticos, filosóficos y teatrales.

Pero eso no lo verán, de seguro, ni don Isabelo ni los mismísimos biznietos de Taga-ilog.

Mientras tanto, hay que tomar con paciencia las cosas de los indios.

Yo he tratado de influir algunas veces con mis *batas*, para que dejaran el feo vicio de rascarse los pies y de meter á continuación las uñas en el plato de la morisqueta.

Y hasta les he provisto de cubierto, de calcetines y de zapatos.

¡Pero como si no!...

En cuanto me descuidaba un momento, se les despertaba el instinto, y ya se sabe: volvían... ¡al estado primitivo!

Y me costaba un disgusto.

—Pero ¿qué es esto, muchachos? ¿Ya volvéis á las andadas?—les decía.

Y siempre, siempre obtenía la siguiente respuesta:

—«¡Costumbre, señor, costumbre!»

AHORROS

QUE CUESTAN CAROS

AHORROS

QUE CUESTAN CAROS

Don Nicanor Tragaobleas era andaluz de nacimiento, pero tenía cosas de chino de pura raza.

Yo creí que la tacañería era únicamente propia de astures y gallegos.

Pero estaba en un error, como lo están todos los que no han conocido más gente de Galicia que los aguadores de la plaza de Pontejos.

Donde hay campanas, hay de todo.

Por eso hay gallegos muy rumbosos.

Y andaluces muy tacaños.

Ahí tenían ustedes á D. Nicanor, como testigo de mayor excepción.

Era una hormiguita en toda la extensión de la palabra.

Quisiera haberle conocido en los comienzos de su vida burocrática, para estudiar prácticamente el sistema de esos admirables varones, que hacen sus ahorritos desde que tienen la fortuna de cobrar el haber anual de cuatro mil reales sencillos con descuento.

Y cuidado que se necesitan dotes excepcionales y romanas virtudes, para hacer tales milagros en los difíciles tiempos que corremos.

D. Nicanor poseía esas dotes á las mil maravillas.

Yo creo que, así como la gula es el vicio

de los glotones, la abstinencia perpetua es el vicio de los miserables.

No de otro modo se explica que vayan por ahí tantos suicidas con premeditación y ensañamiento, que se complacen en privar al estómago del derecho de digestión, en armonía con los recursos del interesado.

En D. Nicanor era el ahorro una monomanía, más bien que una verdadera necesidad. Un hombre viejo y solterón, sin herederos forzosos, y en aptitud de ser jubilado en buenas condiciones, necesita estar muy dominado por la avaricia, para cometer tales desafueros consigo mismo.

Fué á Filipinas con el propósito de ahorrar, que siempre es un laudable propósito.

Cuando llegó estaba bien nutrido. Se conoce que en el barco se despachaba á su gusto. Allí no había que pensar en la compra para el día siguiente.

Instalado en una casita que tenía las dimensiones de una pajarera, pasó los sudores de la muerte cuando tuvo que gastar

algo de sus ahorros en el mobiliario. No encontraba D. Nicanor en aquellas espléndidas provincias, estas famosas casas de huéspedes madrileñas, de seis reales con principio y postre, donde más de una vez había contratado con la patrona la supresión de algún plato, mediante la rebaja consiguiente.

Para asesorarse D. Nicanor de lo que debía comprar como indispensable, entabló con un filipón de su cuerda la siguiente consulta:

—Diga usted, amigo López; ¿qué necesito para instalarme en este pueblo?...

—¿Trae usted muebles?

—No, señor.

—Pues, ante todo, una cama, cuatro sillas, un lavabo, chismes de cocina, seis platos, seis...

—Pero, hombre, ¿cree usted que voy á tener tantos convidados?

—Pues cuatro platos, seis toallas...

—Ya traigo yo una rusa.

—Bien; pero cuando se ensucie habrá que darla á lavar.

—Compraré otra. ¿Para qué tanto lujo?

Con estos preliminares, y bajo tales auspicios, abordó nuestro hombre su difícil problema.

Á los pocos días se había equipado don Nicanor, alquilando una cama, una mesa de comedor y cuatro sillas, amén de unas cuantas frioleras que había comprado en las tiendas de los chinos.

Cuando íbamos á visitarle más de tres amigos, siempre le tocaba á uno sentarse sobre el destartalado baúl de D. Nicanor.

No hay para qué decir cómo andaría de indumentaria. Los trajes comprados en el Rastro el año cincuenta y siete, aun le sirvieron para hacer toda la campaña ultramarina.

Tan pulcro era D. Nicanor.

No frecuentaba la sociedad. A lo sumo, iba á comer á casa de un amigo.

Fumaba cuando repicaban gordo y le sorprendía algún agradecido con una cajita de cigarros.

Los jamones tísicos de China, las castañas y otros comestibles que los *celestes*

regalan por Pascuas de Navidad, se hacían eternos en la despensa de D. Nicanor.

Era comedido en huesos y escrupuloso en piltrafas, como el célebre personaje de D. Benito. Daba, al *batilla* que le servía de cocinero, una docena de garbanzos para el cocido, y ponía el jamón en dosis homeopática. ¡Si estaría sabroso el puchero de D. Nicanor!...

Los días de fiesta permitía su frugalidad un extraordinario: comía pollo y huevos fritos, que es comida barata en aquel país.

Entregaba una pesetilla para la compra, y llevaba la cuenta de sus gastos en un cuaderno hecho con papel de la oficina.

Tenía la sabia costumbre de no cenar, por temor á una indigestión. Decía que la cena era perjudicial en un país donde apenas se hace ejercicio. Un vasito de cerveza, (regalada, por supuesto) era lo bastante para entretener la actividad de las funciones digestivas. Así se levantaba D. Nicanor con el estómago limpio, y no tenía que gastar un céntimo en purgas y laxantes.

Pero este precepto de su higiene parti-

cular no rezaba los días en que D. Nicanor estaba convidado.

Entonces era un Heliogábalo.

Valía más hacerle un traje diario que darle de comer.

Su estómago tenía espera; mas cuando le llegaba el turno, devoraba que era un encanto.

Los días en que se celebraba la fiesta onomástica de un amigo ó se daba un *catapusang,* eran días de gloria para D. Nicanor, porque, además de que ahorraba su pesetilla, sacaba la tripa de mal año.

Así fué tirando su temporadita, hasta que al infeliz le vino la contraria.

Entusiasmado con sus miserables economías, no se cuidaba de que los *traspasos de hambre* son funestos en los países cálidos.

Al pobre le atacó una disentería que se lo llevaba Pateta.

Y, como era natural, quedóse anémico, viniendo á agravar sus dolencias las cuentas de médico y botica, que aumentaban la disentería de una manera espantosa.

D. Nicanor, viéndole las orejas al lobo, pidió anticipo de cesantía.

El infeliz embarcóse tan delicado, que, temiendo no llegar con bien al término de su viaje, interrogó al médico de este modo:

—¿Cree usted que me pasará algo en el camino?

—No, hombre: vaya usted tranquilo. Lo único que puede ocurrirle es que, al embarcarse, tenga una indigestión de todos los demonios.

—¿Por qué, señor doctor?...

—Porque lleva usted el estómago perdido, y va usted á comer como un desesperado.

Tenía razón el médico.

D. Nicanor sufrió un cólico que dió al traste con sus huesos, quedando las pesetillas no gastadas en los míseros garbanzos, á merced de uno de esos jóvenes afortunados á quienes sale un tío en Indias, cuando menos lo esperaban.

EL MEDIQUILLO

EL MEDIQUILLO

El ejercicio de la medicina, ese augusto sacerdocio inspirado en el amor á la humanidad doliente; esa vasta ciencia experimental que, como nacida del instinto de conservación, innato en el individuo, surgió de la inteligencia rudimentaria de las primeras edades, anda todavía por aquel país entregada á las inexpertas manos del tradicional *mediquillo.*

La desdichada tierra filipina, más que

ninguna otra fecunda en calamidades, tiene también la de ese verdugo inconsciente, á quien la ignorancia y la superstición de aquellos pobres indios, convierten en terrible azote de míseros enfermos.

El Tío Nadie, seudónimo del antiguo filipinólogo que tan de mano maestra pintó el tipo clásico del curandero indígena, da la siguiente curiosa y exacta definición del personaje á que me refiero: «El mediquillo es un ente del género indio, nacido para hacer morir á muchos y para bien y provecho de sí solo.»

En los primitivos tiempos los había ya de tres clases: por estudio, por inspiración y por herencia. El *estudio* de estos galenos de generación espontánea, no se cursaba en Academias y Universidades: se adquiría en esos libros vivientes de la humanidad de la selva. La *inspiración* surgía por la virtud exclusiva del lucro y de la impunidad. La *herencia* tenía por sólida base el rancio abolengo científico del que, gracias á su maestría en sobas y estrujamientos, había salvado de una muerte desastrosa á

cuatro infelices que llevaban en el cuerpo un *demonio hembra*, ahuyentado por las artes mágicas del famoso embaucador.

De entonces acá, el tipo, en sus diferentes raleas, ha variado muy poco: aun prevalece en nuestros días, para dicha y contento de los venturosos pueblos filipinos, ese *apóstol* de la ciencia apócrifa, á pesar de haber hecho su entrada triunfal en el país los médicos *castilas*, mensajeros de la buena nueva en el arte de curar males del cuerpo y crónicas dolencias del alma. El indio, aferrado á sus tradiciones, se adapta mejor á las salvajes torturas del mediquillo que á los acreditados remedios de la farmacopea moderna. Nuestras leyes, inspiradas en usos y costumbres indígenas, aceptan como útiles á la humanidad los servicios de ese peligroso instrumento de crímenes y de imprudencias temerarias. La fe ciega de aquellas gentes incultas sanciona esa tolerancia, pagando al mediquillo su tributo de sangre y de dinero.

El tipo que presento á la curiosidad del lector, es, por lo general, un indio sin más

instrucción que la adquirida en sus conversaciones con cuatro comadres supersticiosas, muy versadas en el manejo de hierbajos medicinales, en los que abundan tósigos y abortivos, y de los que usan con censurable frecuencia en el tratamiento de los casos patológicos sometidos á su contrastada experiencia y honda sabiduría.

Rara vez acude el indio á la verdadera ciencia para curar sus enfermedades: ante todo, agota el repertorio casero; si el mal hace progresos, acuerdan deudos y amigos del paciente recurrir al mediquillo, que entra en la casa con aires de superioridad y como si, con su sola presencia, hiciera sentir al enfermo un inmediato alivio. La atribulada familia observa con creciente interés los gestos del matasanos, mientras éste acosa á la víctima con preguntas que le ayuden á formar un acertado diagnóstico. Si al enfermo le duele *aquel su barriga,* el mediquillo comienza por estrujarle la parte dolorida para que salga cuanto antes el *demonio macho* ó el

demonio hembra que ocasiona tan grandes estragos: si el mal no cede, el curandero toma el pulso al paciente, le tienta la cabeza y acaba por amarrarle un *mecate* á los pies y por tirar con fuerza para aventar al enemigo rebelde; el torturado mortal siente entonces momentáneo alivio en el vientre, porque el dolor que se le produce con tan fuertes tirones, es más agudo que el que, poco antes, motivaba sus crueles angustias; pero la causa determinante de mal no tarda en reproducir sus naturales efectos. Entonces se repiten las torturas; el curandero procura recoger al vuelo el comentario y la historieta de cualquiera bruja de la vecindad que, en casos idénticos, aplicó con excelentes resultados tal ó cual remedio casero, y después de tranquilizar á la familia, asegurando que la dolencia es cosa leve, masca un sabroso *buyo,* fuma tranquilamente su cigarro, medita un momento y pide pluma y papel: hay que encomendarse á Dios cuando alguno de aquellos discípulos de Hipócrates se dispone á recetar.

Hé aquí dos de estos récipes que he visto publicados como auténticos:

R = Ay chete, decas tilya como dos onzas = Ludano quetien opioo para dormir. s. á. q.
Por dale en aquel su cabeza.

Otra = † Por lavativas con sale, de higuerras catarto ≐ y pone agua tibio en un taza poniendo miel de panilan que dice obejas y un punta de tabaco quemado. = Pide con el Among. — Y Echale tres. — » —

Comprometido había de verse el más experto pucherólogo para preparar á conciencia tan complicada mixtura; pero allí todo eso es cosa corriente: se hace á ojo de buen cubero y se administra de golpe para que el efecto sea más rápido. Si á la comadre encargada del menjurge se le va la mano en el *ludano que tiene opioo*, hay que avisar al cura á todo escape: el demonio macho acaba con la víctima, se le da cristiana sepultura y... hasta otra.

Estas hazañas son bastante frecuentes, pero rara vez llegan á conocimiento de las autoridades. Así y todo, sería curioso averiguar los casos de envenenamiento de esta

índole en que han tenido que intervenir los tribunales de justicia.

Y no se crea que el mediquillo aprecia sus honorarios en cantidades tan exiguas que le conviertan en monopolizador de la asistencia á las clases menesterosas: se hace pagar como cualquier facultativo *castila*, y cuando tropieza con familia pudiente, se descuelga con notas como la que copio de un curioso artículo publicado en el número XV de la ILUSTRACIÓN FILIPINA correspondiente al 1.° de Octubre de 1859. Dice así:

Cuenta del curar á D. N. N. hasta que muere.

1.° Por el corteza santo y los polvos quedió primero.....	2 pesos.
Por el cataplasma, siete berinjenas conaquel otra gradiente... son todo.....	5 pesos 2 rialis.
4.=Lo mismo: dia que desmaya de aquel bebida del bote y puso bueno.....	8 pesos 4 cuartas.
Para la ceite de S. Ignacio: no tuvo el Padre).....	2 pesos.
8. El cremol y manesia junto por aquel polvo que puse mio.	13 pesos.
Queson en junto.....	30 pesos 2 rial[s] 4 cuartas.

Cajes mios de los nueve dias con tres mucho trabajo y no duerme bueno á 3 peso — por todo esto	36 pesos.
Queson por todo.....	66 pesos 2 rialis 4 cuartas.

(Hay una firma.)

Este lenguaje *sui géneris* de los mediquillos indígenas, ha dado ocasión á infinitos documentos graciosos. Cuando se les obliga á certificar la dolencia que impide al gobernadorcillo comparecer ante la autoridad gubernativa ó judicial, suelen incurrir en los mayores dislates. Recuerdo uno de estos casos en que un mediquillo expidió documento de oficio, haciendo constar, de una manera solemne, que el pedáneo no podía moverse del pueblo «*por tener una pistola en el colo*».

Fácil será al lector que tenga idea de la pronunciación castellana del indio filipino, venir en cabal conocimiento de la dolencia que aquejaba al infortunado cliente del *facultativo* que autorizó documento tan precioso.

¡Líbrete Dios, lector querido, de caer en manos de semejantes fariseos!...

LOS CHICOS
DE LA PRENSA

LOS CHICOS DE LA PRENSA

(Á MI BUEN AMIGO W. E. RETANA)

Casi todos ellos tienen idéntico ó parecido origen: fueron á Filipinas con sendas credenciales, se enamoraron, les dieron calabazas, vengáronse de la ingrata escribiendo un soneto, lo enviaron á un periódico, y... ¡ahí tienen ustedes el comienzo feliz de su historia literaria!...

Ya envalentonados con el éxito de su primera tentativa, suelen atreverse con un articulejo en que nos cuentan las peripe-

cias de un viaje en «carromata» ó las desventuras de un amor contrariado.

El periódico agraciado con tan espontánea colaboración, se apresura á dar á conocer los trabajos del neófito; éste sigue matando el tiempo en emborronar cuartillas, y al ver que sus extravagancias son recibidas con gratitud, acaba por hacerse visible en la Redacción. Él no aspira á ganar sueldo, ni le sería lícito tener semejantes pretensiones. Pero si en la casa hace falta carne de cañón, el chico puede contar, desde luego, con una cariñosa acogida.

—¡Cuánto nos hemos reído con las ocurrencias de usted!—le dice con cierta socarronería el redactor propietario.

—Es usted demasiado bondadoso. Eso no vale la pena: son cosillas que salen así al volar de la pluma...

—Pues no es lisonja lo que digo: usted es un escritor de porvenir. Luego hay en usted facilidad, ingenio y afición... ¡Ah! sobre todo, afición. ¿Por qué no se da usted una vueltecita por aquí todas las tardes?

—Con mucho gusto; precisamente no era otro mi deseo.

Al fin, el pobre muchacho cae en la tentación, y comienza á hacer méritos escribiendo gacetillas, corrigiendo pruebas, buscando noticias y haciendo propaganda en sus tertulias del Casino... todo ¡por amor al arte!...

Y á cambio de alguna butaca para el teatro ó alguna entradita para el Hipódromo.

Aquella raza de grafómanos de que nos hablaba *Clarín* en uno de sus chispeantes artículos, tiene en Filipinas gran número de curiosos ejemplares.

La monomanía de escribir para el público, allí donde la prensa periódica está al alcance de todo el mundo, es una de las primeras y más peligrosas manifestaciones de la chifladura; enfermedad que, en opinión de expertos doctores, es peculiarísima del Archipiélago magallánico.

Así como cuando el diablo no tiene nada

que hacer con el rabo mata moscas, nuestra dorada juventud, esa que el Gobierno envía á Filipinas para hacer la felicidad de los indios, suele emplear sus ocios deleitando al pueblo soberano con las primicias de su ingenio.

Cualquier mocosuelo vivaracho que se dé buenas trazas para escribir una mala seguidilla ó para decirle cuatro desvergüenzas á cualquier ciudadano inofensivo, tiene allí su carrera hecha y su porvenir asegurado: la popularidad del que escribe no está en razón directa del ingenio que demuestre, sino de la desfachatez con que se burle y llene de improperios á los demás.

Para los que ya conocemos la vida interna de aquellas redacciones, no es cosa que deba llamarnos la atención el personalismo enconado de ciertos aprovechados jóvenes que, á falta de asuntos de mayor interés, dan en la flor de mortificar á todo bicho viviente.

Así crían fama de batalladores y de ingeniosos; así cuentan con un público especial que les ríe de buen grado las bufona-

das, aquellos literatuelos incipientes, entre los que no falta quien, en su afán de notoriedad prematura, ha tenido el atrevimiento de publicar, como suyo, un artículo de Taboada.

Los chicos de la prensa filipina no pueden, por lo visto, sustraerse á la influencia del medio en que viven; por eso hay que permitirles algún desahogo. Si los caracteres de suyo levantiscos, que allí, en aquel hervidero de pasiones, se hacen insoportables, no tuvieran el periódico como válvula de seguridad para aligerarse de vapor, de secreciones biliosas y de rencorcillos taciturnos, acabarían por estallar...

Esto aparte de que los temperamentos atrabiliarios, cuando demuestran alguna gracia en el decir y cierto desenfado al atacar, son los que realmente sostienen el interés y las suscripciones de los periódicos.

En un país donde es materia vedada la política; donde no cabe el *recurso* de hablar mal de la Religión y de sus ministros; donde no puede nombrarse á los funciona-

rios como no sea para darles bombo; donde apenas hay teatro y donde es cosa rara la publicación de un libro, ¿qué pueden hacer los que viven en lucha eterna con un censor implacable, con la falta de noticias y con la torpe esterilidad del cerebro?

Lo que habrá visto quien haya tenido la suerte ó la desgracia de tropezar con uno de aquellos periódicos: unos cuantos artículos copiados de la prensa madrileña; dos docenas de gacetillas insulsas; algún que otro golpe de incensario á los personajes de la burocracia militante, y, como final, un comunicado, una carta de provincia ó las cuatro bromitas de colegial desenvuelto con que hacen el resumen de las impresiones del día los aprovechados discípulos del salerosísimo Taboada y del inagotable Eduardo de Palacio.

En honor de la verdad, la tarea del periodista en Filipinas es más ingrata que en la Península; aquí la prensa fiscaliza, juzga, difunde ideas, predica doctrinas y encauza la opinión; allí es eco imparcial, no de lo que se dice, sino de lo que le dejan

decir; goza de una libertad completa para el elogio de las autoridades, y no puede tratar asuntos religiosos, como no se limiten al panegírico del santo del día, ni tampoco de asuntos políticos, como no sea para decir que el Gobierno que nos rige es el mejor de los gobiernos imaginables...

Así se explica que todos los funcionarios, sin excepción, resulten ejemplos vivos de honradez, de inteligencia y de rectitud. Pero estas ventajas únicamente pueden ser explotadas por los santones de la burocracia mientras permanecen allí, encastillados en la inviolabilidad de sus interesantes personitas. Cuando cesan y se embarcan, ya es otra cosa: entonces es cuando los chicos de la prensa les dedican, contando con la benevolencia del censor, algún picotazo ó alguna reticencia, cuando no una feroz arremetida que les deja que no hay por dónde cogerles.

En cierto modo, también los particulares pueden vivir, sin grandes esfuerzos, á cubierto de semejantes contingencias. Basta con ser suscriptor ó anunciante para que

el periódico cuide de la seguridad de la persona con el esmero con que cuida de una planta un floricultor holandés.

Así, cuando un industrial estafa al público y algún *reporter* oficioso trata de llevarlo á la picota, suele verse atajado por el director ó por el que explota el negocio, con esta pregunta:

—¿Ha visto usted si Rodríguez es de los que dan anuncios al periódico?...

—No; pero de todos modos eso no sería obstáculo para que se librara del recorrido que le preparo—contesta el *reporter*.

—Pero, hombre, ¿cuándo acabará usted de *aclimatarse?*

Ante razón de tal calibre, el chico transige con no *meterse* con Rodríguez, que es suscriptor ó anunciante. En la balanza de la acomodaticia equidad de aquellos señores, pesa mucho más el mísero ochavo de la suscripción que el interés supremo del país.

Pero, ¡guay de Rodríguez si no figura como contribuyente en las listas de la administración! Entonces se fulminan contra

el infeliz rayos de olímpica indignación y se le lleva á la picota sin piedad.

Este es el secreto de la indiferencia y de la prevención con que aquí se mira á la prensa filipina. Ha tenido por eminencias incorruptibles á tanto Rabagás de ocasión, y nos ha presentado como redentores á tantos polichinelas de la política, que ha perdido en autoridad lo que haya podido ganar en suscripciones.

Y váyase lo uno por lo otro.

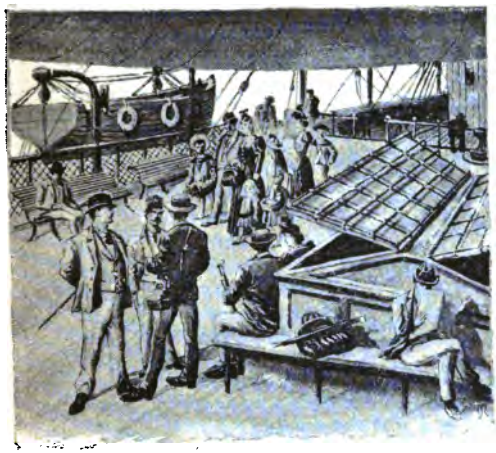
Estas circunstancias determinan allí, fatal y lógicamente, el fracaso de los periodistas peninsulares, que carecen de esa paciente domesticidad, tan necesaria para soportar las miserias de la *aclimatación*. Hé ahí el porqué de la monotonía, á veces insoportable, de aquellos periódicos que salen del paso con el auxilio de unos cuantos jóvenes serviciales, que se dejan exprimir la mollera, si la tienen, á cambio de la inocente vanidad de llamarse escritores, de tener localidades gratis para los espectáculos públicos, de brindar protección á cuatro cómicos de la legua y de ser admi-

tidos en los salones más ó menos ridículos.

Y así son felices.

¡Bienaventurados los cándidos, porque de ellos será el reino de los cielos!...

LOS QUE VIENEN



LOS QUE VIENEN

(DIÁLOGOS SOBRE CUBIERTA)

El amigo lector me perdonará la indiscreción que cometo al revelar mis conversaciones íntimas.

Por mi parte, debo confesar que lo hago á impulsos de la mejor intención. Esto tranquiliza mi conciencia y es motivo suficiente para cohonestar mi atrevimiento.

Tenía que despedir á mi buen amigo Pepe Alcaraz, que regresaba á la madre patria, y quise darle el último apretón de manos sobre la cubierta del vapor.

Allí fué donde me vino en mente la idea de que mis curiosidades podrían servirme de asunto para un artículo.

Y no de primera necesidad.

Como verá el curioso que se atreva á seguir leyendo.

Jamás nos encontrábamos Alcaraz y yo, sin que la emprendiéramos con la literatura. Habíamos trabajado juntos en la redacción de un periódico, y aun conservábamos un candoroso entusiasmo por las letras, á pesar de los frecuentes disgustos á que se presta el oficio en aquel país de los eternos «niños grandes».

Esta circunstancia, la cariñosa amistad que nos une y de la que habíamos hecho un verdadero culto, y la coincidencia de nuestras opiniones en muchos puntos fundamentales, daba á nuestras entrevistas

esa intimidad en que se comunican sin rebozo todas las amarguras de la vida.

Hablándome de su regreso á la Península, me decía:

—Chico, me marcho, porque el país se me viene encima. Estoy enfermo y necesito unos cuantos meses de reposo en aquel amado hogar que abandoné hace siete años. No sé si dejo algún enemigo taciturno en ese horno de pasiones.

—¿Quién no tiene enemigos?—le dije.

—Yo no debiera tenerlos, porque no he causado mal á nadie.

—Pero, ¿y los envidiosos maldicientes?...

—Esa es una raza inferior de la que no debe hacerse caso.

—¡Mira que no hay enemigo pequeño!...

—Lo sé; pero los desprecio. Tú procura ser hipócrita y vivirás bien. El trato de gentes por estas latitudes es una ciencia experimental mucho más peliaguda que la patología interna.

—Filósofo estás, querido Pepe.

—Es lo único que me llevo de este país: un caudal de tristes experiencias. ¡Siete

años de incesante labor intelectual, han casi agotado las energías de mi juventud!... Ya sabes cómo se remunera aquí nuestro trabajo, y no te sorprenderá lo que voy á decirte. ¡Me marcho sin una peseta!... Pero tengo una satisfacción entre tantas amarguras: ¡que no debo un cuarto á nadie!

—Eso es digno de ti. Lo que no me parece bien es que te preocupen tales pequeñeces. ¿Qué te importa el dinero, cuando guardas en la maleta un millar de cuartillas que valen un tesoro?...

—Gracias por la lisonja. Pero tú sabes, como yo, que aun allá es preciso el dinero para ser buen literato. En España, la literatura está vinculada en unos cuantos seres privilegiados, y aun ésos, apenas pueden vivir de lo que escriben. Sin elementos para luchar, es difícil abrirse paso...

—¡Vaya, vaya! No seas pesimista. Con eso de que has dado en la manía de creerte víctima de un determinismo desolador, eres una verdadera calamidad. Todo lo encuentras imposible. Un hombre de tu talento no se para en escrúpulos de monja.

Vé á Madrid, trabaja con ahinco y ten fe en el porvenir. Ya verás cómo, al fin, parodias á César. El triunfo es indudable...

Así dije entonces á mi amigo, fingiendo que no participaba de sus opiniones.

No sé si conocería que mis palabras quisieron únicamente apartarle de tan tristes presentimientos.

De sobra sabe Alcaraz que pienso como él.

Es muy ingrata la tarea del periodismo.

No pensaba lo mismo de la empleomanía el chico de las de Gutiérrez, que vino á interrumpir nuestro diálogo.

—Conque, por fin, ¿se embarca usted?—pregunté á Gutiérrez.

—Sí; pero es fácil que vuelva pronto. Voy á ver si pesco un buen destino, ahora que mandan los míos.

—Pues el cargo que usted tenía no era del todo malo.

—Pchs... Ya usted ve: en cuatro años diez mil pesos, no es gran cosa.

—¡Caracoles!... ¡Y aun se queja este hombre!...

Alcaraz y yo nos miramos con asombro.

Esa suma no existirá para nosotros más que en la imaginación.

—Pero, amigo Gutiérrez, ¿qué negociado es ese que usted tenía?...

—El de chinos.

—¡Ahhh!...

Entonces dimos la razón al muchacho.

Era muy poco lo que llevaba, para lo que llevaron otros en las mismas condiciones.

—Por lo visto, también se embarca Ricardito, ese niño mimado de la administración filipina.

—¡Valiente criatura!... Es muy raro el correo en que no le venga un ascenso en comisión ó se le den las gracias de real orden.

—Pues ahora le han concedido un nombramiento honorario, para que al chico le llamen *señoría* en las comunicaciones oficiales. Tiene un tío que se mata porque el sobrino haga una carrera brillante.

—¡Qué ganga de tío!...

—Nada, amigo Alcaraz; ése va decidido á que le den una mitra, y lo conseguirá.

—¡Oh, quién tuviera un tío de ese fuste!...

—Pues por falta de tíos, no llores. Ahí tienes unos cuantos con quienes emparentar durante la travesía.

—¡Calla! Pues ahí viene D. Lesmes. ¡Pobre hombre!...

—¿Este es aquel señor de quien se decía que era el *alma* de su oficina?...

—El mismo. Han dejado cesante á un padre de familia que cuenta veintiocho años de honrados servicios. ¿Sabes quién ha venido á sustituirle?...

—¿Quién?

—Aquel gomosillo de que nos reimos tanto en el *Restaurant de París*. Dicen que es hijo del barón del Monteverde.

—¡Vendrá castigado!...

—Sí; viene, como otros muchos, á firmar la nómina, á lucir su *smoking* y á dirigir los cotillones de casa de su jefe.

—Entonces ya tenemos gomoso para rato.

—¿Por qué?...

—Porque eso de bailar bien es cosa recomendable en la hoja de servicios. No hay como ser un danzante para estar bien conceptuado.

—Ahí viene Perico muy desazonado. ¿Qué le ocurrirá?... Llamémosle.

—¡Perico!... ¡Perico!...

—¡Calla, hombre!

—Pero, ¿qué te pasa?

—Nada, un *inglés* que me persigue como un desesperado. Si me atrapa, me estrangula sin remedio.

—Te vas, ¿eh?...

—Sí; voy á esconderme en la carbonera. No digas que me has visto, hasta que pase el Corregidor.

Y se aleja el tal Perico sin darme el abrazo de despedida.

¡Oh pícaros ingleses!

¡Qué ingratitudes hacéis cometer á los amigos!...

—Por lo qué veo, irás bien acompañado.

—Así parece.

—Ahí tienes á la familia de D. Cornelio.

—Esos darán juego. Ya te contaré sus peripecias de la travesía.

—No, gracias; no te molestes. Me figuro...

—Luego... ¿también tú sabes?...

—Sí, hombre, sí. Es una historia que la sabe todo Manila. Ya ves, hasta el mismo D. Cornelio no la ignora, que es cuanto hay que decir. No le cuadra aquello de

todo Madrid lo sabía,
todo Madrid, menos él.

—Mira ese pobre teniente que se va por cumplido de país. Vino soltero, y vuelve con un *barangay* numeroso.

—¡Es digno de lástima!... ¡Seis chiqui-

llos y la mujer!... Pero, ¿adónde va á parar ese desdichado?...

—Déjale correr. Ese va derecho á San Bernardino. Y en cuanto á las criaturas, ya verás qué primor. Ese de la cabeza gorda tiene trazas de excelente *repostero.*

—¿Cómo?...

—¡Ya verás qué pastelería deja el angelito sobre cubierta!...

—¡Quién es ese artesano que se dirige hacia la proa?...

—Algún inmigrante desengañado.

—¡Eh, buen amigo!... Haga usted el favor...

—¿Es á mí?

—Sí, hombre. ¿Usted no llegó á las Islas en el último correo?

—Sí, señor.

—Y ¿cómo se marcha usted tan pronto?

—Porque vine creyendo que aquí se podría trabajar libremente, y me exigen en esta tierra más *requilorios* que en cualquier país extranjero.

—¿Cómo ha sido eso?...

—Pues muy sencillo. Que soy español y no he podido radicarme. Para vivir aquí necesito que una persona de arraigo me garantice, como si yo fuera algún presidiario suelto (1).

—Y ¿no conoce usted á nadie?

—Ni quiero. Los favores que hay que pedir, los pasos que hay que dar y las gestiones que necesito hacer para quedarme, valen mucho más que lo que yo pudiera adelantar con mis propias fuerzas. Aquí no se debe venir más que con una credencial.

¡Cuánta razón tenía el infeliz!

Para él todo habían sido inconvenientes.

Para otros todo son facilidades.

Y es lo que él decía:

—Pero, ¡Dios mío!..., ¿por qué no habré nacido yo en el Celeste Imperio?...

(1) Ahora, gracias á una reforma del Sr. Maura, pueden los españoles entrar, establecerse y salir libremente del territorio de las Islas.

LOS QUE SE QUEDAN

LOS QUE SE QUEDAN

(UNO DE TANTOS)

TIENE aquel país hospitalario la ventaja incalculable de que, en él, es punto menos que insensible el cambio de estaciones.

Con una americana de dril, desafía cualquier ciudadano todas las oscilaciones termométricas.

En cambio, eso de pasar una temporada de invierno en este pícaro Madrid, sin más

abrigo que un mal trajecillo de verano, tiene sus consecuencias fatales inmediatas.

Es mucho frío este que envía á los madrileños el cierzo de Guadarrama.

Aquí no pueden vivir los que están de capa caída.

Ni los de capa empeñada.

Por eso Fernández, que es el parásito filipino de mi cuento, puso todo su afán en ir á Filipinas con su correspondiente credencialilla de oficial quinto con descuento, y veinte por ciento de giro por añadidura.

Sólo Dios y el interesado saben los sinsabores que sufrió y las antesalas que hizo, para conseguir el codiciado nombramiento, sin tener en su abono esas pícaras recomendaciones que son las madres de todos los corderos presupuestívoros.

Así andaba de orgulloso el pobre Fernández, con su victoria alcanzada en tan desiguales luchas.

Había vencido la resistencia del ministro á fuerza de constancia, sin padrino y sin una de esas mujeres bonitas que sirven de intercesoras para tales milagros.

No me negarán ustedes que esta hazaña, por sí sola, hace la apología de un pretendiente.

Era grande la perseverancia del muchacho cuando se proponía conseguir alguna cosa.

Así es que el ministro, cansado de tropezar con Fernández en el vestíbulo del Ministerio, en la antesala de su despacho, en los pasillos del Congreso, en todas partes, temió encontrarlo también en la sopa, y buscó el medio de sacudirse la mosca borriqueña, enviándolo á aquel rinconcito de la patria, para que las primicias de la olla grande hicieran entrar en calor aquel estómago condenado al ayuno perpetuo.

Pero Fernández no creía lo mismo.

Por eso decía en el barco que iba al Archipiélago castigado por calavera.

Que las grandezas humanas son efímeras de suyo, bien lo sabe Fernández, que á los tres ó cuatro meses vió llegar el hambre en forma de cesantía.

Pero el chico, pensándolo mejor, optó por quedarse en Filipinas, temiendo, sin duda, que la familia no levantase el castigo.

Y cátate ahí á mi hombre bebiendo los vientos para encontrar un arrimo bajo las protectoras alas de uno de esos personajes malogrados que van á hacer la felicidad del país.

Debió de pensar Fernández que esta vida es de lucha, y que los tiempos son difíciles, y, sin pararse en escrúpulos, lanzóse, como Milton, en busca del paraíso perdido.

¿Qué medios empleó para encontrarlo?

¡Vaya, vaya!... Los de todos los infelices que han llegado á la vida sin cartas de recomendación: la lisonja, la intriga y el servilismo.

Con tales armas, el triunfo era seguro.

¿Qué van á hacer los dioses menores del Olimpo burocrático con esos hombres de buena pasta que se obstinan en llamarles genios, en limpiarles las botas y en quitarles las manchas de la levita?...

Naturalmente, colocarlos.

El simpático Fernández consiguió verse de nuevo en carácter de funcionario circunstancial.

Entonces estaba en su elemento, como el pez en el agua.

Ya desde su puesto, aunque interino, pudo más fácilmente captarse las simpatías del jefe y merecer su confianza. Un poco de travesura y otro poco de adulación, son medios eficaces y más que suficientes para cobrar fama de buen empleado en aquel país de las eminencias de guardarropía y de los eternos convencionalismos.

Al cabo de un año me sabía de memoria á Fernández, y era entre la sociedad manileña tan popular como lo pueda ser el Dr. Garrido en Madrid.

Cuando se acabó la breva que pudo darle á chupar el jefe á quien conmovió con la limpieza de los zapatos, las lisonjas y las palmaditas en el hombro, guarecióse á la sombra de otros árboles no menos corpulentos.

Y también sacó entonces sus tajadas suculentas el travieso vividor.

Y hasta le tenían por persona ilustrada sus compañeros de oficina.

Así dejé á mi hombre cuando regresé á la madre patria.

Unas veces en pie y otras caído.

Transcurrieron algunos años, y volví al país de la *bibinca* empujado por la fatalidad. Los *ingleses* no me dejaban vivir. Y opté por ponerme á una honesta distancia de mi colonia británica.

Ante todo, la franqueza.

Así no me expongo á que duden ustedes de mis observaciones, pues ya sabemos que

la verdad es sospechosa
en labios del embustero.

Parecía lógico que el tal Fernández, convencido de su eterna postergación, hubiera dirigido sus energías juveniles á otras ocupaciones menos ingratas y acaso más productivas.

Hasta me lo imaginé haciendo versos ó

escribiendo gacetillas, amén de que el abacá, el azúcar, el sibucao, el arroz y el comercio de alhajas, no suelen dar malos resultados por aquellos benditos pueblos.

Pero llevé con este hombre un desengaño mayúsculo.

Seguía en su oficio de pretendiente á sudatintas y tragaobleas, que, aun ejercido con fortuna, no da más que pan para hoy y hambre para mañana.

Fernández era, por lo tanto, un tipo vulgar.

Cualquier sargento radicado hará más carrera que Fernández.

El rasgo característico de aquel filipón embrionario, era la hipocresía.

Tenía el feo vicio de apartarse de los pequeños y de pegarse á los grandes como el pólipo á la roca.

Guardaba para todos una sonrisita de conejo, una frase lisonjera ó una palmadita acariciadora.

Así, cuando yo entré en su oficina, ajeno

á tan desagradable tropiezo, corrió á estrecharme cariñosamente entre sus brazos.

Era el abrazo de Judas.

Habíamos sido compañeros, y conocía sobradamente sus mañas. Quería blasonar de puritano, y era un pillete redomado, un espíritu mezquino, capaz de vender la rectitud de un amigo por un plato de lentejas.

—Pero, hombre, ¿tú por aquí otra vez?—díjome con aires de sorpresa.

—Aquí me tienes en cuerpo y alma. Pero dime, ¿cómo te va, después de tan prolongada cesantía?...

—Chico, perfectamente. Este es un gran país. Teniendo buenos amigos, y, sobre todo, personas influyentes que sepan apreciar méritos y condiciones, nunca faltan interinidades y otras ventajillas para ir viviendo...

—Conque aquí es soportable una cesantía, ¿eh?...

—Ya lo ves: se va tirando.

—Pues en Madrid no puede uno ir á tirarse más que por el viaducto de la calle de Segovia.

—¡Vaya, vaya!... Cuéntame, hombre, ¿qué hay por allá?...

—Todo *in statu quo*. El doctor Garrido en su farmacia, y la fuente de la Puerta del Sol en el mismo sitio.

—¡Tú siempre tan bromista!...

—Es natural; genio y figura... ya sabes. Conque, chico, tanto gusto en verte, y hasta otro rato.

Y salí pensando cómo se las compondría aquel individuo para ir tirando.

Porque, lo que es yo, no puedo ir más que recogiendo.

Y gracias.

No tardé mucho tiempo en despejar la incógnita.

Fernández vivía á expensas de su decoro. Lo mismo convertía su casa en garito para jugar al monte, cobrando puerta y barajas, como cualquier tahur recalcitrante, que simulaba una rifa clandestina de alhajas, caballos y muebles, que jamás había tenido.

Estas operaciones financieras están muy en boga en aquel país.

Es un sablazo corriente con el que hay que contar por fuerza, incluyéndolo como gasto previsto en la distribución de fondos.

Entre rifas, suscripciones voluntarias, quebrantos de giro y otras zarandajas, se evapora el sueldo todos los meses.

Y hay que transigir con tales corruptelas, á menos que se prive uno de amistades y compañerismos.

Fernández sabía explotar el negocio á la perfección.

Nadie escapaba sin arañar.

Al fin descubrieron sus víctimas las malas artes de aquel mozo de provecho, y decidieron no volver á caer en sus garras.

Pero el chico la emprendió con otro negocio explotable.

Metióse á protector de *bagos* inexpertos, y los llevaba á su domicilio para vivir en *república*.

Y como él tomaba á su cargo la administración de los intereses domésticos, le salía todo por una friolera.

Hasta que la república degeneraba en anarquía, y se tiraban mutuamente los trastos á la cabeza.

Así ha conseguido que le conozcan por completo.

Pero ni por esas: no se decide á embarcarse.

Espera tiempos mejores, y no le arredran contrariedades.

La adulación, la bajeza y el servilismo tienen la virtud de suavizar asperezas, y Fernández seguirá en Filipinas tirando, como él me dijo.

Y no de una carreta.

Sino de alguna secretaría.

Con casa, leña, petróleo, criados y otras gangas por el estilo.

Estos cargos, con terna y todo, son en aquel país el *refugium peccatorum* de muchos padres de familia, á quienes el ministro *tiene á bien* limpiar el comedero.

Y estos señores son los que se quedan para mejorar la raza, para mantener allí nuestro prestigio y para administrar los intereses municipales.

Cosa que suele conseguirse con tiempo y perseverancia.

Y después de haber mascado mucho *buyo*.

Y de haber sido contratista de arbitrios con premeditación y ensañamiento.

LA MUSA POPULAR

LA MUSA POPULAR

ATREVIDILLO es el epígrafe, porque no anda muy sobrado de Musas el país á que consagro este librejo. Pero, en fin, lo escrito escrito queda, y es necesario tratar el asunto, salga lo que saliere.

Algunos filipinólogos, más ó menos ilustres, han coincidido en la afirmación de que el indio tiene, sobre todas sus cualidades distintivas, un maravilloso instinto

para la imitación... de nuestras malas costumbres.

Entre los feos vicios importados por nosotros á Filipinas, descuella el de pedir aguinaldos y felicitar las Pascuas en verso. Con esta tradicional socaliña, quien sale perdiendo, casi siempre, es el buen gusto literario: la poesía, que durante el año duerme arrullada por los tranquilos rumores de aquellos bosques vírgenes, sólo da señales de vida en esas horas en que el mundo católico celebra el natalicio de su Redentor. Los mismos versos con que los vates indígenas del tiempo de Legaspi glorificaron y enaltecieron, en días tan solemnes, las hazañas y las cívicas virtudes de nuestros antiguos oidores y magnates, sirven hoy para celebrar la fiestecilla onomástica ó la toma de posesión de cualquier personaje de viso en la colonia oficial. Apologías tan pedestres é insustanciales que, por lo general, rechazan las personas de buen gusto, aun no sugestionadas por aquel medio ambiente aniquilador, suelen, no obstante, producir tan desastrosos efectos en las na-

turalezas enfermizas y en los cerebros desalquilados, que, al fin, hay algunos inocentes que caen en la vanidad más ridícula y en la estupidez más vergonzosa.

La nota dominante en la poesía popular genuinamente española, es el sentimiento; el más fervoroso y ardiente patriotismo se encarna en el héroe de la hazaña que despierta el orgullo ó la indignación general. Entonces, y sólo entonces este pueblo generoso y valiente, grande en sus explosiones de entusiasmo, irresistible en sus arranques bélicos, canta sus glorias en estrofas sencillas, que son el efluvio regenerador del espíritu nacional y la manifestación más gallarda de ese arte hermoso, sin artificios ni retóricas, sin falsificadas sensiblerías, sin los pacientes amaños de esa orfebrería literaria, tan en boga entre los sectarios del moderno clasicismo; ese arte, en fin, que no se aprende en la cátedra ni se estudia en los libros, pero que sale á borbotones de las entrañas del pueblo, á la manera de cristalino manantial que surge del fondo de la tierra y se precipita,

arrollador é impetuoso, depositando por doquiera el beso fecundo de la vida.

Aquí las expansiones sociales tienen casi siempre por objetivo algo que simboliza un ideal supremo: suena el himno popular á la gloria del héroe en batalla memorable, á los descubrimientos luminosos de la ciencia, á las hermosas creaciones del arte, á las gallardías arrebatadoras de la elocuencia, á todo aquello que deja huella profunda en la historia de los grandes hechos de la humanidad: allá, entre nuestros hermanos de la raza malaya, á quienes nos asimila é iguala el rasero nivelador del Código, ni hay convulsiones sociales, ni dinamismos psíquicos, ni colectivos entusiasmos, ni luchas sangrientas, ni pasiones vehementes, ni otros héroes legendarios que los señores López y Peding, recién desenterrados de punible olvido por el apreciable joven indígena D. Isabelo de los Reyes. Por eso no tienen los filipinos poesía genuinamente popular; por eso la musa callejera, condenada á la servil apología de vulgaridades sin enjundia, se ma-

nifiesta en ese eterno y monótono sonsonete de las felicitaciones pascuales y de las pueriles alabanzas á los funcionarios de guardarropía.

Siete años he permanecido entre aquellas sencillas gentes, como prófugo de la civilización, que diría el buen *Quioquiap*. En ese lapso de tiempo, que considero un paréntesis de mi vida, ningún acontecimiento nacional ha despertado el interés, ni ha excitado la pasión, ni ha movido el entusiasmo de aquellas muchedumbres anónimas. El letárgico sueño, la indolencia tradicional, la pereza invencible del indio, sólo se interrumpen cuando el mandato oficial ó el almanaque le anuncian, por el conducto nada suave del gobernadorcillo, la llegada ó el santo del nuevo jefe de la provincia, que le hace feliz con sus mejoras y le cobra periódicamente los impuestos. Entonces acude solícito el indígena á la residencia oficial del conspicuo personaje, que suele ser, salvas honrosas excepciones, un politiquillo de cuarta batida, sin gran instrucción y sin anteceden-

tes, con un conocimiento rudimentario y deficiente de la legislación especial del país, sin la más ligera noción de costumbres, idioma y modo de ser de las gentes sometidas á su paternal gobierno; pero que allí sobresale y se singulariza sobre el pedestal de su nombramiento, como palmera enana entre rastreros arbustos. Los leales súbditos obsequian al empingorotado mortal con música, ricos presentes, deshilvanados discursos y disparos de morteretes y de poesías, como la que voy á copiar á continuación y que he visto aplicar indistintamente á más de cuatro gobernadores de provincia, unos buenos, otros malos, y algunos sólo concebibles en aquel bienaventurado país.

Hé aquí la poesía á que me refiero y que es un *modelo* en su clase:

«Si la costumbre hace ley
y la ley se ha de acatar,
crimen sería no dar
ejemplo por esta grey.
»Sois, señor, digno y honrado
hijo de la noble España,
cuya más sublime hazaña
fué esta tierra descubrir.

»La gloria de aquellos héroes
de las armas y la ciencia,
con vuestra grata presencia
conseguirá revivir.
»Dios os colme de favores,
y dichas y bienandanzas,
tales son las esperanzas
de esta pobre, humilde grey.
»¡Gloria al ilustre patricio!
¡Viva el gran gobernador
que sabe dar esplendor
á la patria y á la ley!...»

Estos versitos son de lo más selecto que se conoce en el género de loas filipinas. El estilo denuncia, como autor, á uno de esos apreciables indígenas que vienen á Europa, terminan, con mayor ó menor aprovechamiento, una carrera literaria, y vuelven á los nativos lares con cierto barniz de cultura, dispuestos á convertirse en oráculo infalible de aquellos sencillos habitantes, que ni saben ni les importa dónde está España, quiénes fueron sus héroes y sus hombres ilustres, y cómo se llama el invicto general que les gobierna (1).

(1) Hay quien afirma que los indios filipinos, en su idioma, han cultivado y cultivan con fortuna la poesía, descollando principalmente en el género erótico. Mi desconocimiento

Hé aquí ahora, para regocijo de los lectores impresionables, unos versos *amorosos* del género romántico, que copio con todas sus circunstancias:

«¿Sabes, hermosa,
que eres fresiosa
como una plor?
Con tu nectar divina
el fecho inclina
del trovador.
Si dises nones
ya me fropones
una crueldad;
verás en el mismo instante
á este tu amante
en la eternidad.»

¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Porque al autor de semejante *explosivo*, se le debió ocurrir morirse, matar á la ingrata, hacerse un terno barato, cualquie-

---

casi absoluto de las distintas lenguas que en el Archipiélago se hablan, me impide dar opinión acerca de esta difícil materia, que dejo íntegra á los que, con más tiempo y con mejores elementos, han podido ahondar en estudios filológicos de alto vuelo que les permitan emitir juicios más autorizados.

ra cosa, antes de emprenderla con la poesía, que ninguna culpa tiene de lo que al exaltado amante le ocurre con su novia ó lo que sea.

En los días de Pascua es cuando da muestras de mayor fecundidad la musa filipina. El *plumario,* estiradillo y sabihondo, hilvana con quince días de anticipación, entre autos y diligencias, las coplas con que el personal de la escribanía felicita al eternamente querido, recto, inteligente, simpático, moral é inflexible juez; el escribiente de más agallas en las oficinas del Gobierno, prepara su *verseado* para sus jefes, que, como es natural, superan en virtudes y buenas prendas al lisonjeado golilla; el fiscalillo de la iglesia, que suele ser muchacho avispado y discreto, se afana por cumplir el aluvión de encargos poéticos que caen sobre él de cuantos pedigüeños recorren las casas de los *castilas* en busca de la codiciada peseta; y cuando llega el día, triste y solemne, de los disparos,

desde las primeras horas de la mañana toda persona de algún carácter oficial, vese asediada por los musiqueros de la población y sus cercanías, y por un sin fin de *taos* y *babaes*, en su mayor parte desconocidos, que se descuelgan con papelitos impresos ó manuscritos del tenor siguiente:

«FELICES PASCUAS

(SONITO)

A los dias de nuestro Salvador
con prosperidades festegem ›s,
al son delos estromentos
las fiestas natalicios del eterno criador.
Cual los angeles al glorificador
tributan sus cantores asi le demos
muchisimas gracias por cuanto debemos,
pues eles sempeterno Amador.
Evitad pues las mundanas dilicias,
disprutar con regoshijos florido
y procurad las divinas gracias.
Al fin divino alhijado enter nacido
su deseo recibid con tiernos caricias,
bien es berdad. Aguinaldo ospido.»

Aquel astro anunciador
de la venida del Mesias
ya del Oriente salió
con sus brillantes alas.

Pregonando el Natalicio
del príncipe de la Paz
que las tinieblas del Mundo
alumbrarian su Divina Magestad.
Hoy le felicita á Vd.
estos dias por hoy
que es Pascua de Navidad
del Supremo Redentor.
Francamente mis deseos
os conservais la salud,
y goceis siempre tranquilos
hasta en los profundos cielos.

El que con respeto debido
al Redentor del Mundo,
alabando con sacro-rosal
por ser dia de Nacimiento.
Los arcángeles imperiales
bajan del Cielo elevado
haciendo los homenajes
á Jesús nuestro medianero.
Pidiendo al eterno Cielo
dichas y prosperidades
con reboces y más loores.

Con alegría y contento
las Pascuas os felicita
quien entre lluvia y viento
os lleva partes y telegramas.

Como ustedes ven, la musa de los vates indígenas no puede ser más elocuente ni

más expresiva. El nacimiento de Jesús, el sublime Redentor del mundo, el Dios de los cristianos, merece allí tales herejías y se toma como pretexto de tan horrendos crímenes literarios.

.....

¡Baja, oh Dios, de las alturas, que aun con tu infinita misericordia, no dejarás de poner coto á tan inauditos desmanes, enviando al hospitalario seno de Abraham á los poetas que te ladran y al mismísimo infierno á los malos impresores que te injurian!...

EL FRAILE

EL FRAILE

CONSAGRAR un libro á Filipinas y no decir algo del fraile, es como hacer el análisis de unas aguas medicinales y prescindir en absoluto de los elementos que constituyen sus principales virtudes terapéuticas. No quiero, pues, in-

currir en la imperdonable omisión del personaje que ha sido, es y será por mucho tiempo, digan lo que quieran sus adversarios, factor importantísimo dentro de aquel organismo social en desarrollo. ¡Cómo no dedicar algún espacio en este libro al que contribuyó, con su abnegación y sus esfuerzos, á la conquista de nuestras hermosas posesiones del extremo Oriente; al que expuso su vida en tan arduas empresas, como cualquiera de aquellos valientes que pelearon con denuedo bajo la enseña gloriosa de España; al que, con sus predicaciones y con su celo apostólico, redimió de la más espantosa barbarie á tantos millares de seres humanos, poco antes sumidos en la superstición y la idolatría; al que debemos principalmente el caudal científico que sirvió de base á los ilustres sociólogos y legisladores que dieron cima, con éxito feliz, á esa labor inapreciable del Código de Indias; al que recurrimos por fuerza los que, en grata satisfacción de antiguas aficiones, buscamos con interés las fuentes históricas de aquella hermosa y

rica porción de la tierra española; al que, encerrado en su modesta casa-conventual, albergue de tan útil centinela avanzado de la civilización, es nuestro único representante, nuestra garantía única, la providencia de multitud de individuos que nada hacen, que nada piensan, que nada realizan sin el estímulo paternal, sin la iniciativa inteligente, sin la voluntad firme y sin el ejemplo repetido del que, por voto solemne, se condena á vivir y á morir entre sus indios, á tres mil quinientas leguas de la madre patria!...

Todos esos títulos ostenta á la consideración de los filipinos ese humilde religioso que, ya tenido aquí por ciertas gentes como un elemento anacrónico, es, sin embargo, en aquellas apartadas provincias, lazo de unión y de concordia entre peninsulares é insulares, valladar sobre el que se estrellan las corrientes del separatismo militante: hé ahí el origen de los recelos que despierta, del odio que inspira y de la ruda campaña de que es objeto por parte de los soñadores é ilusos que ven en nues-

tras Órdenes monásticas obstáculo insuperable para la realización de sus planes insensatos.

El religioso, en sus relaciones con aquel pueblo de *niños grandes*, es algo más que un misionero apostólico: ha tenido que ser, por necesidad, maestro de escuela, médico, ingeniero, abogado, agricultor, supliendo de esta suerte en remotos, y aun en los actuales tiempos, deficiencias de organización fáciles de explicar en un país que comenzó no há muchos años á dar señales de vida por medio del desarrollo de sus propios elementos de cultura y de riqueza, antes sumidos en abandono punible, en la rutina viciosa, en la práctica de procedimientos rudimentarios, incapaces de realizar los grandes fines de la ciencia moderna en todas sus infinitas manifestaciones. El fraile tuvo que trazar los primeros caminos; el fraile fundó las primeras escuelas; el fraile importó los primeros útiles agrícolas é industriales; el fraile arrancó de aquel suelo feracísimo los primeros frutos de la semilla exótica; el fraile ense-

ñó al indio la manera de beneficiar los productos indígenas; el fraile dirigió las obras de los primeros templos católicos, en cuyas bóvedas resonó la voz de los misioneros que predicaban las grandezas de nuestra religión y de nuestra historia, convirtiendo míseras tribus de siervos y de esclavos, en generaciones de hombres y de ciudadanos libres, para quienes abrieron las Comunidades religiosas anchos horizontes de luz, de progreso, de porvenir y de gloria, fundando, y sosteniendo con su propio esfuerzo, institutos y universidades, donde los filipinos reciben la savia regeneradora de la civilización y de la cultura de estos viejos pueblos de Occidente.

¿Qué valen, pues, ante esa gloriosa tradición de nuestras Órdenes monásticas en Filipinas, las pueriles acusaciones contra alguno que otro de sus individuos, acaso indigno del respetable hábito que viste? Júzguense con verdadera severidad los casos aislados; pero dejemos á salvo las virtudes de la generalidad. ¿Qué institución ó qué colectividad humana puede blasonar

de perfecta en todas sus partes ó en todos los miembros de que se compone? Y porque haya entre mil frailes uno, dos, diez que no cumplan sus deberes con fidelidad y menosprecien su sagrado ministerio, ¿hemos de condenar en absoluto la institución, olvidando las virtudes, los sacrificios, los bienes que los demás reportaron al país? No; eso no sería justo: pruébeseme que los frailes, como colectividad, constituyen allí una perturbación; que su gestión y su permanencia dan resultados contraproducentes; que no son ni han sido el más poderoso instrumento de nuestra influencia y de nuestro dominio efectivo en el Archipiélago; que sin su concurso eficaz, directo y personalísimo, es posible allí fácil gobierno, recta administración, verdadera confianza en los que nos entregamos á la buena fe de aquellos sencillos habitantes, y entonces confesaré paladinamente mi error. ¡Trabajo les mando á los frailófobos que acometan la difícil tarea de destruir con subterfugios y sutilezas del ingenio, lo que tiene por sólida base el hecho pal-

pable, victorioso, real, indestructible, que triunfa y se impone como la verdad, destinada por Dios á estar siempre sobre la mentira como el aceite sobre el agua!

Allí el fraile, á despecho de insidias, de asechanzas, de ciertas reformas que no rozan siquiera la epidermis de aquella raza, sigue llenándolo todo: su dominio del idioma, su contacto con el indio, su indiscutible superioridad intelectual, le convierten en un mentor cariñoso de aquellas gentes dóciles, sencillas, que todo lo consultan con el Párroco, mientras éste libra á sus feligreses de atropellos y socaliñas, intercede en favor de todos con las autoridades, les aconseja, les socorre, les guía, les traduce los documentos, les evita mil castigos por sus torpezas y lenidades y les enseña á cumplir las leyes. Muchas veces he presenciado entre párrocos y gobernadorcillos diálogos como este:

—Padre, *¿cosa* dice este *opicio* del señor gobernador?...

—Que tienes abandonados por completo todos los servicios; que las calzadas están

intransitables; que hay viruela en el pueblo, y no ha dicho una palabra el vacunadorcillo; que la recaudación de las cédulas está muy atrasada, y que si no procuras cumplir mejor tus deberes, te impondrá una multa de cincuenta pesos. Ahora, *tú cuidado*, ¿eh?...

—Sí, Padre; pero haga *no más* el *pavor* de contestar *ya* este *opicio*...

—Bueno, se contestará; pero como no te enmiendes, no vengas á pedir que te levanten el castigo, que bien merecido lo tendrías.

Así está á todas horas el religioso, que consume los mejores años de su vida en aquel país de los enervamientos y de las calenturas; encerrado en su casa-convento, sin la compañía de persona alguna á quien hacer partícipe de sus ideas, de sus sentimientos, de sus nostalgias y de sus abrumadoras melancolías; á veces, sin que nadie le entienda en castellano y le hable de su querida España, á la que no volverá, fiel al yugo de ese horrible juramento en que abdicó de su voluntad, que le arrancó

prematuramente del hogar tranquilo y que le robó, tal vez para siempre, las infinitas ternuras de la madre.

Imagínese el horrendo sacrificio que todo eso supone; que recuerden los ingratos el bien que les ha hecho la institución que ahora con tal ensañamiento combaten, y no olviden que el fraile ha sido y es su principal redentor, reconociendo también que su misión no ha terminado todavía en aquella venturosa tierra de las seculares resistencias y de las ingratitudes bastardas.

¡Á qué, pues, esa oposición tenaz, esa guerra implacable y desatentada, de que son objeto, por parte de los filipinos ingratos, esos religiosos españoles que, en aras de su misión altamente civilizadora y humanitaria, llevaron á aquel hermoso país la luz esplendorosa de la ciencia, las supremas intuiciones del arte, las ideas redentoras del catolicismo, el espíritu noble, generoso y caballeresco de esta raza de héroes y de mártires!...

Yo no sé ni quiero discutir ahora si el fraile en Filipinas es hoy un bien ó un mal:

si es un bien, dejémosle que acabe de cumplir su destino civilizador y humanitario; si, como no creo, es un mal, dejémosle también por insustituible, y convengamos en que es un mal necesario... imprescindiblemente necesario para que en todos aquellos pueblos de la selva, tenga España siquiera ese débil signo de pacífica posesión y de indiscutible soberanía.

LA HÍPICO-TAURINA

TAMBIÉN allí tiene una representación distinguida, aunque poco numerosa, esa rama del *sport*. La facilidad de las comunicaciones, el trasiego incesante de los empleados y la monomanía del asimilismo nivelador, han llevado á Filipinas todos los refinamientos de la cultura nacional.

La *Hípico-Taurina*, que cuenta entre sus asociados con lo más escogido de nuestra juventud alegre y bulliciosa, sólo da señales de vida en ocasiones solemnes; la catástrofe de Santander, el conflicto con los rifeños, la inundación de Consuegra y los terremotos de Andalucía, tuvieron allí la resonancia que era de esperar. El país filipino, hondamente impresionado con tan

cruentas desdichas, ha respondido siempre á la voz angustiosa de sus hermanos de la metrópoli: la prensa inicia entonces la consabida suscripción patriótica; los teatros anuncian funciones de gala á beneficio de los damnificados; las damas del gran mundo piden objetos de arte á las personas de viso, contribuyendo gustosas al éxito de una *kermesse;* y los almibarados *sportsmen* de la Hípico-Taurina, asociándose al general sentimiento, se reunen para discutir y acordar los preliminares de la benéfica fiesta; cuentan, desde luego, con el valioso concurso de las muchachas bonitas, y el acto resulta siempre digno de la distinción y de la elegancia de sus conspicuos iniciadores, que realizan de esta suerte el milagro de lucir, en traje corto, sus bellas formas y sus facultades artísticas, de divertirse á su sabor, y de contribuir con sus esfuerzos á que se enjuguen en lo posible las lágrimas que sirvieron de pretexto á tan caritativos entusiasmos...

Fundada esta sociedad bajo tan honrosos auspicios, no hay para qué decir las

simpatías de que goza: el solo anuncio de que se proyecta una corrida de toros, es origen de vivos comentarios en la prensa y en las reuniones de la sociedad elegante. Las muchachas se disputan el honor de confeccionar moñas y banderillas de lujo; los padres de familia se resignan gustosos á toda clase de sacrificios, no sólo por satisfacer el inocente capricho de las niñas, sino porque con ello dan nueva muestra de su acendrado patriotismo. La rivalidad entre las muchachas, suele dar ocasión á desembolsos, no siempre compatibles con la situación económica de los papás complacientes; los comerciantes hacen su agosto vendiendo á porrillo costosos cintajos, ricos trajes, mantillas blancas, de madroños y caireles, y alhajas de alto precio, no siempre pagadas con exceso de puntualidad; los *chicos* encargados de la lidia, que sueñan con sus proezas de agilidad y de valor, atosigan á sastres y zapateros para que no falten el día señalado el ceñido pantalón, la chaquetilla corta y las zapatillas de brega; el presidente de la *Hípico-Tau-*

rina designa la persona que ha de escoger las reses, y durante un mes no se habla de otra cosa en salones, calles y teatros.

Tres días antes de la corrida, hay exhibición de moñas y banderillas en los escaparates de las mejores tiendas, y la prensa ofrece á sus lectores amplia información, un verdadero lujo de detalles, en que no faltan lisonjeros augurios de la corrida, que, á juzgar por el trapío de los becerros y la probada intrepidez de los lidiadores, resultará un acontecimiento taurómaco digno de las mejores plazas del clásico país del buen vino y de los toreros valientes.

La suerte, la posición ó la hermosura, deciden acerca de las señoritas que han de presidir el espectáculo; véndense las localidades con anticipación, y después de orilladas dificultades, que no escasean, y piques de amor propio, que tampoco faltan, llega el día feliz, esperado por todos con una impaciencia digna de más alto empleo.

La tarde espléndida, la atmósfera caldeada por aquel sol tropical, convidan á un rato de jolgorio después de tantos días

de insoportable aburrimiento. La *fiesta nacional* á tres mil quinientas leguas de la patria, es allí una novedad que no deja de ofrecer atractivos: por lo menos, el de disipar, siquiera sea momentáneamente, hondas tristezas y abrumadoras nostalgias.

Confieso que la primera vez que asistí á uno de aquellos espectáculos, lo hice con grandes esperanzas y me las prometía muy felices: tan largos preparativos, lujo tan espléndido en moñas y banderillas, anuncios tan pomposos de la prensa y animación tan inusitada, requerían algo que, juzgado piadosamente, no tuviera todos los caracteres de una mojiganga ridícula...

El templo levantado en Manila al arte taurino, es un barracón circular de madera, con incómoda y no muy segura gradería: los palcos, estrechos y pintarrajeados, ocupan la parte superior del circo en toda la extensión de los tendidos de sombra; el redondel tiene aproximadamente las dimensiones del de la plaza de toros de Vallecas; en cuanto á las demás dependencias del edificio..., ¡cómo han de ser en un país

donde ni las reses se distinguen por su bravura, ni hay público suficiente para mantener la afición, ni toreros que se atrevan á buscar fortuna, entregándose al azar de tan largo y costoso viaje!...

Estas solemnidades benéficas suelen verse favorecidas con una concurrencia numerosa: los palcos son verdaderos *ramilletes*, que diría cualquier revistero cursi, en que abundan las caras bonitas, ataviadas con el precioso marco de encaje de la clásica mantilla blanca; nótase en los tendidos esa algazara, ese derroche de animación y de alegría que es el principal atractivo de la fiesta genuinamente española... Antes de dar comienzo á la corrida, todo es fiel trasunto de lo que aquí se ve en espectáculos de este género; después... suena el clarín, y á los acordes de alegre música, pisan la arena los simpáticos *diestros* entre aplausos atronadores y murmullos de admiración. Los *chicos* cambian el vistoso capote de paseo por el de brega; los de *aupa*, caballeros en jaquillas liliputienses, colócanse en su puesto, y los que pre-

sencian por primera vez una fiesta de toros en Filipinas, sienten la natural emoción al imaginar el riesgo que corre aquella cuadrilla de jóvenes barbilampiños.

Los temores de la gente sensata desaparecen en cuanto se da suelta al primer cornúpeto: el bicho, que es un añojo de buena pasta, inquietillo y corredor, da unas cuantas vueltas á la pista sin meterse con nadie; huye de jamelgos y peones como alma que lleva el diablo; el público protesta con desaforados gritos; la presidencia manda cambiar la suerte, y los *chicos*, con sus vistosas banderillas, acosan al becerro, le persiguen, le cercan, y al primer descuido, le clavan los rehiletes en el costillar, en las paletillas, donde se puede... Al fin, llega la hora suprema: el apuesto *mataor*, que suele ser mozo de gran partido entre el bello sexo, brinda en verso ante la presidencia, tira con gallardía el chambergo, y, mandando retirar á los *peones*, va decidido á entendérselas con el inofensivo animal, que sigue huyendo... ¡hasta de su sombra! El valiente *mataor* sale al encuen-

tro del fugitivo, extiende la muleta, el bicho da un fuerte resoplido y acelera el paso; el *maestro* sigue su persecución en carrera loca, acaba por rendirse, y ya, con la lengua fuera, se decide á pinchar... Hiere, como los banderilleros, donde encuentra toro, hasta que la víctima, acribillada, desangrándose, entrega su cabeza inocente al *brazo secular* del puntillero.

Los *chicos* no han podido hacer más; el público aplaude, y el *mataor,* que brindó la suerte á la joven de sus pensamientos, es obsequiado con una preciosa alhaja...

El resto de la lidia no suele ofrecer nuevos accidentes dignos de especial mención: el desfile resulta brillantísimo, los periódicos publican ingeniosas reseñas del espectáculo, ¡y yo bendigo á esas hermosas señoritas y á esos buenos muchachos que, con tan honestas distracciones, alivian el peso del dolor y las desdichas de la miseria á unas cuantas familias desgraciadas!...

EL CHINO

(Á MI BUEN AMIGO QUIOQUIAP)

EXPULSADO de la hoy rica y floreciente Australia, barrido del Canadá, de Méjico y de los Estados Unidos, que empuñaron á tiempo la escoba salvadora, levantando infranqueable ba-

rrera á esa inmigración asiática que lleva en su seno el germen de la ruina, el chino, amparado por nuestra legislación imprevisora, ha convertido el Archipiélago magallánico en fácil y abundoso campo de explotación, en vertedero de toda la inmundicia social de ese vasto y petrificado imperio, que se desborda en grandes masas por todos los ámbitos del mundo, en busca de algo con que saciar su voracidad y su codicia.

El inmigrante de la raza mongólica, ese abyecto y menospreciado hijo de Confucio, que en las colonias británicas apenas si es tolerado en los oficios más viles (1), llega á Filipinas consignado á un cabecilla, como si se tratase de una mercancía ó de una bestia de carga: nuestros empleados ejercen sobre él la acción fiscal más escrupulosa, y antes de autorizar el desembarco, es preciso que el chino pague una crecida suma en concepto de derechos de entrada

(1) En Singapoore, los chinos sustituyen á las caballerías, tirando de unos calesines destinados al transporte de viajeros.

y de cédula de capitación, que, por lo general, es satisfecha ó garantizada por un tiranuelo de su raza, que le explota más tarde con exorbitantes intereses y con trabajos tan penosos como mal retribuídos.

Entonces es cuando da comienzo la odisea de infortunio del pobre aventurero, que se convierte en esclavo del coletudo fiador. El recién llegado se dedica al oficio de cargador del muelle: allí trabaja sin descanso, bajo el influjo de aquel sol canicular, con su mugriento *salacot* y su andrajoso taparrabo, sin otro alimento que un mal puñado de arroz, un plátano y un pescadillo podrido. Así, ochavo sobre ochavo, entre mil privaciones y sacrificios, sufriendo un trato increíble en humanos seres, el chino laborioso, paciente, sobrio, va poco á poco emancipándose de la feroz tutela del cabecilla; y cuando ya puede vivir á expensas de su propio esfuerzo, y dispone de un triste rincón donde guarecerse, decide mejorar de profesión: entonces pasa á la categoría de barrendero del municipio; después asciende á la modesta cla-

se de sirviente en tienda de sinamay ó de baratijas, hasta que sus condiciones personales, su fidelidad probada, su travesura, su dominio del idioma del país y su vocación de mercachifle, animan á su amo y señor á confiarle cuatro piezas de tela y unas cuantas chucherías, para que se eche á volar y demuestre sus aptitudes ejerciendo por las calles el tráfico menudo. El chino, que ya es *tancalero*, deja de ser explotado y se convierte en explotador: el ahorro se hace más fácil y exige menos sacrificios; y ya desde este punto, el antiguo paria, convirtiendo la pinga en *palanca* de Arquímedes, no necesita más que su astucia, su rapacidad, la hipocresía y el servilismo ingénito de su raza, para convertirse en tendero y más tarde en contratista de arbitrios y en *persona* respetable, prestigiosa y bien acomodada.

Hé ahí el proceso invariable del chino aventurero, emprendedor y afortunado. No siempre el inmigrante asiático llega á esas alturas; pero, en general, todos, absolutamente todos realizan sus aspiracio-

nes, cuando son modestas, por la razón sencilla, lógica, incontrovertible, de que allí, en todas las esferas sociales, y señaladamente en la de que trato, es compatible la vida con el ahorro continuo y gradual. El bracero chino, que gana cinco reales, cubre sus necesidades ordinarias con dos, si no es vicioso. Más tarde, cuando su fondo de reserva se lo permite, va á la gallera y al fumadero de opio, contrae relaciones con una india, se da una vueltecita por su pueblo natal, retorna de nuevo á Filipinas aguijoneado por la ganancia y el lucro, se hace cristiano, si así conviene á sus intereses, se procura un padrino *castila* de influencia, y acaba por contraer matrimonio y por echar hondas raíces en el país. No falta entonces en la vivienda del chino un altarcillo para las devociones cristianas de la cónyuge, y otro con sus grotescos figurones que representen á los dioses Penates, con sus pebetes olorosos, símbolos éstos de gran carácter en el culto idólatra y supersticioso.

La india laboriosa le ayuda, métese el

chino en negocillos de poca mónta, instala en inmundo cuchitril su *tiendajan* de *sari-sari*, y una vez conquistada una parroquia escogida, el porvenir es suyo. Su prosperidad es lenta, pero segura: se le va conociendo en que mejora de traje y en que ya se permite el lujo de comprar un caballejo que le sirva en sus frecuentes expediciones mercantiles por los pueblos de la comarca. Al cabo de seis años, el chino, que desembarcó en Manila sin una peseta, cubierto de andrajos, llega á la abundancia por la virtud exclusiva del trabajo y de la economía, uno y otra bastardeados casi siempre por la rapacidad, por el engaño y por la adulteración de todo cuanto vende al público, á quien cautiva con sus amaños de falsa baratura y con su servilismo de hipócrita mercader.

Ved al chino tendero acurrucado en el fondo de su zahurda, entretenido en rascarse los mugrientos pies, enroscado como serpiente ahita en los horrores de la digestión, sobre frágil banquetilla de bejuco, con sus ojos oblicuos, recargados con las

enervadoras somnolencias del opio, esperando, como astuta fiera en su cubil, á la víctima de sus trapacerías de mercachifle. Él guarda para todos una halagadora son-

risa; él soporta impasible el insulto, la mofa, los puntapiés y los tirones de coleta, si ve la transacción probable, el engaño fácil y la ganancia segura. La imperdonable apatía del indio le deja íntegro el

monopolio de las pequeñas industrias. El chino absorbe, casi en su totalidad, el ejercicio de las profesiones mecánicas, en que no reconoce rival por su constancia, por su laboriosidad y por su economía. No es agricultor, porque viene de esos grandes centros marítimos donde la agricultura es nula ó tiene una importancia secundaria; pero la explota por medio de la usura, y acopia ricos productos, vendidos prematuramente por el natural vicioso á precios infinitamente bajos, que no alcanzan, por lo general, ni al cincuenta por ciento de su valor efectivo en los mercados. Él economiza, se enriquece y nada propio del país consume: todo lo importa de China.

Nada menos que cincuenta mil hijos del celeste Imperio cobija en su hospitalario seno la capital del Archipiélago magallánico. Pueblos enteros se hallan invadidos por estas sanguijuelas insaciables: el extenso y populoso arrabal de Tondo y una gran parte de los de Binondo y Santa Cruz, de Manila, están ocupados por merodeadores chinos y sus descendientes, que tie-

nen sus autoridades propias, su establecimiento bancario, sus curanderos y sus botiquines propios, y, para que nada les falte, hasta su cementerio especial.

Las barriadas en que abunda la población asiática, se distinguen por la atmósfera que las envuelve y que se masca más que se respira: antes de penetrar en uno de aquellos chiribitiles, verdaderos antros misteriosos, tomad las precauciones necesarias para no intoxicar vuestros pulmones con un ambiente fétido, enrarecido, en que pululan los fermentos de toda clase de inmundicias en descomposición. Imposible parece que puedan vivir en semejantes pocilgas seres humanos con la noción más rudimentaria de la higiene y del instinto de conservación. Calcúlense amontonados en estrecho recinto los restos de asquerosos comistrajos, las deyecciones y la respiración de cincuenta personas, en confusión con los acres vapores del opio, y se vendrá en cabal conocimiento de lo que son aquellas madrigueras, donde el contagio hace su horrible presa y determi-

na cifras de mortalidad verdaderamente aterradoras.

¡El opio! Hé ahí el vicio capital del chino, que parece en esa abyecta y envilecida raza una necesidad imperiosa de su organismo relajado, que há menester de tan punzantes estímulos para soñar con todos los refinamientos de la molicie y con todas las abominaciones de Sodoma.

Es, en resumen, el chino, como elemento colonizador, inasimilable; como elemento social, germen de corrupción en las costumbres, pero imprescindible, doloroso es confesarlo, hasta que todos los filipinos imiten á los hijos del pueblo de Táal y algunos de Bisavas, que viven y prosperan sin el auxilio de extraños esfuerzos; como elemento político, un problema de difícil solución, y ¡quién sabe si un peligro cercano para España en sus valiosas y nunca bastante estimadas posesiones del Extremo Oriente!...

EL INDIO

(Á mi hermano Adolfo.)

Como sé que alguna vez ha entrado en tus propósitos hacer un viajecito por Filipinas, me explico perfectamente tu curiosidad por conocer resabios, naturaleza, complexión psicológica y costumbres peculiares del indio filipino: lo que no se me alcanzan, querido Adolfo, son medios

y facultades suficientes para dar cima á este arduo cometido, en el que ya ilustres escritores, antiguos y modernos, fracasaron, después de haber consagrado al asunto largos años de estudio y de observación directa. La definición del indio, en realidad, continúa siendo para nosotros un jeroglífico punto menos que indescifrable.

Observador tan experimentado como el P. San Agustín, del siglo XVII, que había permanecido en aquellas Islas la friolera de cuarenta años, viéndose, como yo ahora, en trance tan duro y pecaminoso, decía: «Más facil me fuera á mi parecer definir el objeto formal de la Lógica, dar la quadratura del Círculo, y el lado matemático del duplo del Cubo, y esfera, ó hallar regla fixa para mensura de los grados de longitud del globo de la tierra, que definir el Natural de los Indios, sus costumbres y resabios.»

No le faltaba razón al sabio religioso: si el conocimiento de los hombres se ha tenido siempre como empresa difícil, la definición de ese Proteo del género indio, mere-

ce, querido hermano, elevarse á la suprema categoría de los imposibles de Salomón. En vano la perspicaz inteligencia del europeo está siempre ante aquellas gentes como un signo interrogativo: la Naturaleza parece haber puesto en la faz angulosa del indio filipino el sello de lo impenetrable. Nada dicen aquellos ojos inmóviles y sombríos, verdaderos abismos eternamente cerrados á la investigación del psicólogo. ¡Qué puedo yo, humilde literatuelo de última fila, decirte que no sea una suposición más ó menos aproximada á la verdad sobre tan abstruso problema, origen de tan grandes fracasos y de tan doradas supercherías!...

Definiciones del indio, más ó menos ingeniosas, se han hecho varias y te las podría dar á conocer; pero ninguna acaba de satisfacerme, ya porque mis propias observaciones se hallan en desacuerdo con la opinión de algunos definidores, ya porque el juicio de éstos, por circunstancias especiales, responde, unas veces á determinismos sistemáticos, otras á decepciones sufridas

en presencia de hechos aislados que, en buena lógica, no pueden ni deben tener carácter de generalidad.

D. Vicente Barrantes, á quien, en justicia, hay que reconocerle indudable autoridad en la materia, hizo, en cuatro versos, la siguiente definición del indio filipino:

«Siembra su arroz donde le da la gana;
cuelga de un árbol, como el ave, el nido;
engendra con su madre ó con su hermana,
y muere sin saber cómo ha vivido.»

Claro es que esta ingeniosa definición del erudito autor del *Teatro tagalo*, por lo mismo que no se funda en las complejas é infinitas manifestaciones del modo de ser de aquella raza, sino en una de las fases de la vida del indio en estado semisalvaje, no *prende*, digámoslo así, en aquella muchedumbre, ni es reproducción plástica, en grandes síntesis, de la emoción sentida y de las observaciones hechas enfrente del cúmulo de contradicciones, rarezas, misterios y originalidades que ofrece á la crítica menuda, y aun al estudio de alto vuelo, aquel organismo social en desarrollo.

El mismo *Quioquiap*, ese maravilloso estilista, que ha pensado hondo, que ha vivido largo tiempo en Filipinas y que ha saboreado todas las impurezas de la realidad, al preguntarle yo su opinión acerca del asunto, me decía desdeñosamente, entre otras cosas que no me atrevo á consignar, que el indio es un «aprendiz de ser humano».

El criterio de Feced tiene, en este punto concreto, tan poco de definición como mucho de determinismo, en cierto modo justificado en un hombre de su temple, de su sensibilidad de artista y de su temperamento apasionado, que ha observado al indio bajo un solo aspecto y que sufrió mil reveses y desventuras en aquellos años de convivencia imposible con los malayos; época aciaga y calamitosa para el que, confesándose desertor de la humanidad de la historia y prófugo de la civilización, era, sin embargo, una fuerza positiva que se anulaba al agitarse en el vacío. Por eso, en las definiciones de *Quioquiap*, es necesario tener en cuenta que sólo tomaron

parte el ingenio del escritor y las amarguras á que vivió condenado el hombre.

Aunque también algo pesimistas, en general, las observaciones del P. San Agustín coinciden con las mías en muchos puntos fundamentales. Por eso ilustraré mi cometido con la transcripción de párrafos y frases que pintan, con admirable exactitud, los rasgos salientes y característicos de los naturales de aquel país, que tanto deseas conocer, y que tan varias materias ofrece, en la más pura virginidad, al estudio minucioso y á la observación inteligente.

En opinión de doctos facultativos, no hay organismo humano que obedezca, como el del indio, á la medicación, atribuyendo semejante docilidad de naturaleza á la falta de variación en los alimentos con que se nutre. El P. San Agustín, que, á pesar de sus talentos, no pudo sustraerse en absoluto á las preocupaciones de su época, tenía fe ciega en el influjo de los astros sobre la complexión fisiológica de la raza malaya, y echaba á la luna la enorme res-

ponsabilidad de que los filipinos le resultasen fríos y *húmedos,* «inconstantes, maliciosos, desconfiados, perezosos, tardos, amigos de andar por ríos, mares y lagunas, y ser afectos á la pesca».

El indio de hoy es, por lo visto, el indio de siempre en materia de ingratitudes. Por eso decía el distinguido escritor citado, que «lo mismo es hacer un beneficio á un indio, que prevenirse para recibir el golpe de su ingratitud, y si se les presta dinero, no lo pagan». Condición es esta última, querido Adolfo, en que el indio tiene muchos puntos de contacto con las viriles razas occidentales, en general muy versadas en las teorías del famoso Roquelaure, aquel bohemio, lleno de excentricidades, que no pagaba las cuentas viejas, y las nuevas... las dejaba envejecer.

«Es tal su pereza—dice el ilustrado Padre San Agustín, hablando de los indios,—que si abren la puerta nunca la cierran.» Y más adelante, al tratar de la poca ó ninguna urbanidad de sus hermanos en Jesucristo, añade: «...así es cosa rara que para hablar

con el P.ª ó Español, se rascan primero en las orejas, y, si es mujer, en el muslo; pero los más políticos se rascan primero en la cabeza».

Como se ve, el docto religioso no era muy entusiasta de los indios, que, por desgracia, han tenido siempre más detractores que devotos.

Entre las buenas condiciones de los indios, descuella su costumbre de bañarse con frecuencia, cosa que el P. San Agustín atribuiría, probablemente, á influencias *extrañas,* á la de la luna, por ejemplo, y que otros filipinistas, aún más intransigentes, hacen depender, no de hábitos de limpieza, sino de la natural inclinación al placer á que las abluciones se prestan en países caldeados por el ardiente sol de los trópicos.

En este punto, ni afirmo ni niego: señalo únicamente en el indio un desmedido afán de permanecer en el agua todo el tiempo posible ó de refrescarse, á *tabo,* cuantas veces se lo permiten otras aficiones menos dignas de estimación y benevolencia.

Respecto á inteligencia y aptitudes generales del indio, ya es otra cosa: el mismo P. Delgado, que era un indiófilo entusiasta y convencido, habla de la *barbarie* de los primitivos habitadores, y aun de los *secundarios, llamados indios...* De la civilización filipina prehispana, sólo ha prevalecido el *barangay*. En todo lo demás, los indios, hoy civilizados, han seguido las huellas de los españoles como hijos más ó menos estudiosos y aprovechados.

En otras cosas hay que hacerles también justicia: son mañosos, pacienzudos y hábiles en grado tan superlativo, que, con frecuencia, superan, en sus maravillosas imitaciones, las bellezas ó las virtudes del original. Por eso los indios resultan excelentes pendolistas y delineantes, habilidosos tallistas y plateros... Pero se nos quedan atrás en todo lo que necesite el concurso de la fantasía, del buen gusto, del arte, de la inventiva y de la reflexión. Álava, ilustre general de Marina, dijo que los indios tenían todo el talento en las *manos:* es rigorosamente cierto. Por eso aprenden

con tal facilidad el manejo del violín, del arpa y de la vihuela; por eso realizan tales primores, teniendo á su disposición un mal *bolo,* una caña ó un trozo de asta de su animal favorito, el carabao.

También nos aventaja el indio en memoria: el que, como Rizal y otros filipinos estudiosos, se dedica á investigaeiones históricas, es temible por su erudición y por lo admirablemente que precisa fechas y nombres... Pero, salvando honrosas excepciones, no les metamos en el laberinto de la disquisición especulativa, en que entra como factor importante el propio raciocinio... Entonces la echan á perder, vanse con facilidad por los cerros de Ubeda y no dan pie con bola, aunque no faltan algunos *pilósopos* que, metidos en trance tan difícil, suelen mostrar no comunes ingeniosidades... para aplicar el ascua á su sardina.

Pláceme, sin embargo, en los indios la docilidad y el respeto que, por lo común, conservan todavía para los europeos, antes sus tutores más ó menos benévolos y

hoy sus hermanos cariñosos. Si tus criados duermen, no les despiertes á gritos: es preferible que, una vez despejados, castigues su abandono con verdadera severidad; porque una voz enérgica, en aquella disposición, les hace muchísimo más daño que doce bejucazos en las nalgas.

No te sorprenda jamás ver á los cocheros en cuclillas sobre el pescante: esa postura, para nosotros violenta y á veces insoportable, es en ellos recurso natural y apetecido para el descanso de las más grandes fatigas.

No sé en qué se fundan algunos escritores para afirmar que á los indios hay que tratarlos *siempre* como *niños grandes:* en ocasiones es indudable que lo son y se les embauca fácilmente, sobre todo en aquello que halague su vanidad, porque los relumbrones ejercen en el indio una decisiva influencia. Pero, en general, el indio es más ladino, más desconfiado y menos fácil de engañar que los españoles: suele prestarse á todo género de componendas, á calumniosas denuncias y á falsos testi-

monios; realiza las más inconcebibles ligerezas y atrocidades (1); pero lo hace porque es naturalmente accesible al soborno, porque teme represalias de *castila* influyente ó rencores de convecino *pleitista*, nunca porque ignore las consecuencias que de su conducta pudieran derivarse. En cambio, tiene el indio una gran firmeza de carácter para sostenerse en la actitud que, de antemano, se propone: nuestros criminales más empedernidos, al verse acosados por hábiles interrogatorios ó rodeados de pruebas evidentes, suelen confesar el hecho punible que se les imputa: al indio que se encierra en la negativa brutal, no hay jueces, ni pruebas, ni torturas, ni poder humano que le hagan confesar su delito. Las más atroces condenas

(1) Las partidas de *tulisanes* (bandoleros), se forman allí con admirable facilidad: basta con que algún indio de mala inclinación se proclame cabecilla y solicite el concurso de unos cuantos vecinos; éstos siguen al *jefe*, muchas veces sin saber, en concreto, lo que van á hacer. Roban, asesinan, incendian un pueblo entero, y cuando caen en poder de la Guardia civil, y son interrogados por el juez, dicen, con la mayor naturalidad, que no tienen *culpa*, porque fueron *convidados*.

las soporta con un estoicismo envidiable: una vez convencidos de que van á morir á manos del verdugo, arrostran los tristes *preparativos,* y aun el mismo suplicio, con verdadera indiferencia. *¡Dios lo quiere!*— exclaman con resignación. Y no hay alteraciones sensibles en sus nervios, la pulsación es normal, el apetito no mengua y el ánimo no decae... Hé ahí el secreto de que en Filipinas no tenga atractivo alguno esa crónica patibularia, que tanto interesa y seduce á estos civilizados é impresionables hijos de la vetusta Europa.

Habrás oído hablar también del sensualismo y de la falta de honestidad de los indios: es cierto, y es lógico por añadidura. Retana, el distinguido anotador del *Estadismo* del P. Zúñiga, justifica el tan cacareado libertinaje de aquel pueblo indígena, «por lo caluroso del clima, por la calidad y forma de los trajes, tanto de *ellos* como de *ellas,* y por la ociosidad en que viven los más...»

Lo que sí pasa en autoridad de cosa juzgada, es la pereza y la holgazanería del

indio filipino: el *dolce far niente,* es, sin género alguno de duda, condición peculiarísima de los que viven sometidos á temperaturas elevadas. Nosotros mismos, cuando permanecemos en Filipinas algunos años, nos dejamos vencer de tal modo por la indolencia, que acabamos por no hacer nada, y por no escribir... ni siquiera á la familia. Hasta los animales son fatalmente víctimas de aquel medio enervador... Los perros, amodorrados en medio de las calzadas, se dejan atropellar por no molestarse huyendo del peligro... En este punto, los canes filipinos dan quince y raya á los de Constantinopla, tan maravillosamente descritos por Amicis en uno de sus mejores libros de viajes.

Y ¡cómo no ha de ser holgazán ese privilegiado rey de la selva filipina, teniendo en la mujer quien le lave la ropa, quien le *pile* el arroz, quien le prepare la comida, quien le siegue el *palay* y quien le ayude á mantener los vicios!... ¡Quién hace trabajar á un hombre que, con el modesto jornal de un solo día, puede vivir perfecta-

mente toda una semana?... Creémosle necesidades al indio, y entonces trabajará... Mientras tanto, dejémosle entregado á su bostezo indolente, á las peleas de sus gallos, al tradicional *panguingui,* al astringente *buyo* y al sabroso vinillo de la *nipa*...

Acúsase á los indios de aficionados á sostener contiendas judiciales: de fomentar esta perniciosa costumbre se encarga la nube de abogadillos y *pilósopos* malogrados que invade aquellos pueblos. En rigor, hay que confesar que los *plumarios* y *juzgadistas* van restando prosélitos de algún tiempo á esta parte. A medida que la ilustración se difunde entre los indios, desaparece ese *vicio* peculiar de Filipinas, origen de tantos desastres y de tan rápidos empobrecimientos.

Los sectarios del principio evolutivo de Darwin, y, sobre todo, los que aceptan las curiosas teorías de Hæckel, atribuyen á *resabio* heredado de los progenitores del indio, la costumbre, allí muy generalizada, de valerse de las extremidades inferiores para recoger objetos del suelo y para jugar

á la pelota (1). Esto, naturalmente, no pasa de ser una fantasía, que, sólo como curiosidad de carácter festivo, puedo yo incluir entre mis propias observaciones.

Después de lo ya apuntado, ¿qué añadiré como resumen de mis juicios sobre esta espinosa materia, en la que tanto dejo por decir en obsequio á la brevedad?... Que no creo, como Drasche, el ilustre autor de los *Estudios geológicos* de las Islas Filipinas, que los indios sean «máquinas de digerir morisqueta». Opino, por el contrario, que son una dócil masa de cera que, amalgamada con nuestros glóbulos rojos, acabará por convertirse en un organismo social fuerte, vigoroso y adecuado para la realización de los altos designios de la humanidad y de la historia.

(1) Yo he visto á los indios en una laguna coger peces con los dedos de los pies.

LO GRANDE

Y LO PEQUEÑO

LO GRANDE Y LO PEQUEÑO

(Á mi cariñoso y buen amigo Trinidad Jurado.)

«Todo es grande allí menos el hombre!»—ha dicho un escritor. La Naturaleza, ese maravilloso conjunto de inimitables armonías, ha roto la unidad, ha faltado á sus leyes eternas, proclamando al indio rey y señor de la selva filipina, en que la pródiga mano de Dios

derramara todos los esplendores y magnificencias de la Creación.

Nada tan espléndidamente hermoso como el escenario en que se mueven las grotescas figurillas de este libro: teatro de tan colosales proporciones, requería seres dotados de fuerzas anímicas que simbolizaran toda la grandeza de aquel suelo feracísimo, en cuyo seno recóndito se agitan mil titanes; toda la luz esplendorosa de aquel sol tropical, padre de la Naturaleza animada, que hace cantar á las aves en los bosques, teje el suave organismo de las plantas, rompe el botón de la temprana rosa, y que, al fecundar los átomos, establece en la tierra la inmensa fraternidad de las cosas.

Filipinas debió ser el soñado paraíso de nuestros primeros padres. Aquel inmenso territorio, resquebrajado en mil pedazos por virtud de formidables explosiones geológicas, no tiene igual en el resto del planeta. Asombra tanta vegetación, tal potencia fecundante, aun en las mismas arenas en que la maravillosa flora filipina se nutre

y fermenta al beso de las amargas linfas del mar... Aquellos islotes de roca virgen, donde jamás entró la mano inteligente y regeneradora del agricultor, donde todo es obra espontánea de la Naturaleza, vistos desde lejos, semejan esmeraldas colosales... Para penetrar en sus bosques intrincados, hay que abrirse paso con el auxilio del machete. La India, con todas sus riquezas vegetales; América, con todo su rico y vario conjunto de especies, resultarían pálido reflejo de las manifestaciones infinitas, incomparables, que ofrece á la admiración del europeo la privilegiada y exuberante flora de aquella rica porción de la tierra española.

Después de haber admirado aquella vegetación esplendorosa que disputa su terreno al mar, cayendo sobre las rizadas olas en cascadas de verdura, la pintoresca campiña valenciana, los bosques de Asturias, las poéticas riberas del Betis y las frescas montañas del Cantábrico, parecen tristes y desnudos yermos, donde la Naturaleza mezquina abandonó á la cuidadosa

mano del hombre lo que en el privilegiado suelo filipino surge y se desarrolla espontáneamente con la gallardía y la grandeza del *fiat* creador...

Cuantos viajeros ilustres han visitado nuestras hermosas provincias oceánicas, consagran á su espléndida flora los más brillantes párrafos de sus libros. «¡Cuántas veces, dice el inglés Bowring, cruzando por entre la multitud de islas del Archipiélago, se presentaron ante mis ojos la sombra de Malthus y los terroríficos fantasmas de su filosofía! De esas risueñas comarcas bañadas por el mar, ¡cuántas hay que no ha hollado todavía el pie del activo europeo, cuán pocas han sido todavía bien exploradas y menos aún se hallan habitadas por razas conocedoras del poder creador del trabajo!

»Y, sin embargo, ahí están cubiertas de espléndida vegetación, encerrando en su seno tesoros de minerales y una gigantesca fuerza productiva en su superficie; ofreciendo la variedad de climas inherentes á las planicies y las montañas, regadas por

fecundantes lluvias, iluminadas por el hermoso sol de los trópicos que madura los frutos, surcadas por ríos y canales naturales para su conducción, con puertos para los buques; ofreciendo, en fin, alicientes para todas las empresas industriales, y sin más población que cinco ó seis millones de habitantes, cuando puede sustentar diez veces más, sin perjuicio de ofrecer al mundo sobrantes sin medida de sus frutos.»

La misma literatura burocrática, tan rutinaria y pedestre de suyo por las áridas materias que de ordinario examina, resulta *colorista* al describir las maravillas de aquella vegetación asombrosa. Hé aquí unos párrafos de la *Memoria* oficial que la Inspección de Montes presentó en la Exposición de Filadelfia:

«Excede á todo encomio la riqueza y variedad de la vegetación filipina. Siendo relativamente muy pequeña la parte del suelo reducida á cultivo, cubren todavía, aun en Luzón, gran parte del interior y de la contracosta, inmensos bosques cuyo suelo asombra por las gigantescas proporciones

de los árboles que lo constituyen y por la diversidad de las especies botánicas de que se componen. Cuando se penetra por primera vez en uno de estos bosques, el ánimo se suspende ante el espectáculo de esos gigantes vegetales de dos y tres metros de diámetro, cuyas cimas se pierden en el espacio, formando una inmensa bóveda de verdura.

»El suelo, dotado de una fertilidad asombrosa, hace brotar las plantas por doquiera, y con tal abundancia, que sólo con el auxilio del hacha es posible á veces abrir paso por entre ellas. Recubiertos los troncos de innumerables parásitos, se ocultan bajo su verde vestidura, y las colosales lianas que trepan por ellos, los enlazan entre sí, formando vistosas guirnaldas, por las cuales saltan y corren, con pasmosa agilidad, ejércitos enteros de monos.»

La maravillosa exuberancia de los bosques filipinos corre parejas con otras manifestaciones de aquella Naturaleza indomable, en que todo es soberanamente grandioso: aquel suelo fértil, eternamente

abrumado de electricidad, redobla la fuerza expansiva del fluido atmosférico, atrae

el furor de aquellos obscuros nubarrones, en que fulgura el relámpago y estalla el trueno con aterrador estrépito, sin que

entre aquella mísera humanidad de la selva surja un Franklin que, buscando ese misterioso fluido en el mismo seno de las nubes tempestuosas, detenga el rayo y esterilice sus destructoras energías con el auxilio de puntiagudo metal.

Nada tan imponente como una tempestad en aquel rincón del planeta. El dios de la destrucción y de la muerte se desencadena allí con furia inusitada; ciérnense apiñados y negros nubarrones sobre la agreste cima de las altas montañas, descienden hasta la superficie del suelo, cubierto de espesa vegetación, y se desatan en inmensa catarata, vomitando por doquiera mortíferas exhalaciones. Nuevas nubes se forman en todos los puntos del lejano horizonte, avanzan rápidamente sobre el cenit, se amontonan, y al estrujarse entre sí, estallan en los hondos abismos del espacio, deshaciéndose en fugaces llamaradas... Negras sombras empañan el azulado firmamento; arrecia el abundante aguacero, que convierte en lagos las verdes praderas, en agitados mares los ria-

chuelos tranquilos, y las míseras viviendas de nipa en duchas colosales, donde los indios se bañan á su placer en algazara ruidosa, y donde el europeo enfunda su combatida humanidad en ampuloso y salvador impermeable.

Y así, entre lluvias incesantes y truenos fragorosos, pasan días y días sin que el sol asome un instante su disco luminoso por ningún resquicio de la bóveda celeste... La temporada de aguas suele durar tres meses, y se despide, casi siempre, con uno de esos furiosos vendavales que arrasan y destruyen cuanto á su paso encuentran.

¡El baguio!... Hé ahí el temido meteoro que siembra el espanto aun entre los espíritus más animosos. Suele presentarse en la época del cambio de estaciones; las poderosas masas aéreas, cargadas de electricidad, reunen entonces todas sus fuerzas, para llevar á cabo de un golpe su obra de exterminio y devastación. Antes de desencadenarse el furioso vendaval, la Naturaleza, aletargada y melancólica, parece pre-

sentir el desastre. El cielo, despejado; el aire, cálido y sofocante, preceden á la formación del destructor meteoro; un espeso y negruzco nubarrón empaña las brumosas lejanías del horizonte; el barómetro inicia rápida depresión en su columnilla de mercurio; las aves, en su instintiva previsión, se alejan del peligro con toda la fuerza de sus alas; el cielo va cubriéndose poco á poco de una masa obscura, que semeja un sangriento sudario, un velo tenebroso: es el *baguio* que avanza con rapidez vertiginosa y toma posesión de sus extensos dominios, retorciéndose en espirales inmensas...

Las ráfagas cruzan, rugiendo como fieras, en espantoso remolino; llegan por todas partes rumores de destrucción; vense edificios que caen arrancados de sus cimientos; ramas desgajadas entre chasquidos estridentes, y árboles que se derrumban, removiendo la tierra con sus raíces; sembrados inmensos que se doblegan, como si no formaran más que una sola masa; ríos que, empujados por la ventisca,

refluyen hacia su origen; planchas de cinc, desprendidas de las techumbres, hendiendo los aires como frágiles hojas de almendro; todo un tropel de objetos destrozados, que se convierten en formidables arietes contra la mísera choza y el destartalado *bahay* del indio filipino... En tanto, el cielo se desborda en torrentes de agua; la acción de la electricidad se combina con la violencia del furioso vendaval; los relámpagos, en continuado y vívido fulgor, semejan cascadas de fuego, deshaciéndose en chispas eléctricas y llevando por doquiera la desolación y la ruina...

La tempestad se aleja, al fin, con estruendoso bramido, ávida de nueva presa; el sol rasga tímidamente las nubes, dejando ver su rostro amarillento sobre las cumbres de las vecinas montañas; despéjase el horizonte, y la poco antes risueña y alegre campiña, parece un inmenso estanque, en que flotan los restos del estrago que pasó... y que no tarda en reproducirse en nuevas manifestaciones de aquella Naturaleza indómita y salvaje.

El *baguio,* con todo su incontrastable poder, con toda su fuerza destructora, es menos imponente, menos temible que aquellos frecuentes fenómenos geológicos, que convierten el vasto territorio filipino en frágil barquichuelo, entregado á las sacudidas del mar tempestuoso; mil titanes, ocultos en las ígneas entrañas de aquel suelo feraz, retuercen con furia sus músculos de hierro. La tierra, presa de horribles convulsiones, pierde el equilibrio, se tambalea, se agita en movimiento vertiginoso, sacude como leve pluma su pesada mole, ábrese en grietas colosales, que vomitan volcánicos fragmentos, conviértense los edificios en montones de escombros, y todo parece como que va á sepultarse para siempre en los abismos de la nada...

¡Tal es la venturosa tierra filipina, y tal aquella Naturaleza bravía, gigantesca, brutal, en eterno contraste con la mezquina pequeñez del hombre!...

APÊNDICE

APÉNDICE

Lista alfabética de voces filipinas ó hispano-filipinas que necesitan alguna explicación.

¡ABÁ!—Exclamación de extrañeza.

BABAE, por BABAYE.—Hembra. En general, *mujer.*

BAGO, por BAGONG.—Nuevo. De aquí llamar *bagos* á los recién llegados: *nuevo en país.*

BAHAY ó BAJAY (porque la *h* tagala es siempre aspirada).—Casa. Los españoles designan, por lo común, con esta palabra las que ocupan los indios pobres.

BAILUJAN ó BAILUHAN.—La palabra *baile,* tagalizada.

BARANGAY.—Agrupación de familias indígenas con un jefe común, al que llaman CABESANG (cabeza). Por extensión, á todas las personas de una casa: así, *viajar*

con el barangay equivale á *viajar con toda la familia.*

BATA.—Joven, más bien niño. Por extensión llámase BATAS á los criados, si éstos no han llegado á la edad madura.

BIBINCA, por BIBINGCA.—Masa hecha con harina de arroz, azúcar y algo de huevo.

BOLO.—Machete pequeño. Es inseparable del indio.

BULÍ, por BULAC (el gallo).—Colorado.

BUYO.—Es un compuesto de bonga, hoja de betel y algo de cal de conchas: los indios úsanlo con más ó menos frecuencia á modo de masticatorio, al que conceden virtudes medicinales. Enrojece mucho la saliva, y ésta es la causa principal de que á los españoles nos repugne un tanto.

CAPITÁN QUICOY.—*Capitán Francisco.*—CAPITÁN es sinónimo de *gobernadorcillo* ó alcalde de indios.

CARROMATA.—Vehículo ligerísimo, de dos ruedas, del que, por regla general, tira un caballo únicamente.

CASTILA.—Español. En general, europeo ó filipino de raza blanca.—*Hablar* CASTILA = hablar castellano.

CATAPUSAN.—Su verdadero significado,

fin.—Empléase también como sinónimo de *banquete*, en razón al que celebran los indios á la conclusión ó final de un novenario en honra de algún recién fallecido.

¿COSA?—Equivale á *¿qué hay?*, *¡cómo?*—con extrañeza ó curiosidad.

¿COSA *dice este opicio?*—¿Qué dice este *oficio?*—Los indios truecan con frecuencia la *p* en *f*, y viceversa.

DALAGA.—Mujer joven, doncella.

FIESTAJAN Ó FIESTAHAN.—La palabra *fiesta* tagalizada.

FILIPÓN.—Europeo de larga residencia en el país. También se le llama *camagón*, y si está algo indianizado, *aplatanado*.

GAPANG.—Queda explicada en la primera nota de la pág. 166.

GULAY.—Verduras varias, guisadas.

LALAQUE.—Varón. Hombre.

LANCAPE, por LANGCAP.—Especie de banco espacioso, hecho de cañas, sobre el cual suelen tumbarse los indios.

MATA-MATA (Hacer el).—Limpiar uno la cabeza á otro, sin más elementos que los dedos de las manos.

MATANDÁ.—Viejo, vieja.

MARIDABLES.—Esposos.

MEDIQUILLO. — Indígena que, conociendo las virtudes de algunas plantas, se concede y le conceden sus amigos aptitud suficiente para curar enfermos.

MORISQUETA. — Arroz cocido en agua sin sal ni ninguna otra cosa. En tagalo, *cáning*.

MORO-MORO.—Baile indígena, de carácter primitivo.

NIPA.— Palma de cuyas hojas hacen los indios las techumbres de sus casas.

PALAY.—Arroz con cáscara, ó sea sin *pilar*.

PANGUINGUI.— Juego de cartas : juégase con seis, ocho ó más barajas, según el número de jugadores. Consiste en una serie de combinaciones muy ingeniosas, no fáciles de explicar en pocos renglones (1).

PILAR, — PILAR ARROZ. — Macerarlo para quitarle la cáscara.

PILÓSOPOS.—Ya hemos dicho que la *p* y la *f* la truecan los indios frecuentemente. Con el vocablo *pilósopo* suele denominarse á los que, pretendiendo pasar plaza

(1) Mi querido amigo el Sr. Retana describe minuciosamente este juego en su estudio etnográfico *El Indio batangueño:* no conozco ninguna otra explicación circunstanciada, fuera de esta que acabo de citar.

de leídos, son, en efecto, superiores en instrucción á la masa común de los indios, pero lo suficientemente ignorantes para que se les califique con tan irónica frase.

PLUMARIO.—Amanuense.

REPÚBLICA (Vivir en).—Los que viven en una misma casa, sin patrón común, pero con gastos comunes, tales como alquiler del edificio, comida, etc.

SALACOT.—Sombrero, por lo común en forma de capacete.

SARI-SARI.—Comistrajo sínico.

SOLTADA. (En el juego de gallos).—Acto de dejar en libertad el gallo para que pelee.

SOLTADORES.—Los encargados de *soltar* el gallo. Es oficio que no todos saben hacer, pues de la manera de *soltarlo* depende muchas veces el éxito de la lucha.

TABO.—La mitad de un coco, descarnado, que, provista de un mango, hace las veces de tanque.

TALÍSAY (el gallo).—De color verdoso obscuro.—Bot. Árbol corpulento.

TANCALERO.—Vendedor ambulante.

TAO.—Hombre.

TIENDAHAN Ó TIENDAJAN.—La palabra tien

da tagalizada. Llámase así á las tiendecillas de los indios.

TINJOY.—Candil de barro.

TÚ CUIDADO.—«La palabra CUIDADO *(bahala* en tagalo) es allá *conjugable* de una manera muy singular: *Yo cuidado, tú cuidado, él cuidado; nosotros cuidado, vosotros cuidado, ellos cuidado*. Toda la *filosofía* que encierran estos filipinismos, no cabe en los límites de una nota, ni en los de un folleto. Los españoles declaran que es tanta la expresividad de esas frases, que no hallan otras análogas en ninguna lengua. Cuatro ejemplos al volar de la pluma servirán para dar una idea de esa *filosofía* á que me refiero. En una redacción; el director:—¿Quién se encarga de la reseña de tal cosa?—*Yo cuidado,* dice uno; pues ya no hay que hablar más: el que dijo *yo cuidado!* se compromete solemnemente á hacer el trabajo: ¡imposible que falte! A tanto obliga la frase.—Sabe un papá que su hija tiende á ser de la cáscara amarga; la mayor amenaza del padre, es ésta:—*¡Tú cuidado, ah?*—Como quien dice: *¡Ojo!,* porque si te deslizas, entonces... *yo cuidado!* Se murmura con interés de un ausente:—¡Ese hombre! ¡en qué enredo se ha metido!...

Pero tú que eres su amigo, ¿por qué no le aconsejas?—¿Yo?... *¡Él cuidado!...*—Las frases *yo cuidado, tú cuidado,* etc., equivalen, pues, á promesa cuyo cumplimiento se asegura, á advertencia cariñosa, ó enérgica, ó reprensiva, etc., etc.; expresión de indiferencia; recomendación, como cuando se le dice al criado: *¡tú cuidado con la casa, ah?* Y equivale á porción de cosas más, que no es posible indicar aquí, por la mucha extensión que ocuparían.»—Esto ha escrito un autor amigo nuestro.

VERSEADO.—Composición poética.

ZACATERO.—El que lleva el *zacate* á las casas.—*Zacate:* hierba que sirve de pasto á los caballos.

ÍNDICE

	PÁGS.
DEDICATORIA	V
PRÓLOGO	VII
Provechosas enseñanzas	3
La gallera	19
El bago y el filipón	31
Los gobernadorcillos rumbosos	41
Del montón	55
Los musiqueros	73
Los hombres de corcho	89
El correo y las noticias	105
Los martes de la gobernadora	119
Parnasillo filipino	139
El teatro filipino... del porvenir	155
Ahorros que cuestan caros	175
El mediquillo	185
Los chicos de la prensa	195
Los que vienen	207
Los que se quedan	221
La musa popular	235
El fraile	249
La hípico-taurina	261
El chino	271
El indio	283
Lo grande y lo pequeño	301
Apéndice	315

PRECIO DE LA OBRA

EN LA PENÍNSULA

3 pesetas 50 céntimos

EN ULTRAMAR

1 peso fuerte

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.